BLANCO MÓVIL

91

INVIERNO 2003-2004, PRECIO DEL EJEMPLAR: $ 25.00

NARRADORES ANGLOCANADIENSES

DOSSIER LAS POETAS CANADIENSES

ILUSTRACIONES DE DIANNE PEARCE

91

FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO

EDICIÓN ESPECIAL

...se trata de un libro para ser leído, no nada más hojeado o consultado. Es un libro vivo, vivaz, interesante.

David Huerta.

Hoja por Hoja, Diario Reforma.

La selección es de rica variedad, alta calidad y probado oficio.

Julio Ortega.

Milenio Semanal.

...es común escuchar que la literatura mexicana actual carece de nuevos poetas de verdadera trascendencia. Para discutir ese prejuicio puede leerse El Manantial Latente...

Christopher Domínguez Michael.

El Ángel, Diario Reforma.

El manantial latente

Muestra de poesía mexicana desde el ahora: 1986-2002

Selección, prólogo, notas y apéndices de Ernesto Lumbreras y Hernán Bravo Varela

• Jorge Fernández Granados • José Homero • Jesús Ramón Ibarra • Samuel Noyola • José Eugenio Sánchez • Valerie Mejer • Felipe Vázquez • Rubén Chávez Ruiz Esparza • Enzia Verduchi • León Plascencia Ñol • Óscar Santos • Antonio Mestre • José Luis Justes Amador • Julio Trujillo • Sergio Valero • Ángel Ortuño • Sergio Briceño González • Rosalva García Coral • Mónica Nepote • Víctor Ortiz Partida • Ofelia Pérez Sepúlveda • Luis Vicente de Aguinaga • Luigi Amara • Julián Herbert • María Rivera • Daniel Téllez • Rocío Cerón • Jorge Ortega • Alejandro Tarrab • Gabriel Bernal Granados • Dolores Dorantes • Pedro Guzmán • Luis Felipe Fabre • César Silva Márquez • Fernando Cornejo Altúzar • José Landa • Hugo García Manríquez • Juan Pablo Vasconcelos •

De venta en Libros y Arte Conaculta, librerías de prestigio y en www.conaculta.gob.mx

CONACULTA

HACIA UN PAÍS DE LECTORES

la CULTURA en tus manos

Los primeros pasos

El largo suspiro se dispersa sobre una planicie extensa, cuyo piso fueron cristales duros y helados, protegida, encerrada, por altas paredes ascendentes rugosas o aplastadas, alientos gélidos hechos roca. Una franja que se abre paso, uniendo en ambos extremos, el agua móvil y salada. El calor del sol es agradable. Las manos remueven terrones negros, abren su carne para que surjan semillas y verdes de tonos variados, mientras que al otro lado el frío lame con placer todo terreno y deja la piel de los humanos obligada a tiritar. Los lagos se pueblan de peces y los árboles de hojas anchas y frutos que crean miel, mientras las abejas dejan sus alas congeladas olvidadas en el recuerdo. El viento canta a lo largo del blanco interminable.

Mucho antes del tiempo de los barcos, los hombres y mujeres que tallaban altas figuras en cobre y hueso, parientes de aquellos que atravesaron tierras lejanas para pescar, cazar y crear casas hechas de blanquecina agua paralizada. Manejaban el frío como si fuera hoguera. La oscuridad los envuelve mucho más tiempo, el sol realiza el capricho de luz y sombras. La luna era su compañera en la caza de morsas y focas, sin hablar de las ballenas, y con las mujeres que dardean el salmón, congelan la carne y con el trineo se mueven en el inmenso espacio blanco. Y ahí están, creadores naturales, los innuit, excluidos por la violencia de la pólvora, el nombre de algún dios y el color de pieles.

Las bocas de los barcos se abrieron grandes, bostezantes, para derramar como si fuera barro, desde las islas del otro extremo de las aguas, a hombres y mujeres, de piel blanca y pecosa, que en inglés, fueron los que acompañando las vueltas de un río, se dedicaron a transformar altos árboles, el acero comía troncos vivos, en refugio de manos y cuerpos que se amaron y trajeron más retoños blancos y pecosos. Después se hicieron ciudades con vista al agua, de olas o de suave discurrir. El agua los envuelve, el viento frío sigue modulando de sonidos el silencio, y construye espejos para duplicar al sol. De los otros, que llegaron desde un lugar que no eran islas, que hablaban un lenguaje más ligado al latín, es otra canción, y repostería diferente. No hubo encuentro fácil. Los dejamos por ahora en el descanso de la ironía con el concepto de la igualdad, libertad y fraternidad.

La palabra, tampoco quiso ser únicamente un medio de contar los árboles caídos, las pieles apiladas de nutrias o la cantidad de navíos que llegaban a puerto. El paisaje le dio sangre a la palabra, la prosa tomó luz de la poesía y así comenzaron a hablar los personajes y sentimientos en el lenguaje de las islas.

Eduardo Mosches

Un breve panorama del cuento canadiense en lengua inglesa

Claudia Lucotti

Tal vez podríamos considerar que los más lejanos antecedentes de este género en Canadá son los diarios de los primeros exploradores y viajeros, marcados en términos generales, por la presencia de una naturaleza inclemente. Más adelante en periódicos y revistas de principios del siglo XIX aparecieron cuentos y viñetas de autores como Thomas Chandler Haliburton. Ya para finales de ese siglo podemos mencionar los nombres de Ernst Thompson Seton y Charles G. D. Roberts quienes, con sus desoladores cuentos de animales narrados desde la perspectiva de éstos, iniciaron una larga y muy particular tradición de cuentos de animales dentro de su país.

En 1928 se publica la primera antología de cuento canadiense compilada por Raymond Knister. Sin embargo, el objetivo de Knister de dar testimonio de una nueva etapa dentro del género cuentístico en su país no se cumplió de modo cabal ya que la mayoría de los autores antologados pertenecían a una vertiente de la literatura romántica que estaba llegando a su fin. Únicamente la presencia de un escritor como Morley Callaghan indicaba la renovación que sufriría el cuento canadiense en las próximas décadas y que buscaría concentrarse en plasmar de modos más contemporáneos los tiempos que se vivían.

Pero es realmente a partir de la Segunda Guerra Mundial cuando se consolida la tradición del cuento corto canadiense, ya que a partir de ese momento hay varios factores, como el creciente bienestar económico y una mayor presencia política del país a nivel internacional, que impulsan el reconocimiento de la existencia de una identidad propia. Los autores que emergen en esos años van cobrando conciencia de que escriben desde una realidad particular, con características muy específicas, y de que tienen que encontrar técnicas literarias adecuadas para expresarla y evitar así caer en estereotipos o imitaciones de modelos extranjeros. Aquí conviene recordar la influencia que ejercieron sobre algunos de estos autores las obras de corte psicológico que trataban acerca de la vida en el Quebec moderno de escritores como Gabrielle Roy.

Uno de los primeros nombres que debemos mencionar para este importante momento del cuento canadiense en inglés es el de Ethel Wilson, escritora que explora de manera crítica la relación que se establece entre un individuo y el mundo que habita, resultado de las distintas interacciones que se dan a partir de cuestiones nacionales y sociales. Asimismo su obra se interesa, de modo muy especial, por las vidas cotidianas de las mujeres.

A partir de los años cuarenta comenzó a apoyarse de modo decidido la publicación y la difusión del cuento canadiense. Circuló un considerable número de revistas, las cuales resultaron el medio idóneo para este género. Buena parte de la popularidad contemporánea del cuento corto en el Canadá de lengua inglesa deriva de esa difusión en revistas, aunque también de que en esos años la CBC, una estación de radio gubernamen-

tal, lanzara un programa cuyo objetivo era difundir la obra de cuentistas nacionales. En este programa se dio a conocer, por ejemplo, Alice Munro, quien con el tiempo se ha convertido en una de las escritoras canadienses de mayor jerarquía.

Hacia fines de los años cincuenta, el gobierno funda el Canada Council para apoyar y promover de manera más efectiva la creación artística. Esta fundación estuvo inmersa en un contexto donde los sentimientos nacionalistas de la posguerra comenzaron a transformarse a medida que surgían, sobre todo en los años sesenta, diversos cuestionamientos de índole política, ideológica y cultural, relacionados, por ejemplo, con las repercusiones de la creciente influencia de los Estados Unidos sobre Canadá, así como con los planteamientos del movimiento separatista de Quebec.

Este clima de debate propició un renacimiento de la cultura, en el que tuvo una participación destacada la producción editorial. Empresas ya existentes, como McClelland and Stewart, y nuevas editoriales más pequeñas se beneficiaron de los apoyos gubernamentales y de los crecientes controles impuestos por el Estado a las editoriales extranjeras. También el surgimiento de editoriales regionales contribuyó a consolidar un ambiente cultural plural y maduro. En parte debido a todo ello, en los círculos académicos creció el interés por la literatura propia, se abrieron cursos sobre el tema y se fundaron centros dedicados a los estudios canadienses.

En lo que concierne al cuento, a partir de los años sesenta se volvió el género literario más variado e interesante del país. El panorama de autores a partir de ese momento integra un amplio registro. Una de las escritoras más reconocidas es Margaret Atwood, autora de cuentos notables por las visiones mordaces y críticas que ofrecen de nuestra compleja sociedad actual. Están también quienes se centran en regiones específicas que ya no se reducen sólo a las praderas de los cuentistas de las generaciones anteriores, como las comunidades de inmigrantes islandeses del norte de Manitoba de W. D. Valgardson.

La inmigración a Canadá siempre nutrió su literatura y a partir de los años sesenta escritores nacidos o descendientes de nacidos en distintos países del Caribe, Asia, Europa o América Latina, volvieron aún más complejo el rico panorama. Entre éstos destaca Neil Bissoondath, con una obra que gira en torno a la vida de los inmigrantes caribeños y de las consecuencias que tiene la política multicultural puesta en práctica en años recientes por el gobierno.

Esta apertura gradual a otras perspectivas y visiones del mundo que caracterizan el mosaico cultural canadiense también se reflejó en un progresivo abandono de técnicas y estilos asociados al realismo; podría decirse que, en general, el cuento canadiense de hace veinte años se interesaba sobre todo por el contenido, mientras que ahora el énfasis recae en el desempeño verbal y retórico, sin que esto implique un abandono absoluto de las técnicas narrativas tradicionales. Entendemos en este contexto la recreación tan particular que hace Seán Virgo del tradicional cuento de animales, el texto de Claire Dé que se centra en la escritura del cuerpo, el trabajo textual de Janice Kulyk Keefer en estrecha relación con las artes visuales, y la intertextualidad que permea el cuento de Bill Gaston, un cuento que es además un muy buen ejemplo de la narrativa humorística de ese país.

Este apretado panorama pretende dar cuenta de la asombrosa diversidad del cuento canadiense en lengua inglesa, una variedad que se refleja en las cuestiones temáticas así como en las formales y que sin duda explica el reconocimiento y la popularidad que tiene hoy en día este género tanto en Canadá como en el ámbito internacional.

Desarraigando las montañas

Neil Bisoondath*

1

Hari Beharry vivía una vida tranquila hasta que, aduciendo las usuales razones de seguridad nacional, el gobierno declaró un estado de Emergencia.

"Seguridad Nacional, mis güevos", masculló Hari. "Se están cuidando la espalda, eso es todo".

Su esposa, angustiada, dijo, "Las cosas están realmente mal, cariño".

"Las cosas están realmente mal", la arremedó Hari. Chupó sus dientes con la lengua. "Se están cuidando la espalda".

"La leche se amarga y la miel se cristaliza". Ella sonrió con una mueca.

Hari se chupó los dientes una vez más. "No me vengas con esas estupideces. Leche y miel, mis güevos".

"Así le decías".

"Eso fue hace mucho tiempo".

"Rangee le hechaba la culpa a la independencia. Solía culpar a los ingleses por—

"Yo sé lo que Rangee decía. No llegó muy lejos con eso, ¿eh? De cualquier manera deja de hablar sobre Rangee. No quiero hablar de él".

"¿Otra vez? ¿Todavía? ¿Faizal? Trataron de ayudarte".

"¿Por qué te gusta tanto hablar de gente muerta?", preguntó molesto.

"Pues porque a ti no. No has mencionado sus nombres ni una sola vez en las últimas dos semanas".

"¿Por qué habría de hacerlo?"

"Porque podrías ser el siguiente".

"No digas tonterías".

"Porque *nosotros* podríamos ser los próximos, yo y los niños".

"Cállate, mujer".

Enojado, Hari caminó airadamente hacia el pórtico trasero. El aire de la tarde, enfriado por las tierras altas que volvían la zona tan deseable para aquellos que podían pagarla, templaba el calor del día. La magnitud de las montañas aserrando contra el cielo entintado permitía únicamente el más tenue brillo de lo último que quedaba de la puesta de sol.

Alguna vez Hari halló tranquilidad en aquellas montañas. Su niñez había transcurrido a la sombra de su magnitud y fue mediante ellas, a través de su avasalladora permanencia, que desarrolló un vínculo con esta isla, vínculo que su padre admitió hasta su vejez cuando, conforme su fuerza menguó y las distancias se ampliaron, las imágenes heredadas de la mítica India se hundieron en la oscuridad.

No obstante, la isla ya no era aquella en la que su padre había vivido. Su sencillez, su falta de sofisticación se había desvanecido durante los años y había sido reemplazada

* Nace en Trinidad en 1955 y llega a Canadá en 1973. Ha escrito varias colecciones de cuento y tres novelas, además de su polémico libro *Selling illusions: the cult of multiculturalism in Canada* (1994).

por las cínicas políticas de corrupción que plagaban todas las naciones en ciernes que agitaban al gran mundo. La Independencia —escrita desde entonces con una *I* mayúscula, la *i* minúscula considerada como una falta de ortografía en el mejor de los casos, traición el peor— había prometido el mundo. No lo logró, y la isla, en su aislamiento, culpó al mundo.

El padre de Hari había muerto la noche de la Independencia. Y Hari había buscado consuelo en las montañas. Lo recibió esa noche y continuó recibiéndolo muchas noches después. Ahora las cosas habían cambiado: las montañas hablaban sólo de amenazas. No sabía si podía seguir confiando en ellas.

El estado de emergencia había cerrado las tiendas de Hari. Él estaba ocioso, y la repentina ociosidad lo volvió irritable. Si tan sólo tuviera a alguien con quien discutir la situación, alguien que pudiera hacerlo cómplice en los secretos de estado, como sus viejos amigos solían hacerlo. Pero el gobierno había cambiado. Sus amigos ya no eran ministros, y los nuevos ministros no eran sus amigos. Ya no podía decir "Oye, ¿sabes lo que el Ministro de Seguridad Nacional me dijo ayer?". El ministro anterior estaba en la cárcel, encerrado por el Nuevo Ministro de Seguridad Estatal. No quedaba nadie para mostrarle a Hari cómo funcionaban las cosas; dejado a su suerte, tuvo que arreglárselas por sí mismo. No pudiendo ayudarle, su esposa se quejaba exigiendo una salida.

La oscuridad del crepúsculo se acrecentó. Hari sintió que se le cerraba la garganta. Las primeras estrellas aparecieron en el cielo. Hari metió la mano en su bolsillo trasero y sacó un largo revólver gris. Su forma cuadrada encajó cómodamente en su mano. Su peso insinuó poder. Levantó deliberadamente su brazo, manteniendo el codo flexionado, y disparó hacia el cielo. Su brazo, aún flexionado, se movió rápidamente hacia abajo y a la izquierda; disparó otro tiro a las montañas. Las detonaciones se entremezclaron y repitieron en un eco hasta las profundidades de una hondonada oculta.

"Vengan, hijos de la chingada, inténtenlo". Sólo le respondió el ladrido de los pastores alemanes.

2

¿Cuándo había comenzado? ¿Cinco, seis, siete meses antes? No podría estar seguro, había pasado tanto y en tan poco tiempo los acontecimientos sobrepasaron su comprensión, agotaron el entendimiento. Y todo había comenzado, silenciosamente, con un rumor: un susurro que se reprodujo con rapidez, engendrando otros, cada uno más salvaje, más especulativo y, de ese modo, más temible que el anterior; rumor de problemas en el barrio Ferdinand, el barrio bajo al este del pueblo.

Hari había ignorado los rumores: "Problemas, mis güevos: dispárenle a dos o tres de ellos y bang. Se acabaron los problemas".

Pero no había funcionado así. La policia le disparó a muchas personas, y arrestó a muchas decenas más. Aún así los rumores persistieron.

Hari había obtenido una pistola de su amigo, el Ministro de Seguridad Nacional.

Hari le dijo al ministro, "Para proteger las tiendas, tú sabes".

Y a su esposa, Hari le dijo, "Deja que vengan aquí. Ésta es mi tierra, mi casa. Deja que vengan. Les pego un tiro en el trasero".

Pero ningún trasero se presentó. Ocasionalmente, Hari saldría al pórtico de atrás y esgrimiría su pistola: "Dejen que vean en lo que se están metiendo", les diría a sus hijos, quienes se paraban en el umbral de la puerta mirándolo fijamente con los ojos bien abiertos. Y hacia la oscuridad diría, "Vengan, nada más inténtenlo".

Inesperadamente, los rumores se fueron apagando. La tensión disminuyó y los temores se disiparon. La vida continuó. Hari llamó al contratista, y los jardineros —oscuros, taciturnos hombres del barrio Ferdinand— co-

menzaron a poner el terreno en orden acarreando piedras y rocas e instalando el drenaje, preparando el suelo para la tierra de hoja.

Hari pasaba mucho de su tiempo libre supervisando esta actividad. Con los niños siguiéndolo constantemente, caminaba con donaire alrededor del patio asintiendo, murmurando y dando órdenes ocasionales, con sus altas botas de hule sumergiéndose profundamente en la tierra convulsionada. Lentamente, en intervalos cada vez menos frecuentes de los que había prometido el contratista, llegaban camiones cargados de tierra de hoja. Hari denostó al contratista: "¡Pero a este paso, hombre, tomará cinco años cubrir todo el patio!". El contratista, un hombre gordo de enrojecidos ojos llorosos y una camisa con los botones a punto de reventar, contestaba exasperado: "¿Qué voy a hacer, patrón? Los muchachos no quieren trabajar, la mitad de ellos ni siquiera se ha aparecido por la oficina desde el problema en el barrio". La tierra que en efecto llegaba se vaciaba en una esquina del patio bajo la dirección de Hari. Él mandaba que la surcaran y la araran, que le hicieran hoyos para la pequeña huerta de árboles de sombra que iba plantar. Comenzó a pensar en darle un nombre al lugar, como un rancho: Middlemarch, Rancho Rico, Goldenbench. Barajó los nombres en su mente, jugando con ellos, tratando de imaginarse cómo se vería cada uno de ellos en la papelería que se había mandado imprimir. Pidió la opinión de su esposa. Ella sugirió Pasaje Bombay. Él se marchó, enojado.

Dos veces le pegó a su hijo por jugar con las herramientas del jardinero; "Mira niño", dijo, "tengo suficientes problemas como para que tú me des más".

Aún así, los avances del jardín satisfacían a Hari. El contratista se las ingenió para contratar más gente; los camiones vaciaban sus cargas de tierra de hoja en intervalos regulares. En menos de un mes, de los cimientos

de la casa al pie de la barda de hierro forjado se extendieron ordenados surcos de un marrón opulento. Hari, satisfecho, decidió pedir que trajeran el pasto.

Estaba en el teléfono discutiendo con el contratista sobre el precio del pasto —lo cual significaba mandar a tres hombres y un camión al campo para desarraigar raíces; el contratista quería más dinero que el que Hari ofrecía— cuando la música del radio fue interrumpida por un repentino llamado a elecciones. Hari entendió inmediatamente: el gobierno, aprovechando la apatía que sigue a los problemas, esperaba sorprender a la oposición tal como estaba, fuera de equilibrio. Hari le dijo al contratista que lo llamaría después.

Se sirvió un whisky grande y escuchó la voz grave y aburrida del ministro en tanto hablaba sobre un mandato renovado, de la confianza de la gente. Hari consideró un tanto exagerado su uso del acento isleño. ¿Acaso este cambio electoral del acento oxoniano al isleño realmente engañó a aquellos a quienes estaba dirigido? ¿Acaso creyeron que era uno de ellos?

Marcó el número de su amigo, el Ministro de Seguridad Nacional: "Oye chico, desde cuando te importan los mandatos? Es una nueva palabra que pescaste en Nueva York o qué?" Hari rió. "O quizás los americanos quieren una pequeña garantía antes de entregar el préstamo". Hari rió nuevamente, y su amigo se rió con él.

Pero las cosas salieron mal. No fue un error de cálculo político; era simplemente la crisis del pequeño país; nada salió como estaba planeado, lo vislumbrado nunca llegó a verse, y las posibilidades se extinguieron rápidamente. El gobierno perdido. La oposición, tan sólo unas semanas antes al borde de la ilegalidad, tomó el poder.

Hari estaba despreocupado. La vida continuaba. Durante todo aquello, él había estado contribuyendo financieramente con ambos partidos; y le gustaba el primer ministro, benjamín de una antigua respetada familia isleña la cual, adaptándose a los tiempos, con frecuencia renegaba públicamente de sus raíces esclavistas. El nuevo Primer Ministro se consideraba a sí mismo un auténtico hombre del pueblo, ya que en él fluía al mismo tiempo la sangre del amo y del esclavo.

Los americanos le pasaron el cheque. El Primer Ministro, serio y apuesto, con una cetrina blancura isleña, salió en la televisión: "... la tierra de leche y miel... nuevos préstamos del Banco Mundial... impulso a la industria y la agricultura... una economía socialista..". Esto llegó a conocerse como el discurso de la leche y miel. Fue publicado a manera de panfleto y distribuido en todas las escuelas de la isla. Fue difundido en las noticias de la BBC World Service.

Los rumores comenzaron una vez más aproximadamente un mes después: problemas en el barrio Ferdinand. Se reportaron tiroteos. El nuevo primer ministro recibió amenazas de muerte. Hari, sin saber por qué, presintió la mano de su amigo, el anterior Ministro de Seguridad Nacional. En la calle comenzaron a aparecer panfletos, acusando a varios hombres de negocios de estar coludidos con los "imperialistas". El nombre de Hari apareció una y otra vez. Cartas —mecanografiadas chuecas en papel de buena calidad, con palabras frecuentemente mal escritas— comenzaron a llegar a la casa. Ocasionalmente el teléfono sonaba a media noche despertando a Hari la terrible visión de una repentina muerte en la familia. Pero siempre la misma voz con el cansino acento isleño diría en un tono conversacional: "Pinche explotador... esclavo yanki..".

Hari se quejó con la policía. El sargento se disculpó: no había nada que hacer. Estaban muy ocupados en el barrio Ferdinand.

Las cartas menos acusadoras, más amenazantes, continuaron; las llamadas telefónicas aumentaron a tres y cuatro por noche. Hari compró un silbato y sopló con todas sus fuerzas en la bocina. A la siguiente noche, el mudo regresó el favor. La esposa de Hari dijo "Tú lo pediste, imbécil".

Hari se quejó directamente con el Ministro de Seguridad Estatal. Lo citaron; el Ministro quería verlo.

Hari nunca había conocido al Ministro. Y el nuevo nombramiento, más siniestro, menos británico, lo preocupaba. Antes de entrar al edificio colonial color crema en la Plaza del Parlamento, Hari se dio cuenta de que su camisa se le estaba pegando a la espalda con el sudor. Deseó poder regresar a casa para cambiarse.

El Ministro fue cordial. Un negro grande, con un rostro regordete y barba recortada, explicó que sus hombres estaban investigando las amenazas —un hombre de la posición del señor Beharry merecía "toda la atención de las Fuezas de Seguridad"—. Pero era un procedimiento lento, tomaría tiempo. "Procesos", dijo el ministro, y Hari notó que pareció chasquear los labios cuando pronunció la palabra como si la saboreara, "los procesos toman mucho tiempo, están regidos por la ley, hay papeleo. Usted entiende".

Hari asintió. Pensó: ¿cómo puede uno confiar en este hombre? El Ministro era lo que se conocía como un "luchador social". Había estudiado en los Estados Unidos y Canadá, hasta que lo corrieron de Canadá por haber tomado parte en la destrucción del centro de cómputo del Sir John Williams College en Montreal. Había regresado a la isla como un héroe. Los periódicos habían dicho que había dado un golpe por la libertad y la igualdad racial; en el círculo de Hari había sido considerado como un criminal común; el antiguo Ministro de Seguridad Nacional había dicho en una fiesta, "tenemos una celda reservada para éste". Ahora aquí estaba, Ministro de Seguridad del Estado, engordando, vistiendo un traje.

El ministro ofreció un trago. Hari pidió un whisky solo.

"¿Importado o local?", preguntó.

"Importado". Luego cambió de opinión, "local".

El ministro timbró a su secretaria. "Sírvanos un whiskey, Charlene. Local para el señor Beharry, importado para mí". El ministro sonrió. Le dijo a Hari, "Yo nunca tomo productos locales, me cae mal al estómago".

Hari dijo: "Lástima. Es bueno". Y supo de inmediato que se estaba rebajando.

El ministro giró su silla y se levantó. Un hombre grande, se elevó sobre Hari. "Señor Beharry, usted es un hombre conocido aquí en nuestra feliz pequeña isla. Es usted un hombre *importante*. Es dueño de una cadena de tiendas, las boutiques Good Look, ¿no es así? Es usted un hombre rico, tiene una bonita familia. En resumidas cuentas, señor Beharry, tiene usted patrimonio en esta isla". Hizo una pausa en tanto la secretaria llegó con las bebidas. Al tomar su vaso Hari notó un temblor en su mano y se dio cuenta de que el ministro también lo notó. El ministro sonrió, levantó apenas su vaso hacia Hari y dio un sorbo al whiskey. Luego continuó: "Es por todo esto, señor Beharry, que quiero que confíe usted en mí. Soy respondable de la seguridad de esta isla. La confianza entre gente como nosotros es vital. Y es por eso que en este momento le voy a revelar un secreto de Estado: en unos pocos días le vamos a pedir a todo el mundo que entregue sus armas, usted incluido. Es la mejor manera de limpiar la isla. Esta violencia debe terminar".

La palma de Hari empezó a sudar alrededor del vaso. Dijo, "Pero es mi pistola, no hay ley—".

"La ley será presentada mañana ante el parlamento. Nadie nos puede detener, usted lo sabe".

Hari, repentinamente envalentonado por la presunción del Ministro, dijo "Usted sabe más que yo. Nunca fui a la universidad".

El ministro, impúdico, dijo, "Así es, señor Beharry".

Entonces bebieron su whisky y hablaron de fútbol. Hari no sabía nada sobre fútbol. El ministro habló. Hari escuchó.

Unos pocos días después Hari entregó su arma. Antes de entregarla en la estación de policía le atascó un pedazo de madera en el cañón.

Las cartas y las llamadas telefónicas seguían llegando. Hari tiró las cartas sin abrirlas y guardó el teléfono en un cajón. Su esposa, continuamente preocupada, le preguntó, "¿Cómo nos vamos a defender ahora, cariño?"

Hari dijo, "No te preocupes".

Esa noche fue a la antigua casa de sus padres, clausurada y desierta. No había estado ahí en meses. El lugar no había cambiado: los muebles estaban donde siempre habían estado, la ropa de sus padres colgaba aún en los clósets. Había polvo por doquier. Los ladrones, suponiendo que la casa no tenía nada, nunca se molestaron en entrar. Olía a humedad, los olores familiares de la niñez se habían ido para siempre. Aquellos olores de comida friéndose, de leche hirviendo, de los perfumes y polvos de su madre, habían persistido meses después de la muerte de su madre y a Hari le produjeron una sensación apesadumbrada. Fue por ellos que se mantuvo alejado tanto tiempo, dejando que la casa y sus fantasmas se las arreglaran solos.

Entró a la habitación de sus padres. La cama no había sido nunca deshecha, y las sábanas, ahora descoloridas por el polvo, yacían como si las hubieran arrojado los empleados de la funeraria que se llevaron el cuerpo de su madre. Se preguntó si acaso la impresión del cuerpo en su rictus de muerte aún podía verse. Rechazó este pensamiento como mórbido, mas no pudo evitar echar un vistazo: sólo vio sábanas polvosas y arrugadas.

Ignorando el polvo, se agachó y palpó con la mano bajo la cama. Encontró lo que estaba buscando. Una caja rectangular de madera del tamaño de una caja de galletas. La abrió y sacó un largo revólver gris, del tipo que utilizaban los oficiales americanos durante la guerra. Su padre se lo había comprado a un soldado americano destacado en la isla en 1945. Tras tantos años de andar olvidado por ahí, de ser considerado un juguete, finalmente encontraría un uso.

Hari se llevó el revólver a su bolsillo —era más grande y más pesado que el que había entregado y no cupo a la perfección— y salió de la casa. Ni siquiera se molestó en echarle llave a la puerta.

Más tarde esa misma noche Rangee, el amigo más cercano de Hari, telefoneó. Hari estaba en cama, el revólver en la cabecera justo arriba suyo; el timbre del teléfono lo sobresaltó en la semioscuridad, hizo que agarrara primero el revólver.

Rangee dijo "Escucha, Hari, las cosas están realmente mal en el barrio Ferdinand, ten cuidado. No es el barrio Ferdinand al que debes temer, sino el otro barrio".

Antes de que Hari pudiera preguntar de qué hablaba, se cortó la comunicación. Hari supuso que era otra de las frecuentes descomposturas del servicio telefónico.

Rangee fue encontrado al día siguiente con dos disparos en la cabeza, el auricular aún en su mano. La policía dijo que había sido un ratero: faltaban el reloj y la cartera de Rangee. Nada más había sido tocado en la casa. Hari regresó de la morgue. Se había ido tanta gente a tierras desconocidas más allá de los mares, que tomó la muerte de Rangee como otra partida más. Congeló a Rangee en su mente, como lo había hecho con los otros. Estaba resuelto a no mencionarlos jamás; eran como un reto para él. Se sentó a la mesa de la cocina, su hijo e hija con los ojos abiertos, frente a él, y limpió y aceitó el revólver del americano. Requería poco trabajo: el mecanismo funcionaba con precisión, la recámara llena. Hari se maravilló ante el ingenio americano.

Como una semana luego de la muerte de Rangee —posteriormente Hari tendría dificultad para separar los acontecimientos: ¿cuál vino primero?¿cuál después?— Faizal, otro amigo y socio de negocios, vino a ver a Hari. Faizal tenía contactos en el ejército y le gus-

taba presumir de su conocimiento de los asuntos militares. Una vez, después de una cena, Hari le dijo a su esposa, "Faizal siguió y siguió. Me siento como si acabara de planear completa la invasión del Día D".

Sentado en el sombrío pórtico oscuro, con el vaso suspendido en los dedos inquietos, Faizal parecía nervioso. Habló sobre el clima, sobre negocios, sobre el barrio Ferdinand. Sus ojos, excitados, siguieron la voluminosa silueta de las montañas contra el cielo salpicado de estrellas. Contó la historia de la Batalla de Inglaterra, y explicó la utilidad de la invasión a Dieppe.

Hari sintió que Faizal estaba tratando de decir algo importante pero que tenía que encontrar el valor para decirlo, no lo presionó.

Faizal se fue sin decir nada. Pese a todo el alcohol que había consumido se fue tan nervioso como había llegado. Hari pensó que sólo estaba molesto por la muerte de Rangee, y estaba agradecido de que Faizal no hubiera dicho nada al respecto.

Faizal fue asesinado tres días después. Había recibido tres balazos en la cabeza; faltaban su reloj y su cartera. La policía concluyó que era otro caso de robo.

Hari, endurecido, dijo "Malditos asaltantes raros. Todo lo que se llevan son relojes y carteras, cuando podrían vaciar la casa".

La noche después de la muerte de Faizal, una de las tiendas de Hari fue destruida por el fuego. El departamento de bomberos, habiéndose tardado una hora en responder la llamada, dijo que fue un incendio premeditado. Luego el jefe de bomberos cambió de opinión: el reporte final hablaba de cableado viejo y cortos circuitos.

Fue después de esto que Hari consiguió dos pastores alemanes y comenzó a disparar tiros de advertencia al cielo crepuscular.

Los problemas en el barrio Ferdinad estallaron en disturbios. Murieron dos policías. El gobierno declaró un estado de Emergencia y envió al ejército a las calles. Hari dijo "Faizal hubiera estado fascinado". Fue la última vez que mencionó el nombre de Faizal. Miem-

bros del gobierno anterior, el amigo de Hari incluido, el antiguo Ministro de Seguridad Nacional, fueron arrestados por agitadores, por traición. Las tiendas y las escuelas fueron cerradas, los aeropuertos y los puertos, acordonados.

Fue sólo después de ver al Primer Ministro anunciar la Emergencia en la televisión que el significado de las extrañas, últimas palabras de Rangee adquirieron sentido en la mente de Rangee. El anuncio había incluido noticias de un ofrecimiento, aceptado de inmediato, de ayuda fraternal desde Cuba. El Primer Ministro lucía pálido, muy pálido.

3

El día que siguió a la proclamación de la Emergencia los trabajadores no aparecieron, como era de esperarse. Inquieto, Hari caminó por el patio fingiendo inspeccionar el progreso del césped. Habían tenido problemas para conseguir el pasto. El contratista, una vez más, se quejó de los trabajadores, de su flojera, de su ebriedad. Pero Hari adivinó el problema real: lo que fuera que estaba agitando en el barrio Ferdinand se había apoderado de ellos. Sólo se había entregado un pedido de pasto, y en algunas zonas la tierra había empezado a endurecerse, a comprimirse.

Hari, sintiendo la pesadez del revólver en su bolsillo trasero, dejó que sus ojos divagaran sobre las escasas hileras de pasto que habían sido plantadas, unos ralos brotes ni siquiera dispuestos en lineas rectas. Viéndolos le costó trabajo figurarse el grueso césped tipo alfombra que había planeado. Sus vista siguió de largo, más allá de la fealdad del pasto incompleto, más allá de las pilas de madera de la construcción de la casa abandonadas, y que aún no se habían llevado, hasta el profundo barranco donde su esposa, si tuviera la oportunidad, comenzaría a plantar su vivero, hasta el muro de bosque, fétido y brumoso, hasta las montañas de más allá, a una gran distancia y aún así siempre presentes, como una amada muerta.

Sólo traten de llevárselas. ¡Dejen que lo intententen!

"Hari", gritó su esposa desde la ventana de la cocina, "Necesitamos leche, deberías ir a la plaza".

"¿Por leche agria?"

"Necesitamos leche, Hari", sonaba cansada. Su ansiedad se había destilado en fatiga. Había renunciado a sus sueños de un vivero; sólo quería un vuelo— a Toronto, Vancouver, Miami.

La miró y dijo: "Ésta es mi isla. Mi padre nació aquí, yo nací aquí, tú naciste aquí, nuestros hijos nacieron aquí. Nadie puede hacer que me vaya, nadie se la puede llevar".

"Muy bien, Hari. Pero aún así necesitamos leche".

Su hijo llegó a la puerta. Era tan pequeño que Hari, estando borracho, dudaba de su paternìdad. El niño dijo "Quiero leche con chocolate".

Su hija, rolliza, más como Hari, le hizo coro: "Yo también quiero leche con chocolate".

Hari succionó sus dientes y entró a la casa rozando bruscamente a los niños. Agarró las llaves del coche de la barra de la cocina y comenzó a sacarse el revólver del bolsillo. Luego hizo una pausa y lo dejó caer nuevamente, un desgarbado bulto en sus pantalones. Era un riesgo calculado: ¿qué pasaria si la policía lo detuviera? Podrían dispararle y anunciar que el señor Hari Beharry, un conocido hombre de negocios, había muerto de un ataque al corazón durante una revisión en un retén; el origen de su ansiedad había sido un revólver ilegal. ¿Agujeros de bala? Si el gobierno dijera que se había muerto de un ataque cardiaco, se habría muerto de un ataque cardiaco. Hari había vivido aquí demasiado tiempo, había estado demasiado cerca del gobierno anterior como para engañarse a sí mismo. Conocía las costumbres

de la isla: en ninguna otra parte la verdad era más relativa.

Sólo después se le ocurrió que podrían simplemente dispararle y luego declarar que él había disparado primero. Pero esto era demasiado simple, la isla no buscaba simpleza. Con la evidencia obvia hubiera sido más inteligente declarar un ataque cardiaco: era más descarado, habría sido admirado.

Frenó en el camino de entrada y echó un vistazo por el espejo retrovisor: la casa, blanca, brillante a la luz del sol, las ventanas y puertas de caoba dando un toque de simple elegancia, llenó el espejo. Su esposa lo había sorprendido al sugerirle caoba: él no la había creído capaz de tan buen gusto. Con todo y los recortes, había terminado por gastar más de cien mil dólares en la casa. Era la inversión de una vida, inversión que a su padre le hubiera provocado tanto orgullo como angustia: orgullo de que la familia pudiera gastar una suma tan grande en una casa, angustia de que lo hubieran hecho. Era en esta casa donde Hari planeaba entretener a sus nietos y a los hijos de éstos, donde habría de dar la bienvenida a futuras generaciones de Beharry y donde habría de ser enterrado. La casa hablaba de generaciones.

Pero ahora, mientras manejaba por el camino serpenteante, entre verjas rotas y roídas por pastos salvajes, todos sus sueños lograron eludirlo. Aquellas escenas de futura alegría familiar que durante tanto tiempo acarició se habían convertido, casi terroríficamente, como en una segunda vida paralela. Y ahora estaban fuera de su alcance: él ya no podría conjurar un futuro y lo que sí se le presentaba en pequeños fragmentos, como azarosos pedazos del negativo de una película, le causaba escalofríos. Aún no eran las diez pero el sol ya estaba alto, irradiando un calor inclemente. Hari podía sentir los ascendentes grados oprimiéndolo desde el techo del automóvil. Podía ver olas como cobras insustanciales elevándose desde el pavimento asfaltado. Escurría en sudor. El viento que impetuosamente entraba por la ventana poco ayudaba a aliviar su incomodidad. Se secó una gota de sudor que se había instalado en la profunda hendidura entre su nariz y el labio superior y se acomodó en su asiento, tratando de acostumbrarse a la sensación del revólver debajo suyo. La plaza estaba tan sólo a una corta distancia, mas Hari ya podía sentir el cambio de atmósfera. En la casa el calor era soportable. Sugería tranquilidad, seguridad; era como el calor del vientre. Afuera, lejos de la casa, bajo el azul de un cielo tan expansivo, tan ilimitado que parecía exponerlo, desnudarlo, el calor se hacía tangible, amenazante, sugería peligro físico. Conjuraba no un deseo de playa y mar, sino una conciencia de falta de refugio, una sensación de no tener nada detrás de donde esconderse. Lo conocido del mundo exterior había sufrido una transformación irrevocable.

En un arrebato de desilusión se percató de que el revólver no le daba ninguna seguridad. Solía ser capaz de imaginarse a sí mismo disparándole a figuras borrosas, mas su imagen había sido el resultado de demasiados cuentos de vaqueros. Inesperadamente, las figuras borrosas habían adquirido más sustancia. Lo que alguna vez le pareció épico, ahora parecía absurdo.

Manejó a lo largo de varios lotes baldíos, la hierba salvaje ocasionalmente salpicada por automóviles abandonados. En la distancia, por ambos lados, más allá de la tierra que había sido talada para un proyecto agrícola abortado (el dinero había desaparecido, así como el ministro responsable), podía ver la indistinta franja de selva que le recordaba una acuarela verde emborronada: tierra del gobierno, tierra de la guerrilla. Y en lontananza a la izquierda, más allá y por arriba de la selva, las montañas, macizas, moteadas de verde, regadas irregularmente por raudales de humo: señales, decían algunos, de campamentos guerrilleros, señales, dirían otros, de los inmemoriales incendios forestales.

Finalmente la plaza apareció a la vista, bajitas construcciones de estuco con reves-

timientos de teca y lámparas importadas de Suiza. Las lámparas estaban rotas y en diversos lugares aparecían marcadas únicamente por las puntas abandonadas del cableado eléctrico. La teca había sido arañada y surcada, algunos pedazos arrancados del muro para una fogata que habían prendido en la entrada de la librería. El estuco, irreconocible, había sido desfigurado con lemas, tanto sexuales como políticos, y burdas pinturas y propaganda electoral y copias mal impresas de la proclamación de Emergencia, las esquinas despegadas colgando inertes en el aire caliente.

Frente a las tiendas parapetadas, a la sombra de los toldos de los comercios, holgazaneaba una hilera de jóvenes negros con gorros de lana estirados ajustadamente sobre sus cabezas, impenetrables lentes oscuros tapando sus ojos.

Hari no podía separar su miedo de su repentino enojo. "Necesitamos leche, debemos tener leche, leche con chocolate", musitó fastidiado mientras entraba al estacionamiento. Podía oír sus voces, su esposa, su hijo, su hija, y eran como burlas, demandantes e insistentes, ignorantes de sus problemas y preocupaciones.

Condujo cuidadosamente hacia un cajón de estacionamiento, deteniéndose con precisión en la mitad entre las líneas blancas de ambos lados del carro. Una vanidad innecesaria, el estacionamiento estaba desierto. Se chupó los dientes con enojo y jaló las llaves del encendido. Con el motor apagado un silencio anticlimático se cernió sobre la plaza. Ninguno de los jóvenes se movió y Hari no podía decir si acaso lo estaban mirando. Le hubiera gustado saberlo.

Abrió la puerta —rechinó un poco, perturbando la quietud como una uña arañando un pizarrón— y sacó una pierna hacia el candente asfalto. Ondas de calor le hicieron cosquillas en la pernera del pantalón, transmitiéndole un espasmo a través de su cuerpo. De la sombra del alero provenía apenas el débil sonido de una radio, molestamente alegre, la música local, orgullosa, amenazante.

Hari dejó su pie descansando sobre el asfalto y se sentó quieto, tratando de discernir de dónde provenía la música. Mientras miraba en derredor, se le ocurrió que la tienda podría estar cerrada, todo estaba cerrado por la emergencia, era un viaje inútil. Notó, como desde la distancia, una extraña falta de emoción dentro de él: era como si todo el sentimiento se le hubiera secado.

"¿Qué hace usté aquí, patrón?"

La voz sobresaltó a Hari. Cuatro caras negras aparecieron en su puerta, lentes oscuros escudriñándolo. Él podía ver su reflejo en los lentes negros, su cara tensa ocho veces, cada una una caritcatura de sí mismo.

Oyó su voz contestar, "Vengo a comprar leche para los niños, hermanos. Ustedes saben. Necesitan leche. Están chicos". Se preguntó si acaso los hombres tenían calor bajo esos gorros de lana, pero eran parte del uniforme.

"Parece que no tendrá suerte, patrón. La lechería está cerrada". Era el jefe, los demás le guardaban respeto.

"Sí, me acabo de acordar de eso".

Otro de los hombres dijo "Más le vale salirse del coche, patrón". Hari no se movió.

El jefe dijo "A mi amigo le gusta su coche, patrón". Hari no lo escuchó. Se estaba preguntando si acaso el líder había comprado su *dashiki* rosa en su tienda.

Hari dijo "¿Compraste ese dashiki en la Good Look Boutique?"

Uno de los hombres dijo "¿Qué te importa?"

Hari dijo "Soy el dueño de la Good Look".

Tocando el dashiki, el líder dijo "Eso ya lo sé, patrón. Y no. Mi esposa me hizo el dashiki. ¿Le gusta?"

"¿En cuánto venderías uno así, patrón?"

A Hari se le hundió el corazón.

"Bájate del coche".

"¿Miren, ¿todos saben quién soy?"

"Sí, patrón Beharry, te conocemos. Bájate del coche".

"¿Qué quieren, lana?"

"Bájate. No te lo voy a pedir otra vez".

Hari salió tropezándose. Los hombres se apiñaron dentro. Hari buscó el revólver. Lo apuntó hacia el líder y jaló el gatillo. El martillo golpeó en el vacío. La visión de Hari se nubló; el mundo se inclinó a toda velocidad: había vaciado el cargador contra el cielo y las montañas.

El líder dijo. "Vaya, vaya, patrón. Así es que los americanos te están proveyendo con armas ahora, ¿eh?" Le tiró el revólver de la mano con un golpe fluido.

"Las llaves".

Hari le dio las llaves del coche al líder. Se dio cuenta de que traía puesto enorme anillo de plata marcado con US Airforce Academy, como los que anunciaban en los libros de historietas.

"El dinero".

"¿Dinero?"

Una repentina ocurrencia sobrecogió a Hari. El calor quemó su piel, el asfalto se solidificó bajo sus pies, el mundo se enderezó a sí mismo.

Hari dijo: "Háganme espacio, hermanos, les voy a dar el dinero". Metió la mano en su bolsillo y sacó un grueso fajo de billetes. Con un rápido movimiento de muñeca lo aventó hacia arriba y lejos. Los billetes se esparcieron como confetti. El líder se quedó perplejo. Nadie se movió. De repente todo el mundo estaba corriendo, los jóvenes que estaban bajo la sombra de los toldos fueron hacia el dinero, los ladrones del coche al dinero. Sólo se quedó el líder. Hari lo empujó con fuerza. El hombre trastabilló y cayó. Hari comenzó a correr.

En la esquina del edificio más lejano, miró rápidamente atrás. Nadie lo estaba siguiendo. El líder, parado como si nada junto al coche, sacudía el polvo y alisaba las arrugas de su dashiki rosa. Era una escena extrañamente normal.

Hari acababa de regar la mancha de pasto cuando la policía vino a devolver el automóvil. Todos los vidrios habían sido estrellados en minúsculos diamantes de cristal. Centelleando a la luz del sol, cubrían el piso y los asientos como otras tantas gotitas de agua. La carrocería había sido abollada en diversas partes y pintura había sido maliciosamente rayada con un picahielos. Hari descifró las letras CA pero sólo continuaron rayones profundos, como si los vándalos hubieran tenido un repentino ataque de rabia. Esto, más que otra cosa, asustó a Hari: era una declaración, elegante, jeroglífica.

"Lo encontramos en una calle secundaria", dijo el policía, ladeando su gorro militar. En los viejos tiempos Hari quizá le habría llamado la atención; ahora no dijo nada. "No encontramos ningún dinero. Las llaves estaban en el encendido".

Hari dijo "¿No hallaron la—?"Se detuvo brevemente, recordando que había tenido el revólver ilegalmente.

El policía dijo "¿Qué?"

Hari dijo "Nada. Los hombres. Usted sabe".

El policía dijo "No, nada. Le llamaremos si encontramos algo".

Hari tomó las llaves y le dio las gracias. El policía se dio la vuelta y se alejó por el camino de entrada hacia el jeep que lo esperaba. Cuatro hombres estaban sentados en la parte trasera del jeep; todos vestían uniforme y portaban impenetrables lentes para el sol.

Conforme el jeep se alejaba, un hombre saludó a Hari.

Hari respondió el saludo.

Un segundo hombre levantó su brazo; en su mano ondeaba un dashiki rosa. El hombre gritó "Gracias, jefe".

Hari jaló a los niños dentro y cerró la puerta con llave.

Esa noche llamó el Ministro de Seguridad del Estado. Dijo "Sr. Beharry, escuché que abandona nuestra feliz pequeña isla. Qué lástima".

Él dijo "Bueno, yo—".

El ministro dijo "¿Va a visitar a nuestros amigos americanos?"

Hari no dijo nada.

El ministro dijo "Usted sabe que si está por más de seis meses fuera de la isla, su propiedad será devuelta al pueblo, quien es su dueño legítimo".

Hari colgó.

La fuga se había hecho necesaria, y sería una ida sin un centavo. El gobierno controlaba el flujo de dinero. Algunos amigos habían sido atrapados cometiendo contrabando; a algunos les habían confiscado los ahorros de toda su vida. Él no podría llevarse nada. Era el precio por años de opulenta celebridad en un pequeño lugar en declive.

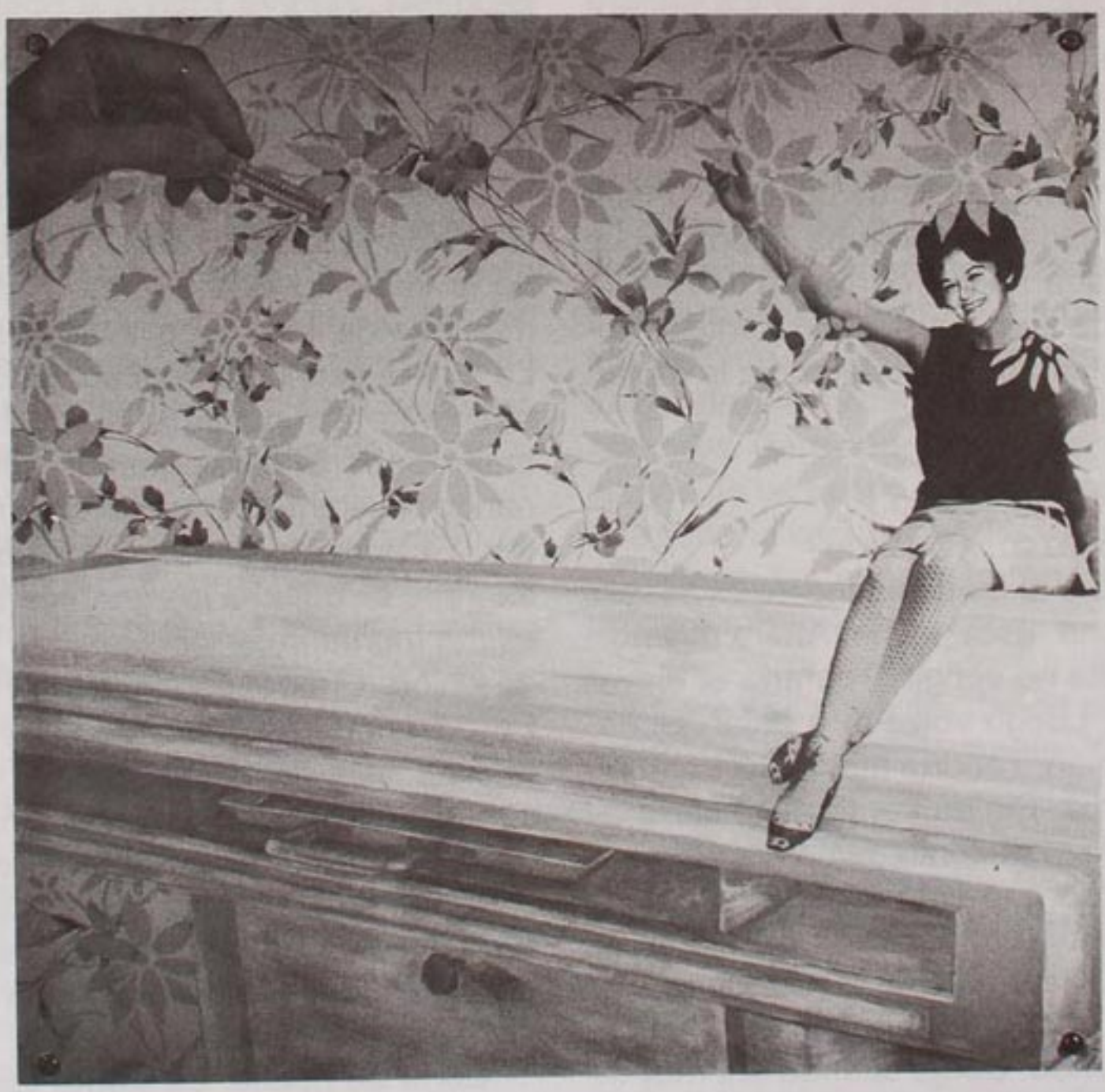
Su esposa, limpiándose los ojos con un pañuelo desechable, dijo "Por lo menos no estamos muertos".

Hari dijo "¿No lo estamos?"

Fue al patio trasero. El sol comenzaba a ponerse tras las montañas y caprichosas nubes oscuras difuminaban la luz en un amarillo severo. Probablemente llovería mañana.

Hari fue al cobertizo de las herramientas y sacó un trinche. La tierra en torno al manchón de césped no había comenzado a echar raíces aún; se botaba fácilmente al tantearla con los dientes del trinchador. En unos cuantos minutos el trabajo estaba hecho. Hari miró hacia arriba. El sol ya se había ocultado tras las montañas: Hari deseó haber podido desarraigarlas también.

Versión: Mayra Inzunza



Siempre de noche

Claire Dé

Primero, sería de noche. El hombre estaría acostado. Desnudo, bajo la colcha. Y sería de noche. El hombre parecería estar dormido. Pero estaría esperando. En el momento justo, alguien tocaría el timbre. Una mano enguantada tocaría, diez pisos más abajo. Él lo sabría. Se vería a sí mismo dudando, antes de contestar. Y de todos modos contestaría. Más temprano. Apenas tres minutos antes. Un siglo.

Sería de noche. Un 31 de octubre. Un día de entre semana sin ninguna importancia. Una precipitada noche de invierno. Habría nevado. Tarde ayer. También durante la noche. Habría llamado por teléfono a la mujer. Habría dicho solamente.

—Soy yo.

Ella habría contestado.

—Te reconozco. ¿Cuándo?

—Mañana a la medianoche.

Medianoche. Esta noche. Ahora mismo.

Tal vez ella no venga. Tomaría el elevador. Subiría. Luego volvería a bajar. Dudaría, ella también. Tendría miedo del hombre. O de sí misma. Sin embargo ella habría dicho ¿Cuándo? tan confiadamente. Como si hubiera sabido que él la llamaría. Como si hubiera estado justamente pensando en él. En el preciso momento en que él llamó.

Sería de noche. El corazón del hombre estaría adolorido. Como cuando era muy infeliz. Cuando ya no podía soportar la vida. ¿Un sueño? ¿Magia? ¿Imposible? Su corazón galoparía. Por miedo. Y por alegría también.

La puerta se abriría. Después se azotaría como un trueno, en el estudio silencioso. En la oscuridad. Ojos cerrados. El hombre sonreiría. ¿Por qué una mujer tan delicada? ¿Por qué azota la puerta con tanta vehemencia? ¿De qué prisión??? La mujer entraría al estudio. Caminaría en silencio por las puertas de vidrio. Se dejaría puesto el abrigo de pieles. En la oscuridad. El hombre acostado ahí no la vería. La olería. Una mezcla de gato montés y de ilang ilang. Antes de su llegada. Le habría servido un coñac. Que brillaría tenuemente en su copa, sobre la mesa. La mujer bebería en pequeños sorbos. Caminando constantemente. Sin quitarse los guantes. El hombre también sabría esto. Que siempre se quitaba los guantes *sólo hasta el último momento.*

Chloé. Él apenas recordaría su nombre. Pero su perfume súbitamente, y tan bien. El picante ilang ilang. Aumentado con una resonante nota cristalina de jazmín. En aromas de Chloé, recuerdos. Detalles de ella. Revolotearían en la cabeza del hombre. El lunar, arriba de sus labios. El sabor de su pelo, en su nuca. Su piel, cremosa, como queso blanco. Su barba partida.

Sería de noche. La última vez. La última vez que ella habría dicho.

—Te deseo.

Un ronco te deseo. Rasposo. La última vez. Ella habría querido tanto que no hubiera una última vez. La última vez. Hace tanto tiempo ahora. La última vez. Cada vez que ella y él se encontraran. Cada vez. Ella tendría miedo de que fuera la última. Este hombre. Ella sabía. Siempre se le escaparía. Ella diría te deseo. Te deseo porque una noche tomaste mi muñeca en tu mano. No apretaste ni estrujaste. Tomaste. Y yo pensé que tu mano embellecía mi muñeca como el más hermoso brazalete. Te deseo por tus besos. Tus caricias. Dejas mi piel luminiscente. Te deseo porque. Porque cuando me amas soy hermosa. No camino, soy serpiente, que danza. Te deseo porque. Deseo lo que deseas. Sueño lo que sueñas. Estoy aquí. Para ti.

Sería de noche. Ella sólo diría te deseo. Con voz ronca. Él recordaría este te deseo, ahora que ella estaba ahí. Que entraría oliendo a ilang ilang y a gato montés. Después dejaría la copa vacía en la mesa. Y un frasco pequeño. Un frasco junto a la cama del hombre. Entonces ella cerraría las cortinas abruptamente. Sería de noche. El hombre parecería estar dormido. Pero estaría esperando. La mujer en su abrigo de piel de gato montés. Se aplastaría contra el vidrio, con las piernas abiertas, los brazos ampliamente extendidos. Una sombra frente a las luces astilladas de la ciudad. Temblando. Diría.

—Tengo frío.

Pero habría otro temblor recorriendo su piel. Expectación. Deseo. Ella contemplaría. Desde este décimo piso. La ciudad en su envoltura nocturna. Como una reina, sus joyas. Y nunca habría una reina más finamente ataviada que ella esa noche. Porque él se entregaría a ella. Y ella a él.

Sería de noche. La mujer se volvería hacia él. Se quitaría las pieles. El hombre se estremecería. Estaría desnuda. Ya desnuda. Él no la vería. Sus ojos todavía estarían cerrados. También olería esto. Su olor de mujer. Por encima de su Chloé. Y por encima de su propio olor. De repente recorrería el estudio. Un viento inerte.

El hombre finalmente abriría los párpados. Ella estaría ahí. Frente a él. De pie. Muy cerca. Desnuda. Quitándose los guantes. También ella lo miraría a él. En la oscuridad sus ojos brillarían. El destello de las lágrimas. Y el resplandor del deseo también.

El hombre recostado. Desnudo bajo la colcha. Uno podría pensar que estaba dormido, con los ojos abiertos. Mientras la mujer se deslizara a su lado, los volvería a cerrar. Ella y él se quedarían así. Piel contra piel. Escuchando la respiración del otro. Sus pieles. Que arderían. Y seguirían ardiendo. Especialmente la de ella. Que había entrado del frío. Desnuda bajo su abrigo.

Ella y él se parecerían. Pelo castaño ambos. Las mismas muñecas y tobillos delgados. La misma carne apiñonada. Pero la de él, compacta, masiva. La de ella, delgada. Vientre plano. Senos pequeños. Como si se hubiera negado a crecer. Sería más pequeña. Para alcanzar sus labios, tendría que estirarse. Alzar el cuello. Sus caricias. Él. Su sexo. La llenarían tanto.

Sería de noche. Ni ella ni él se moverían. Entonces el hombre suspiraría. Suspiraría como un niño dormido. Y anidaría su cara en el cuello de la mujer. Un brazo, el brazo de ella, rodearía su cintura. Él, con el suyo, sus hombros. Para acercarse más. Como emergiendo de un sueño. O deslizándose en uno. Ella soñaría con un caballo semental. La crin ondulante, las narices humeantes. Que caracolea frente a ella. Después se acerca a ella. Desgarra su vestido. En jirones. En pétalos. En escamas. Pastando sobre él. Pastando. Después ella lo monta. Y corre a todo galope. En una llanura infinita.

Sería de noche. El estudio estaría cálido. Acostados bajo la colcha. Desnudos. Lado a lado. El hombre y la mujer se acariciarían uno al otro la espalda. Ese continente muy lejos de ellos mismos. Siempre desconocido.

Sería de noche. Con esa implacable dulzura de las mujeres. Dulzura de miel de ma-

ple y aguamiel. Dulzura de musgo, húmeda pero invasora. Ella se apretaría contra él. Se subiría en él. Pies contra pies, rodillas contra rodillas, muslos contra muslos, senos contra pecho. Temblor del vientre contra el sexo crecido. Sólo entonces. Ella pondría sus labios sobre los de él. Y los mordería. Suavemente. Sus labios tan carnosos y sabrosos. Sentiría como si hubiera estado muriéndose de sed. Durante siglos. Por no haber bebido de su agua. Imperceptiblemente. El vértigo la recorrería. El hombre. Sus ojos cerrados. Lo percibiría. Al sentir el sabor de su lengua de coñac. Mientras sus manos de pronto. Volarían a lo largo de sus cuerpos.

Sería de noche. El hombre y la mujer no estarían dormidos. Ella y él estarían flotando. Embriagados por sus abrazos. Y por sus besos. Sin reposo. Pero cuando él quisiera poner su mano ahí. Ella la quitaría. En cambio la mano de ella.

Qué sonrisa tendría ella entonces. Él no tendría ni idea. La obsesión, de ella. Esta fijación. En sus sueños diurnos más o menos solitarios. Que él se derramara dentro de su garganta. Que él fuera absolutamente poseído por ella. Por una vez. Que se abandonara a sí mismo. Él sería uno de esos hombres. Legión. Que se acarician tan ágilmente. Que nada. Se compara con su rápido manoseo. Le gustaría tanto. Que él aprendiera el placer de dejarse ir.

Sería de noche. Él no sospecharía. Que ella ha besado su foto tanto y tantas veces que de blanco y negro, se ha vuelto rojiza. Por el lápiz labial. Este hombre. La presencia de este hombre. Que despierta en ella una ráfaga en remolino. Una extraña ráfaga de fuego. Que la atraparía. La exaltaría. Todo esto aparentemente tan simple y tan complicado. Tan frágil y tan fuerte. Y sobre todo tan lleno de placer. Por qué esta sensación de eternidad. Al mismo tiempo que. La mordida ácida del presente moribundo.

Sería de noche. En la oscuridad. El hombre no distinguiría bien los rasgos de la mujer. Ella se sentaría. Pondría la almohada dura bajo las caderas de él. Se hundiría bajo la colcha. El hombre no estaría dormido. Estaría esperando. Y quizá. Quizá una deliciosa angustia. Lo haría temblar. Sus dedos se anudarían en el pelo de la mujer. La mujer. La boca de la mujer. Lo mojaría. Lo lamería. Retrasando. Moviéndose hacia el interior de los muslos. Regresando. Todo lo que palpita en él. Palpitaría ahí. En medio de él. Cuando los labios de la mujer lo apresaran.

Sería de noche. Y sería él, ahora. Quien se mueve hacia ella. Dentro de ella. Pero su cabeza. Su boca. Ascenderían. Y descenderían de nuevo. Como algo inexorable. Él a su vez. Diría te deseo. Te deseo. Pero ella, por el contrario, en su garganta, más adentro. Y más despacio. Él se convertiría en nada más que un ardor de éxtasis. Todo su ser se apretaría. Alrededor. Tenso. El placer aglomerándose al borde de sí mismo. Empujando. Se sofoca. Explota. Se deja ir.

Sería de noche. La colcha estaría tirada en el suelo. El hombre no estaría dormido. Volvería en sí. Al mundo. Al estudio. A las astillas de luz de la ciudad. Y a la mujer. Que parecería dormida, con la mejilla en su sexo. Pero no estaría dormida. Se sentaría. Se estiraría. Reiría muy suavemente, sus manos recorrerían su torso. Después en la cabecera de la cama. Pensativa. Bajaría la mirada. Levantaría un muslo. Guiaría sus dedos. Ahí. Él no estaría soñando. Ella se acariciaría frente a él. Junto a él. En silencio. Como para no molestar a nadie. La vería levantarse. Y vibrar como una ola. La vería abrir la boca. Abrir los ojos. A punto de. Lanzaría la cabeza hacia atrás. Sus suspiros se harían más intensos. Su nariz se dilataría. Su boca se distendería como para gritar. Pero no grita. Implota. Tormenta.

Sería de noche. Durante mucho tiempo. El hombre se inclinaría sobre la mujer. Una pequeña criatura, muerta. O aturdida. Pero ella no estaría ni muerta ni aturdida ni tampoco estaría dormida. Alzaría sus ojos brillantes hacia él. Lo miraría, inclinado sobre ella. Erecto. El deseo por él más fuerte que

nada, tan súbitamente. Que ella se lanzaría hacia él. Que ella buscaría su cuerpo. Sus labios. El hombre y la mujer se enredarían. Como dos luchadores. Y lucharían.

—Tú ganas. Tú ganas —el hombre diría finalmente. Los hombros clavados en el colchón.

—Espera —le diría la mujer.

Tomaría el frasquito. El frasco colocado en la mesa de noche. Un frasco de aceite sedoso. Pondría un poco en sus manos. Lo entibiaría. Después cubriría al hombre con él.

Sería de noche. El hombre no estaría dormido. Gemiría. La mujer lo acariciaría con ambas manos. La mano de él buscaría un seno. Una cadera. El sexo de la mujer. La mujer que se excitaría contra su pierna. Cuando de pronto. Se ensartaría en él, se clavaría. Momento paralizante y atemorizador de deseo suspendido. El chirriar de la carne antes de volverse líquida. Antes de desencadenar. Sus mareas y sus maremotos. Sus crestas y sus depresiones. Besos de sal y caricias de algas.

Sería de noche. El hombre apenas sería capaz de soportar la inmovilidad por más tiempo. Así. Aún soldado a ella, la colocaría debajo de él. Ya no sabría si era ella la que lo chupa. O él quien la horada. Ella se olvidaría de sí misma. Y él se olvidaría de sí mismo. Ella y él se mecerían. Ella pondría sus pies alrededor de las caderas de él. La máquina animal del amor se anima y se inflama. Se contrae y se pliega. Se balancea. Brama. Vals enloquecido. Ella lo sentiría hincharse y endurecerse más. En el centro de ella también. La marea subiendo, el geiser hirviendo. Ella gruñiría. Él rugiría. Al final de la cresta. En la cúspide de la tensión. Estalla. Vuela a través de ellos. Los consume. Arrobamiento.

Él diría.

—Soy yo.

Ella diría.

—¿Cuándo?

Ella habría preguntado ¿Cuándo? tantas veces. Antes. ¿Cuándo volverás? ¿Cuándo regresarás? ¿Cuándo me tomarás de nuevo? No entiendes que mi corazón no estaría tan agobiado, si supiera ¿Cuándo? Esos ¿Cuándos? tan numerosos de una mujer enamorada a quien se abandona.

La última vez. Era invierno también. La última vez. Cuando él se salió de ella, ella dejó escapar un sollozo. El sollozo de una cierva en desgracia. De repente, la distancia. El universo desgarrado. Saltó en ese momento para buscar cigarros. Para mantenerlo. Desnudo junto a ella. Un poco. Un poco más. Después inclinó la cabeza. Contra el pecho del hombre. Un largo rato demasiado corto. Él soltó un suspiro. El suspiro de alguien que se tiene que ir. Ella se lo dijo. A él le sorprendió la agudeza con que ella había percibido esto. Pronto, de hecho, él desapareció. Para siempre. Pero de esto ella todavía no estaba consciente. Ella habría deseado tanto que no hubiera una última vez. Y para no perderlo de vista, apretó su mejilla. Y sus senos. Contra la ventana garabateada de escarcha. Y la escarcha, al derretirse, la cubrió de cuentas de lágrimas de hielo.

Sería de noche. Ella y él. Atenazados en la espiral del destino. Aferrados por soledades. Silencios. Deseos. Yo lo vi. Veo lo que tanto quise. Tanto amé. Tanto soñé. Lo que pudo haber sido pero nunca será. Estaba enloquecidamente enamorada de ti. Tú me dejaste. Ayer. Desde entonces. Hoy. Siempre de noche. Desde entonces.

Versión: Marina Fe

La vereda a casa de Malcolm

Bill Gaston

El puma me esperaba trepado a mitad de un arce,
en el que se mecía incómodamente...
—Malcolm Lowry.
"La vereda al manantial"

A diferencia del epígrafe anterior, esto no es ficción. Tengo desconfianza, miedo, odio a la ficción, y tengo mis razones. Y estas razones les parecerán pintorescas. En este momento les voy a dar tan solo un ejemplo para que me comprendan: mi segundo nombre es Lava, nombre que es el patético resultado de haber tenido a una excéntrica beoda literaria de madre.

Tengo cosas que decir sobre otros temas, pero éste tiene que ver principalmente con Malcolm Lowry: el hombre más famoso de Cabo Hondo. Han de saber que puedo hablar con autoridad sobre esto porque en mi currículum está el haber vivido a no más de cien metros del Parque Cates. Para quienes no lo sepan, Parque Cates es el nombre nuevo de Playa Dollarton, el lugar mismo donde Lowry tuvo su cabaña, escribió *Bajo el volcán*, vivió con M, se puso unas borracheras de marca y todo lo demás. Cuando se trata de gente famosa, uno escucha "hechos" contradictorios. Lo que yo les contaré son los hechos tal cual.

El primer dizque "hecho" es éste. Se dice que la primera cabaña de Lowry, que albergaba el único borrador completo de *Bajo el volcán*, todas sus pertenencias, etc., fue consumida accidentalmente por un incendio. Y se dice que, a pesar de que a raíz de esto lo abrumó la desdicha, procedió, utilizando sus vastas reservas de recuerdos e imaginación, a escribir una versión mejorada. Nada de esto es correcto.

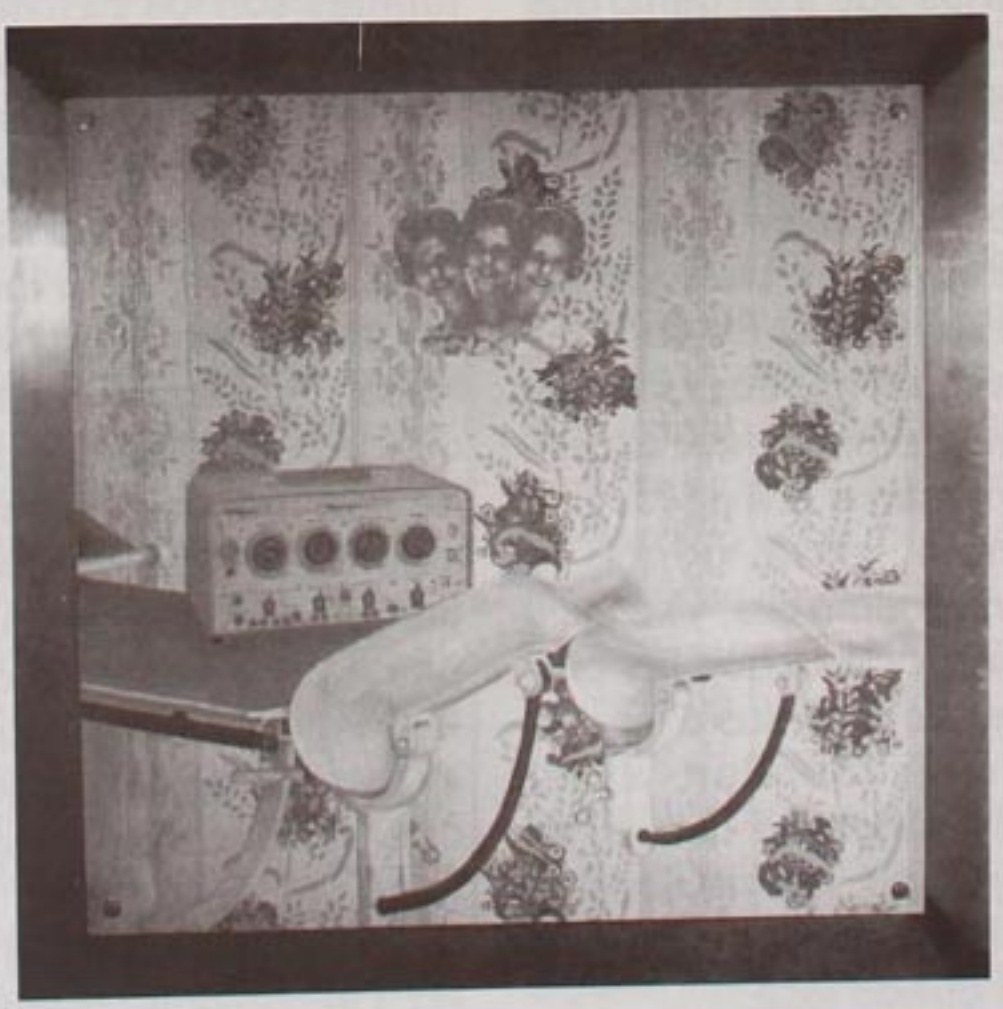
Los hechos reales son que, uno, en la locura del alcohol, con los pies vendados, Lowry quemó su cabaña a propósito, después de haberse cortado los pies muchas veces con los vidrios rotos que rutilaban alrededor de ella. Tenía la costumbre de tirar por la ventana botellas vacías de ginebra con un despreocupado giro de muñeca; y, pues bueno, ya era hora de mudarse. (Si quieren pruebas, la tarifa del taxi a Cabo Hondo les dará las pruebas. Los vidrios todavía están ahí, y los niños todavía se cortan los pies.) Y, hecho dos: aunque sí se destruyó un borrador de *Bajo el volcán*, era un borrador del que se avergonzaba. Los otros tres borradores estaban dispersos por las salas de los escasos literatos de Cabo Hondo. Mi madre tenía uno.

Ahora continuaré con mi relato, confiando en que no necesito proporcionar más pruebas. Pero debo añadir que no sólo me abstengo del alcohol tan resolutamente como evito los cuentos disparatados, sino que no tolero a quienes se regodean en cualquiera de los dos. Me sorprende que a hombres como Malcolm Lowry se les crea, y ya no digamos que se les admire. Cuando, con las

manos en la cabeza, anunció esa mañana a varios pescadores, vecinos y "paracaidistas": "¡Dios mío, mi casa está destruida! ¡Mi libro se quemó! Pero al menos M y yo estamos vivos", no hay duda de que se veía maltrecho y consternado. Para ser justos, ¿cómo podrían los testigos saber la verdad? Le resultaba fácil a Lowry verse maltrecho y consternado cuando en realidad estaba crudo y avergonzado. Pero déjenme preguntarles, ¿por qué habría que creerle a alguien cuya profesión era armar cuentos chinos en papel? ¿A alguien que quería mentir y mentir bien? ¿Alguien cuyas palabras durante todo el día no eran sino un ensayo de mentiras más grandes que, más tarde, por la noche, plasmaría con tinta en nombre del arte? Y a eso hay que añadir su manera de beber. Lowry era incapaz de decir la verdad. Quizá debería tenerle lástima. Pero no.

Cuando vivió en Cabo Hondo, Lowry escribió un cuento llamado "La vereda al manantial". Fue publicada de manera póstuma, por M. El cuento es un asunto bastante largo y disperso, pero a pesar de que algunas partes son mentira, muchas no lo son, por lo que lo recomiendo a quienes son afectos a la lectura. De hecho, tal vez es lo que más se acerca Lowry a no Mentir, ya que las falsedades que se encuentran en él no son tanto mentiras *per se*, sino inexactitudes de borracho. Me gustaría contárselas.

El cuento tiene que ver con su vida en Cabo Hondo, su vida en la playa con la caleta que tenía enfrente y el húmedo bosque costero que se cernía a sus espaldas. Siempre que lo leo me parece una experiencia muy nostálgica, y lo he leído muchas veces. (Una vez más, tengo mis razones.) Lowry describe el despliegue de las hojas de helecho, lo maravilloso de la húmeda podredumbre del bosque al amanecer. El suave oleaje de Cabo Indio, los codiciosos graznidos con tufo a pescado de las gaviotas y las garzas, el olor del cedro astillado, la sagrada luz de una gota de rocío que refleja el sol, la misteriosa luz de una gota de rocío que refleja la luna. Describe arroyos y senderos que conozco bien. Se tiraba clavados desde los peñascos que yo y mis amigos alguna vez utilizáramos con el mismo propósito. Y, además, menciona de pasada la escuela primaria a la que yo asistía de niño (donde nadie sabía mi segundo nombre); describe el cafetín donde, por diez



centavos, solía comprar para el almuerzo papas fritas llenas de grasa después de tirar algún sándwich incomible y excéntrico de mi madre.

Una vez más, es un cuento disperso; el tema es difícil de encontrar. El amor, tal vez. Cuenta su amor por las caminatas a media noche en medio del bosque, su amor por recoger agua cristalina de montaña en el manantial, su amor por los chapuzones matinales desde su porche, su amor por M, su amor por la vida. Se sabe que esto último es una mentira vil. Odiaba la vida, razón por la que bebía, y razón por la que creó una vida de mentiras en papel. De cualquier manera, el mediocre clímax del cuento ocurre un fatídico día en el bosque, cuando un puma salta desde un árbol en medio de su camino. Se espanta, se impresiona, se petrifica. Y en lo que podría equipararse nada menos que a una revelación de dimensiones cósmicas, se da cuenta de que su Edén, el boscoso refugio de su vida, alberga en sus confines fuerzas amorales y destructivas. Descubre, al parecer por primera vez, que la rosa tiene espinas. Los críticos, como gallinas, cacarean favorablemente y sugieren que lo que tenemos aquí es un clásico tema oculto, el cual muestra nada menos que a un genio que admite su batalla suicida contra la botella.

¡El puma! ¡Qué risa tan amarga! ¡Por todo en sí!

Antes de explicar por qué me río, quisiera contarles de mi madre; o más bien, de los recuerdos de mi difunta madre. Se llamaba Lucy y no estaba casada. Hay dos tipos de excéntricos: los que no pretenden ser excéntricos y los que sí... mi madre era de los últimos. Con frecuencia, a la gente le desagradan las personas como ella, y se aleja de su hedor a falsedad. Y dado que las personas como mi madre escogen sus excentricidades, sus opciones tienden a ser exageraciones de las cualidades que admiran. Mi mamá, por ejemplo, quería ser una poeta loca. Al principio no era ni lo uno ni lo otro, y al final sólo se quedó loca.

En el Cabo Hondo de los años cuarenta no era nada atractivo vestirse con costales de harina, bufandas moradas, grandes pulseras y sombreros amarillo canario. Bramar mala poesía en público era aberrante. Así decidió ser mi mamá. Cabo Hondo era en ese entonces una comunidad cerrada de pescadores malhumorados y "paracaidistas" pobres, y si bien mi madre tenía un auditorio cautivo, tenía pocos seguidores. Quizá se olían su falta de naturalidad; quizá se daban cuenta de que a sus ojos les faltaba ese vacío electrificado que caracteriza a los verdaderos excéntricos. Y aunque se pueda pensar lo que uno quiera de ella, no era sino una mujer extrovertida y sin tacto; una versión aumentada, por así decirlo, del ama de casa escandalosa con caftán turquesa; y además, no hacía daño a nadie. Los daños se dieron cuando comenzó a beber. Lo que yo veo es que la razón de sus problemas con la bebida era idéntica a la del hombre que vivía a cien metros de distancia en la playa: una imaginación hiperactiva y ni un seguidor devoto. Porque en esa época Lowry no era famoso de ninguna manera.

Estos hechos se derivan de años de investigación sobre mi historia personal. Mis fuentes son los ya mencionados pescadores y "paracaidistas". Cuando hablan de mi madre lo hacen con amabilidad, pero también con pena. No les era muy agradable, y en los rostros se les nota la vergüenza. Yo no les digo nada, pero me veo tentado a sacarlos de su angustia y a decirles que no sólo no me agradaba mucho a mi tampoco, sino que la detestaba. Y que la amaba, con dolor, de esa manera intensa y secreta reservada sólo a los hijos varones. Un ejemplo: poco tiempo después de su muerte intenté leer su poesía, y a pesar de que leí sólo diez minutos, vomité veinte. Su poesía era horrible y expresaba ideas vergonzosas. Pero sólo yo que la amaba tanto tengo derecho a odiarla tanto.

No sé si a Lowry le agradaba mi madre o no. De cualquier manera, me he dado cuen-

ta de que fue ella quien se entusiasmó con él primero, si es que él se llegó a entusiasmar con ella alguna vez. Ella debió haberlo visto en Playa Dollarton, con esos furtivos ojos eslavos, pero eructando y retorciéndose como un lunático bajo el caliente sol del medio día. Seguramente estaba tan desnudo como se lo permitiera la ley, porque (en las primeras épocas) se sentía orgulloso de su físico. Con seguridad mi madre sabía que era un escritor pujante. Debió haber pensado: ¡Por fin! ¡Otro excéntrico, otra mente bulliciosa! Creo que la primera vez que quiso llamar su atención fue en el bar del pueblo, donde se dice que intentó (con éxito) invitarle unas bebidas. No sé lo que M, arrobada en el amor infantil que sentía por él, habrá pensado de eso. Y se dice que a veces mi madre lo interceptaba en las calles, en las veredas, en la playa. Tal vez alquilaba una canoa y se las arreglaba para chocar su proa contra la de él en la caleta. Ya me la imagino queriendo impresionarlo. Se me pone la carne de gallina cuando la evoco pasando seductoramente una mascada verde limón por sobre su mirada fija como de Mata Hari. Tras capturar la mirada de Lowry, ahora mi madre se aboca a su mente, y, en un lánguido arrebato de espontaneidad ensayada durante días, apunta al sol y grita riendo: "¡La luna! ¡La luna!" (Creo que mi madre era capaz de un poquito más que paradojas baratas. También creo que era la última persona de este siglo que consideraba que la aliteración era algo más o menos profundo. Poco antes de morir me dijo, con ese tremendo murmullo ronco que tenía: "Mis memorias de Malcolm me desmadejan la mente".)

Sospecho que a estas alturas ya comparten mi vergüenza. Pero también espero que comiencen a entender mi odio por la imaginación y por los escritores y por la ficción y por la bebida. Si no, no me juzguen. El único propósito de esto es convencer con los hechos; liberar la cuchilla de acero de la verdad sobre Lowry de esa artificiosa funda de fábulas que ahora la oculta. Les puedo asegurar que no estoy denigrando a Mamá sólo por placer.

Pues bien, dudo que a Lowry le agradara mi madre, a menos de que fuera más tonto de lo que me imagino. Sus textos me exigen al menos admitir que él, a diferencia de mi madre, poseía sutileza. Quizá una genialidad fugaz; exabruptos (eructos) de claridad. En cualquier caso, la forma en que mi madre se hizo de su manuscrito no es nada clara. Podría ser que, como el adulto que al fin transige y da un dulce a un mocoso, Lowry le haya dado una copia para que lo dejara en paz. Probablemente pensó que a una mujer como Lucy le llevaría todo un año recorrer un libro como *Bajo el volcán*, pero se equivocaba. No; en palabras de mi mamá: "Comulgó con la mente del escritor durante veintitrés horas continuas" y lo terminó. Y su "comunión" con él resultó ser el principio de su fin. Para mi madre, cuya sola ambición era que su mente reaccionara con vivacidad, la ficción de Lowry, su obsesiva, florida y patética verborrea, era el empujón que necesitaba. Fue al día siguiente del festín de veintitrés horas de mi madre que el Evento —y la razón para escribir esto— tuvo lugar.

El Evento tiene que ver con el cuento "La vereda al manantial"; particularmente con el puma que Lowry vio. Como ya mencioné, había ido a recoger agua al manantial; levantó la mirada y ahí estaba el puma. Describe el encuentro de la siguiente manera:

El puma me esperaba trepado a mitad de un arce, en el que se mecía incómodamente... agazapado sobre una rama en verdad demasiado pequeña para él, estando desprevenido o desbalanceado, y quizá habiendo ya perdido el salto, bajó de un torpe brinco y luego, abrumado, cual gato, con la indignidad de su atolondrado lanzamiento, y temperado y humillado por mi apacible voz —como quise pensar después—, se escurrió culpablemente por entre los arbustos, desapareció tan silenciosa y furtivamente que un momento después era imposible creer que alguna vez hubiese estado ahí.

Hay más, mucho más: páginas y páginas sobre el puma, el miedo que Lowry le tenía, sus reflexiones sobre su miedo, sus reflexiones sobre estas reflexiones, su apasionado aferramiento a M durante toda la noche siguiente, cuando, agitados, hicieron el amor temblorosamente con la certeza de que el Peligro Acecha.

Ese puma lo impresionó bastante. No obstante, me gustaría que pusieran atención a las últimas nueve palabras de la cita que les he proporcionado. Después de esto, simplemente lo confesaré, aquí y ahora. Ése no era un puma. Era mi mamá.

Me pregunto qué tanto se puede emborrachar un hombre. Pienso en esto con frecuencia al tratar de comprender año tras año a ese hombre, Malcolm Lowry.

Al caminar otra vez esta semana por el Parque Cates, por la vereda que ahora ostenta un letrero con el nombre de Paseo Malcolm Lowry, observé el lugar con mucho cuidado, con ecuanimidad. Estudié detenidamente este pedazo de tierra y mar que Lowry describiera como "una evocación del Paraíso por doquier". Él encontraba "luz y verdor en todas partes, la belleza de la luz sobre las femeninas hojas de los arces, semejantes a enredaderas, y las jóvenes hojas de los alisos que brillan al sol como estrellas". ¡Oh! Así sigue y sigue. Opulencia inalterada, con cuatro adjetivos por sustantivo. Pero ésta es la que invariablemente me causa una sonrisa sardónica: "El maravilloso, frío, límpido y fresco aroma salino del aire matinal, y luego la pura refulgencia dorada de la luz por detrás de los pinos montañeses, y las dos garzas matutinas, y luego los dos fulgurantes ojos del sol sobre las colinas". ¿Entendieron eso? ¿Dos soles? ¿Las palabras *refulgencia* y *fulgurante* para describir la luz? Ésta es una descripción no de la naturaleza sino de una atroz resaca matutina. Toda mi vida he vivido aquí en la playa y nunca he visto que las garzas viajen en parejas. Al caminar por esa misma vereda yo también vi belleza, por supuesto, pero no era rimbombante como la descrita por Lowry. Yo también vi el follaje susurrante y majestuoso con sus cientos de tonos verdes. Vi los robustos y estoicos árboles, y las montañas con su impresionante, noble y misterioso donaire. (Es fácil ser Lowry.) Los botes en las ¡oh! maravillosas aguas, el refrescante oleaje del Rey Neptuno que acariciaba y palmeteaba los cascos de color blanco angélico, etcétera.

¿Pero qué más vi? Vi babosas a media vereda, con agujas de pino secas pegadas a sus rastreras entrañas y todas despanzurradas por las sensatas suelas de las ancianas que se pasean por ahí. Vi nubes oscuras que opacaban las montañas, taladas y marcadas para siempre; nubes que opacaban las notas altas de las aves; nubes que se reflejaban mejor en las manchas de aceite que en los escasos charcos de agua limpia. Vi tocones podridos, hojas enfermas, casi tanta muerte como vida. En pocas palabras, vi la realidad. No tenía ninguna necesidad de esconderme de la verdad de lo manifiesto. No tenía la necesidad de un hombre avergonzado, la necesidad de una visión producto de la resaca y del dolor constante. Lowry se puso sus anteojos color de rosa y elevó un cambiante mundo gris al nivel de un Edén para conservar la cordura. El arte era su excusa y su herramienta. Probablemente creía en lo que escribía.

Pero regresemos a mi madre y al Evento. Debo añadir que escuché todo esto de boca de Mamá; y la perturbadora combinación de angustia y éxtasis en sus ojos mientras hablaba me hace tener la certeza de cada palabra. Me lo contó muchas veces, y la historia nunca cambiaba. He aquí sus palabras:

"Acababa de leer *Bajo el volcán*. En veintitrés horas. Oh, estaba extasiada. Me había embrujado. Me había llamado a mí, sólo a mí, y quería responderle. Tenía que responderle de manera digna. Decidí ir a verlo vestida como alguien que está celebrando el Día de Muertos. En el libro es lo primero que menciona: el Día de Muertos, los disfraces,

las calaveras y todas esas cosas que tanto aterraban al pobre de Geoffrey Firmin. Y al final, la muerte es lo último que Firmin ve. Es el corazón del libro: la Muerte. Era importante que Malcolm supiera que había entendido, porque eso era lo que él esperaba. Entonces hice el traje de esqueleto. El disfraz debía ser negro, por supuesto, pero no tenía tiempo; el único que tenía era uno café, un traje de conejo que quedó de un baile del Día de Brujas. Le corté las orejas y le pinté huesos. Me temo que no me salió muy bien. Te juro, acababa de leer *Bajo el volcán* y las manos me temblaban". Recuerdo que de muchacho me daba miedo cuando mi madre me contaba esta parte, porque cada vez que me la contaba, aunque hubieran pasado muchos años del Evento, aunque Lowry tuviera años de muerto y mamá estuviera en el cuarto del hospital sin saber en realidad que yo estaba ahí, sus manos comenzaban a temblar mientras hablaba.

"Pero la idea en sí bastaba. Mi primer plan era aparecerme ante su puerta, porque sabía que M se había ido al este por tres meses. Yo no le caía muy bien, has de saber. No te puedo decir que no tuviera sus razones, por supuesto. Malcolm sin duda se inquietaba conmigo; era un hombre dividido. Pero, de todas maneras, tenía un mejor plan. Yo sabía que era importante que *mirara hacia arriba* para verme, para ver a la Muerte, como Firmin lo hizo al final. Entonces me subí a un árbol y esperé. Sabía que pronto pasaría por ahí. Espiaba al pobre de Malc y conocía sus hábitos. Los ingleses, especialmente los ingleses que beben, tiene hábitos muy estrictos". Aquí Mamá siempre se miraba los pies con timidez, fingiendo ser traviesa, y se reía como una niñita. La última vez que escuché esa historia, Mamá se veía muy vieja, sus dedos tenían el color ocre del tabaco, estaba vestida tan excéntricamente como siempre (las enfermeras la dejaron guardar su dotación de bufandas, collares y sombreros debajo de la cama), pero aun así todavía se pudo reír con la pureza y la libertad de una niñita. Me dieron ganas de llorar. Me dieron ganas de levantar la mirada y gritar: "¡Podrá estar muerto, señor Lowry, pero mire lo que ha hecho!".

"Entonces encontré un lindo árbol y esperé. Y, por Dios, déjame decirte que me quedé dormida. Había leído mucho sin dormir. También te confieso que tomé un poco". Es decir, tomó muchísimo. Pero admito que me encanta imaginármela trepada en ese árbol, y más me gusta todavía la versión de Lowry, la del "puma que se mecía incómodamente". Qué noble y optimista eufemismo para una loca borracha que roncaba y babeaba mientras estaba ahí colgada como un fideo en un palillo chino. "Pero yo sabía que Malcolm entendería. Cuando me dio el libro, me dijo con ese maravilloso acento suyo de Oxford: 'Este tomo se lee mejor tomado, porque lo mejor de él así fue pensado'. Ay, Malcolm, qué muchacho tan juguetón. Un genio juguetón". Aquí Mamá se perdía. Si tenía ganas de escuchar más, le insistía para que continuara.

"Entonces ahí estaba yo, dormida a tres metros de altura. De pronto me despertó un grito. Sí, un grito. ¿Sabes que, por Dios, pensé que era una mujer? Yo creo que pegué un reparo, porque me caí. Pero, tomando en cuenta que bien pude haber encontrado yo la Muerte en ese instante, no me lastimé mucho. Una costilla rota y una cortada en la espalda... gracias a Dios que tomé un poco. Y cuando volteé para arriba, ahí estaba Malcolm, corriendo con las cubetas vacías de regreso a su cabaña. Estaba haciendo unos ruidos muy curiosos con la garganta. Me preocupé. Creo que había estado tomando bastante esa semana, aprovechando que no estaba ya sabes quién".

A la historia de mi madre le faltaba un tramo más para terminar. Miraba hacia la nada, como a través de los muros de los años, y luego, habiendo visto lo que quería ver, cerraba los ojos y decía: "Seguí a Malcolm Lowry a su casa. Entré, vestida de la muerte, sangrando por la espalda, y le dije que lo

Blanco Móvil 91

amaba. Se levantó lentamente de su cama con los ojos muy abiertos y me dijo que él también me amaba". Una vez, y sólo una, añadió: "Y... comulgamos". Pero, quizá al darse cuenta por primera vez de que su auditorio era un niño de trece años, a Mamá le entró la timidez en ese instante y cambió de tema. Mi madre podrá haber sido extrovertida, y una loca, pero también era extremadamente conservadora cuando se trataba de ciertos temas....

Vi a Malcolm Lowry sólo dos veces, que yo recuerde. Tenía como diez años, y fue justo antes de que regresara a Inglaterra para siempre. La primera vez, mi madre me había mandado a su cabaña con una carta, sellada en un sobre negro y oliendo —santo Dios— a un perfume horrible. Lowry vociferó: "¡Ven!" cuando toqué, y ahí estaba, sentado ante su escritorio. Estaba muy erguido y con el pecho levantado, pero tenía un abdomen grande y flácido. Un porte de mucho orgullo. Sus ojos lucían un tanto orientales. Nada más estaba sentado ahí, creo que bastante sobrio, y parecía saber quién era yo. No creo que le haya dado gusto verme. Por mis indagaciones averigüé que durante esos años había invertido una gran cantidad de energía en evitar a mi madre; además, lo más seguro era que nos hubiera visto juntos y que supiera de quién era hijo. Le di la carta y salí corriendo.

La segunda vez, dos semanas más tarde, también la hice de mensajero. Llamé a la misma puerta y, al escuchar unos gritos y unas risitas muy extrañas, pero ninguna invitación a pasar, me asomé por la ventana. Ahí estaba sentado el mismo hombre, o casi. Esta vez estaba desnudo. (Me han dicho que a veces escribía así.) Se veía moreno y tenía un aire mexicano, como de campesino seboso y de ojos felinos. Su escritorio estaba atestado de papeles y libros; además, había hojas hechas bola que cubrían el suelo de su cabaña como si fueran una capa de palomitas de maíz gigantes. Estaba encorvado, y unos pliegues de pálida grasa le cubrían el regazo. Otra vez empezó a hacer ruidos, ruidos inolvidables, pero que ahora son dificí-

les de describir: una especie de chirrido muy agudo, pero con un matiz muy bajo al mismo tiempo. Mientras chillaba, columpiaba la cabeza hacia atrás y hacia adelante en amplios arcos, y al tiempo que abría la boca en un rictus y enseñaba todos los dientes como si sonriera, sus apretados ojos parecían estar a punto de derramar lágrimas de dolor. Después de columpiar su cabeza más y más rápido, al final se detuvo y tomó algunos tragos desesperados de la botella que tenía debajo de él en el piso. Reconocí la marca: la misma ginebra inglesa que mi madre tomaba. Me quedé viéndolo fascinado. El estómago me dio vueltas con esa enorme sensación de vacío que se tiene cuando hay un accidente automovilístico, cuando se ven autos de cabeza y cuerpos desperdigados, y un policía está ahí parado con una linterna junto a un charco de sangre. Lo que me hizo correr al final fue esto: Lowry finalmente se las arregló para prender una pipa después de intentar atinarle a la tabaquera con varios cerillos. Le dio una fumada muy larga, luego se recargó hacia atrás y suspiró como si estuviera satisfecho. Pero parecía todo menos satisfecho. Por el contrario, se mareó con el humo. Comenzó a columpiarse en la silla. Y de pronto se levantó de un brinco, lanzó la cabeza para atrás y aulló. En el mismo instante que aulló —juro que esto es verdad— accidentalmente se cagó encima. *Creo* que fue un accidente. De cualquier forma, fue más como una explosión de diarrea, expulsada en una descarga de un segundo. La mayor parte le salpicó las nalgas y las piernas. Lowry, que ahora gritaba, comenzó a embarrarse el líquido y a darle palmetazos mientras se tambaleaba. Fue entonces que corrí.

Me doy cuenta de que más o menos estoy pisoteando la reputación de un hombre al que bastantes lectores respetan y admiran. Y no es mi intención empeorar el asunto —no, mi única intención es dejar muy en claro mis razones para escribir esto—cuando les digo que esa fue la misma tarde en que me enteré que Malcolm Lowry era un hombre famoso. Al darme esa última nota, mi Madre me dijo: "Ten cuidado con esto, mi amor, se lo vas a dar a alguien muy especial. Es un escritor, y sus libros están en todas las librerías del mundo". Bueno, acababa de ver a mi primer escritor, a mi primera personalidad famosa, y ahora la fama y la ficción tenían un rostro.

Ya habrán podido adivinar varias cosas. Primero, la razón de mi amargura; es decir, que Lowry y mi madre tuvieron relaciones sexuales después de que ella se cayó del árbol. Mis sentimientos se derivan no tanto del acto en sí, sino de que lo que significó tanto para mi madre significara tan poco para Lowry. Creo que fue este total rechazo hacia ella después del Evento lo que la empujó por la resbaladilla de la locura.

Mi madre nunca me contó esto, lo admito; pero la evidencia que apunta a su unión carnal es abrumadora, y no dudo ni por un instante que haya sucedido. Las pistas son las siguientes. Uno, me dijo que lo había seguido. Dos, M estaba de viaje. Tres, como me lo dijo una vez, "comulgaron". Y mis investigaciones también me han proporcionado las siguientes pistas: hubo un periodo de dos semanas durante la ausencia de M en que Lowry estuvo supuestamente más perturbado. "Como loco", según dicen mis fuentes. En una interminable orgía de ginebra, les decía a quienes se dejaran que se había encontrado con la Muerte en persona, que se había encontrado con ella y que la había vencido. Más de un parroquiano lo oyó decir claramente: "Me estuve cogiendo a la muerte toda la noche, por detrás, como perro". (No me gusta imaginarme esto.) Durante ese periodo de tiempo estuvo riéndose y desvariando, desvariando y llorando. Lo que terminó con sus desvaríos fue la noticia de que se había visto un puma en la zona. Parece que escuchar esto lo reanimó. Le dio por decir que él también había visto al felino, y entonces su encuentro con la Muerte fue de pronto relegado al terreno de las pesadillas.

No se necesita ser detective para adivinar las autocomplacientes maquinaciones de la mente de ese borracho. Para conservar la cordura, para exorcizar a sus demonios, se hizo creer que había visto un puma, no a mi madre ni a la Muerte.

Odio esa escena, pero no puedo evitar imaginármela. Lowry, ebrio y lloriqueando, se encuentra con que la muerte no sólo le ha brincado desde un árbol, sino que lo ha seguido hasta su puerta. Mi madre, ridículamente disfrazada de conejo y con un esqueleto pintado encima, con una costilla rota y sangrando profusamente de la espalda, le dice que lo ama. Lo abraza y, asustado, Lowry no puede negar a la Muerte su deseo. Mi madre promueve el impensable acto. Y así, dos mundos oníricos horriblemente desacordes se unen allí, en Playa Dollarton: mi madre piensa que se ha apoderado de su sublime tesoro, de su genio juguetón, por fin. Lowry piensa que está copulando con la muerte.

A favor de Lowry, quiero pensar que en algún momento de su desenfreno alcanzó un nivel mínimo de sobriedad que le permitiera darse cuenta de que tenía a una mujer mortal en su cama. Parece que al menos se dio cuenta de que *algo* había pasado con *alguien*. Alguien que no era M. Aunque en "La vereda al manantial" escribe que tras su encuentro con el puma él y M se abrazaron "toda la noche", debo apuntar que durante este periodo M—se había ido por tres meses, y dudo que Lowry, aun embrutecido por la ginebra, no se percatara de eso. Entonces, ¿sabía que era mi madre? ¿O será que se convenció a sí mismo de que era M? ¿Qué retorcida charamusca de atormentada lógica se inventó para conservar la cordura? Lowry era sin duda alguna un esposo amante y monógamo, por lo que fue tal vez su espanto ante este poco común acto de adulterio lo que lo hizo enloquecer por un tiempo. Nunca lo sabremos.

Durante años, mi madre asumió que él sabía que era ella. Pero cuando se enteró de su muerte —ella no leía los periódicos; fui yo quien se lo dijo —comentó: "Pero yo pensé que me mandaría noticias suyas. Algo". Luego rió e inmediatamente se internó de regreso en lo que ahora era su mundo, un estado muy avanzado de sueño consciente. Y cuando "La vereda al manantial" salió en 1960, y después de que mi madre leyera y releyera ciertas partes, cerró el libro al fin y susurró melancólicamente: "Ay, yo pensé que *sabía*".

Podría decir mucho más sobre la vida de Lowry, sobre las mentiras de Lowry para sí mismo. De hecho, podría alimentar mi prosa con imaginación y atacar a este hombre con el decadente y florido lenguaje que seguro hubiese reconocido. Resulta tentador. Porque ahora veo que tanto el acto de levantar una pluma como la condición misma de escribir parecen dar lugar a cierta clase de exageración. Es decir, imaginación, sueño, mentira. Sólo me queda esperar que para este momento comprendan que mi odio por la ficción es tan recalcitrante, que no me ha permitido durante este relato contarles sino la verdad absoluta. Pero debo admitir lo mucho que me veo tentado a sumergirme en el veneno, a colocar las cadenas de la especulación al nombre de Lowry para así arrastrarlo por entre todas las posibles letrinas del escándalo. Pero no lo haré.

Tampoco procederé a describir su caída final, porque hacerlo sería ennoblecerla. Su ordinaria muerte. Al diablo con el mito: su muerte no fue sino ordinaria, tan ordinaria como la de mi madre. No voy a sacar conclusiones baratas de esto, pero la ecuación está ahí a la vista de todos: dos personas, flageladas por sus dudas existenciales, obligadas por la siempre sardónica calavera de la vida a recurrir a los sueños, a la poesía y a la imaginación, envenenadas todavía más por el alcohol... dos personas tienen una muerte ordinaria. Ya dije lo propio. Lo dejo a su consideración; sólo les pido que se abstengan de adornarles la vida o la muerte con aún más poesía. Tengo derecho a pedirlo.

Probablemente nunca descubriré si Lowry sabía que era mi padre. Podría haberlo sabi-

do; podría sólo haberlo supuesto, como tal vez ustedes lo hayan hecho. Quizá Mamá le dijo. Quizá lo atosigó. Pero, al no ser de esas que piden dinero o buscan un escándalo, mi madre tal vez prefirió amarme en secreto, a mí, a la preciada reliquia de un único encuentro sagrado. Nunca lo sabré, y no saberlo ha sido difícil para mí. Más difícil, de hecho, que no haber probado lo que es un padre, excepto por la imagen singular de un hombre desnudo que chillaba, se tambaleaba y se daba palmetazos en las piernas húmedas y brillosas. Pero lo más difícil ha sido aceptar que en el turbio y alcoholizado momento de mi concepción, no sólo no fui planeado ni deseado, sino que fui de hecho el resultado de la lujuria que sentía un hombre por una mujer que no era mi madre. Poniéndolo crudamente, el semen de Lowry estaba destinado a M (¡o quizá a la Muerte!), pero fue interceptado, cual manuscrito, por una mujer solitaria que de manera patética imploraba un poco de atención. Tal fue el sabor de mis comienzos, y tal sigue siendo el sabor de mi mezquina vida.

¿La prueba de que soy su hijo? No se necesita ser adivino para averiguar el año y el mes del Evento del puma; súmenle nueve meses y he ahí mi fecha de nacimiento. Mi madre no tuvo novios y nunca se supo que tuviera aventuras. Lucy era una mujer extraordinaria en muchos aspectos, siendo por supuesto uno de ellos el que haya conocido la desnudez de un hombre sólo una vez en su vida, y esto mientras llevaba puesto un disfraz de conejo.

Como mencioné al principio, mi segundo nombre es Lava. En todo "La vereda al manantial", Lowry llama a Cabo Hondo "Erídano". ¿Por qué le cambió el nombre? Sin duda en nombre de la mentira poética: sin duda Erídano es algún lugar con significación mitológica. Nunca lo he investigado. La inspiración de mi madre para "Lava" es igualmente metafórica. En este caso, sin embargo, sí sé lo que significa. Con su manera de hablarme como si no estuviera yo ahí, viendo al infinito y hablando por encima de mí a un nivel que me rebasaba, tanto literal como figurativamente, Mamá más de una vez espetó con grandilocuencia: "Lava. Tú eres mi Lava. Mi querido hombrecito. Eres la emisión de un volcán".

Sin duda se imaginaba que yo sería tan ardoroso como mi padre. Pero, a pesar de lo mucho que he llegado a odiar la poesía, recorreré ese camino hasta donde pueda soportarlo y sólo por esta vez extenderé la metáfora de mi madre en su nombre: la lava caliente es arrojada ciegamente a este mundo, se enfría pronto y le afecta haber sido escupida ahí. La lava no se parece en nada a las ardorosas entrañas de su padre. Si la lava pudiera sentir, se sentiría como un flujo torpe, eyaculado descuidadamente, frío y abandonado —no lo puedo evitar— bajo el volcán.

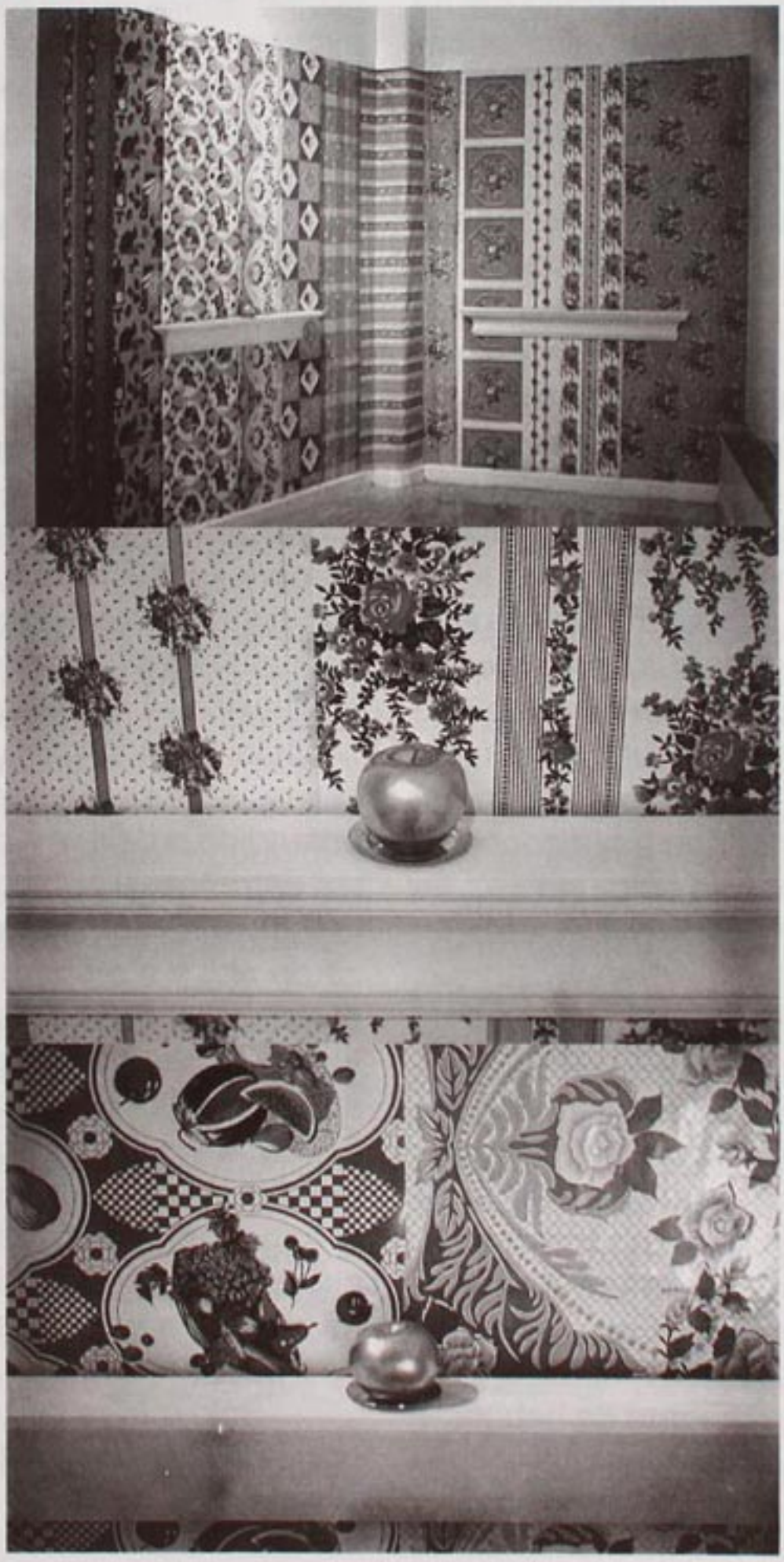
Al escribir esta historia, me he detenido varias veces y me he preguntado: ¿De quién es esta voz? ¿Es sólo la voz de la amargura? ¿El amargado hijo bastardo de Malc y Lucy? Si no, ¿por qué desvirtúo a un padre y a una madre? No busco notoriedad ni un nombre ilustre, tampoco reclamo su paternidad ni una parte de sus bienes, si es que dejó alguno. Entonces, ¿por qué exponer? ¿De quién es esta voz?

Quiero pensar que es la voz de Malcolm Lowry, su voz si viviera, su voz si hubiera aprendido a dejar de contemplar sus rugientes entrañas, si hubiera aprendido a dejar de mentir, si hubiera aprendido a llevar la cabeza en alto y a respirar de una vez por todas el aire puro, fresco y energético de la objetividad. Si alguna cosa heredan los hijos de sus padres es el miedo, ese miedo claustrofóbico, a los errores que sus padres cometen. Es así que puedo agradecer a los míos el haberme guiado, a través de la repugnancia, hacia la claridad. El mejor alimento para mi mente ha sido la carne de sus vidas erradas y ordinarias.

Sólo me he emborrachado una vez en la vida. Tenía diecisiete años. Mi madre aca-

baba de morir, y ya sabía quién era mi padre. El hecho de que fuera mi fiesta de graduación de la preparatoria no me importaba: a diferencia de mis amigos, no era una celebración sino un exorcismo. Bebimos bajo las estrellas —¿dónde más?— en el Parque Cates. Playa Dollarton. Erídano. El Paraíso. A principios de esa semana habían encontrado ahí un muerto en un auto incendiado, un presunto homicidio, lo que agregó a esa noche un aire de peligro latente. Y yo tomé ginebra, de la marca de mis padres. No dormí ni con un puma, ni con un fantasma, ni con una mujer, pero de todas formas me la pasé de maravilla. Lloré por mi madre y rabié por mi padre mientras golpeaba la fogata con un palo que encontré en la playa y lanzaba una lluvia de fulgurante ámbar hacia el cielo. En realidad ninguno de los demás chicos me estaba poniendo atención, porque la mayoría también se estaba emborrachando por primera vez y también estaba haciendo un escándalo a su propio estilo y por sus propias razones.

Versión: Mario Murgia



Sueños: tormentas: perros*

Janice Kulyk Keefer**

I.

Sogno di Sant' Orsola: Vittore Carpaccio. Venezia., Galleria dell' Accademia

Hay una mujer extraña en esa cama, con la mano apoyada en la oreja, escuchando atentamente sus sueños. Mi cama, la conocería donde fuera, a pesar de nunca antes haber puesto los ojos en ella. La cama para la que nací, no importa lo que diga mi marido. Y por una vez sí tendrá mucho que decir, buscándome arriba y abajo, a través de los laberintos de esta galería, persianas doradas y escaleras de mármol. No es que vaya a encontrarme: lo he plantado para siempre. Aunque trote a lo largo de cien corredores y abra cien puertas, aunque llegue corriendo a esta sala que comparada con las otras no es más grande que un clóset para escobas, nunca encontrará mi escondite.

La cama de mis sueños.

Para empezar, tiene un dosel de terciopelo.

No.

Para empezar, es una cama para una persona. No es que sea una cama pequeña, una cama individual. Hay mucho espacio en esta cama, pero no para él. Ningún cuerpo de esposo junto a ti, con el pecho peludo o suave, con pies como pescados en una plancha de mármol o como dos cerditos tibios escarbando hasta ti. Nada de eso. Es una cama para una soñadora, y para aquél con quien la soñadora sueña. Tiene un dosel, como dije: nada engañosamente frívolo, sino de gran dignidad, hasta se podría decir majestuoso. Rojo como la sangre; profundo, no oscuro.

El color del corazón,
ese puente carnoso donde todos
los ríos empiezan y terminan.

Estoy en esta ciudad a la fuerza, quiero dejarlo claro. Aplastada como el pasto bajo una aplanadora. No quería venir ni tuve nada que ver con la planeación de esto; mi esposo me trajo como rehén. Le dije que si teníamos que ir, yo quería tomar un tour en autobús, pero él no quiso saber nada de eso. Un tour para que vinieran todas mis amigas: Emmie y Erna y Gert y Sal y todas las demás. Por lo menos tendría alguien con quien hablar cuando a él le dan sus ataques de meditación, que es lo único que logra hacer últimamente. Además ellos escogen los restaurantes y los hoteles, y cada minuto de tu tiempo está planeado. No tienes posibilidad

* Tomado de: Thomas, Joan y Harms, Heidi (comps.), *Turn of the Story, Canadian Short Fiction on the Eve of the Millennium*, Toronto, Anansi, 1999.

** Nació en Toronto y realizó estudios en las universidades de Toronto y Sussex (Inglaterra) donde obtiene un doctorado en literatura. Ha escrito poesía, cuento y tres novelas.

de sentirte rara, tus pies se vuelven huidizos y apresurados de manera que no puedes plantarlos en ningún lugar y cruzarte de brazos y decir que ya no te moverás. No hay oportunidad, no hay ninguna oportunidad para preguntarte si la persona junto a ti, que duerme junto a ti y come frente a ti en la mesa durante todos estos años, es más desconocida que el chofer del autobús, que por lo menos será amigable pensando en la propina que puedes deslizar en la palma de su mano.

Mi cama tiene columnas: sobrias, no raquíticas. Tiene borlas que cuelgan de cada festón del dosel –festón es la única palabra que se me ocurre. Festones como papadas, como campanas boca arriba; o bien, pechos aleteando como trapos de cocina tendidos a secar. La mujer de mi cama no tiene pechos, a juzgar por la colcha: puedes ver el bulto de sus pies al final del colchón, pero no hay nada donde deberían estar sus pechos. *Pechos* suena tan descontrolado, tan chicloso. *Senos* es mejor, salvo que las mujeres ya no tienen senos. Ni siquiera sabemos usar la maldita palabra.

Esta mujer extraña que duerme en mi cama puede no tener pechos, pero lo compensa con todo ese cabello, trenzado como pan de huevo sobre su cabeza. Pelo amarillo, como el de Katie Maguire, Katie que se sentaba junto a mí en el autobús de primero a sexto año en la escuela Brookvale Consolidated. Me pasaba estampitas religiosas, jurándome que si tan sólo le rezaba lo suficiente a la Sagrada Virgen mi pelo cambiaría de la noche a la mañana de negro a dorado. Recé tan fuerte que me salieron ampollas en el paladar, pero mi pelo se quedó negro como el carbón y lacio como antes, incluso en mis sueños.

Esta cama mía está montada sobre una plataforma, así que es como un escenario; hay un perrito blanco haciendo guardia junto a un par de pantuflas, para que puedas salir corriendo en una emergencia. La almohada es grande y redonda: no dura, pero sólida. Lo que es mucho mejor: más dolores de cabeza son causados por almohadas fofas de lo que el mundo cree. Por mi parte, yo prefiero una almohada dura como un directorio telefónico, y nunca he despertado con un dolor de cabeza durante todos mis años como su esposa, ahora oficialmente cuarenta y cinco y el logro de toda una vida, por así decirlo.

Nunca nos peleamos en casa, y es sólo porque sé que nunca peleamos que acepté venir aquí en primer lugar, y ¿qué sucedió?, que acabamos con la espada desenvainada. Justo aquí, en la galería de pintura. Él con la boca abierta frente al cuadro #11,001, esperando que yo fuera tras él como un perro con su correa, pero yo dije, no. Era el momento de seguir, ya habíamos visto más que suficiente y todo lo que yo quería era sentarme en algún lugar cómodo y cerrar los párpados. Pero él seguía mirando ese cuadro, mirando y mirando, la clara de sus ojos casi se tragaba las yemas. Y cuanto más lo jaloneaba para irnos, él más se aferraba, no decía una sola palabra hasta que ¿qué podía yo hacer sino salir corriendo? Encontrar la manera de llegar aquí, tomando el mejor atajo imaginable. De vuelta en la cama, bajo las colchas, con la mano apoyada en mi barbilla y la manga apachurrada como un acordeón.

Ese personaje que se acerca con algunas plantas arrancadas del seto del jardín, estoy segura... de ninguna manera ése puede ser su marido. Tampoco su hermana gemela, a pesar de todas esas faldas y todo ese cabello dorado que se derrama hacia los hombros, como si fuera cayendo por una escalera. Ni su hermana, ni su esposo, sino un plato combinado: es decir, un amante. Así describiría yo al amante que nunca tuve: cercano como una hermana; extraño como un marido con faldas.

Amorcito, ésa es una buena expresión. Así hablábamos, mis amigas y yo, a la salida de los turnos del hospital. ¿Cómo está tu amorcito? Hola, amorcito. Pero con este extraño

de aquí, entrando por la puerta hacia la soñadora dorada que está en la cama, no hay manera de saber si lo que se esconde bajo esas faldas es un muchacho o una muchacha. No tengo la menor idea de lo que va a ocurrir cuando se encuentren, la que duerme en mi cama y el extraño que cruza la puerta apresuradamente sin dejar caer ni un solo cabello dorado en el tapete. Cada noche de mi vida de casada he recogido sus calcetines, sus camisas, su ropa interior, del suelo donde la tira, aunque el cesto de la ropa sucia está a unos pasos. Cada noche, año tras año. Eso es lo que yo buscaría en un amante: alguien que no necesite ropa, o que nunca tenga que quitársela.

Y estoy buscando un amante, si no ¿por qué habría venido hasta aquí, a un lugar que yo no quería que se liberara de su cabeza? La ciudad del amor, del romance más espeso que la pasta en una sopa de letras. Pensando que podría quizá, al final de todo, encontrar a mi amante aquí, muchacho o muchacha, cabello como pan de huevo o polvo de carbón, no importa. Con tal de descubrir eso con lo que sueño y que nunca puedo recordar cuando despierto. Acurrucada junto a las barras de su pijama a rayas azules. Nunca capaz de recordar, aunque acabo vapuleada de tanto soñar; casi sin fuerzas para quitarme los tubos del pelo.

No había tiempo para soñar cuando él me cortejaba: no había tiempo para cortejar, sólo pum pam y cuando te das cuenta el nudo ya está fuertemente atado. Debido a la guerra, con tan pocos muchachos que regresaban, agarrabas lo que podías y lo agradecías.

Me besó un poco, pero ni una sola vez nos tomamos de la mano. Y aquí estamos ahora, en la Ciudad del Amor, y con qué me encuentro, con agua en lugar de fuego. Y todo lo que él hace es quejarse: *todo se ha acabado, cambiado, arruinado.* Nada es lo que era antes, no importa cuántos estúpidos años él diga que pasaron desde que vino. Nuestra primera noche, trata de levantarse a las dos de la mañana: levantarse y salir a caminar para ver si es entonces cuando la ciudad se peina como antes lo hacía, si se viste con el viejo estilo conocido. Y yo le digo, para nada, de ninguna manera, no te voy a dejar salir, de ninguna manera me vas a sacar de la cama —y qué excusa tan lamentable por una cama que no se puede creer, más parecida a un catre de campaña cuadrado—, así que te das vueltas de un lado para otro toda la noche y todo el tiempo él está acostado a tu lado mirando el techo y sin decir una sola palabra. Entonces ¿qué saco yo de esta aventura, de este regreso suyo a un lugar donde yo nunca he estado? Sólo la oportunidad de escaparme de él y acabar cobijada en la cama de mis sueños.

Esperando a mi amante, el que me ha esperado a mí día y noche todos estos años mortales. Este extraño que entra con sólo unos cuantos helechos, todas las rosas caídas en este o aquel canal, corría tan rápidamente para encontrarme. Cuando llegue a casa y me pregunten qué traje como recuerdo de este viaje único diré, Una cama. El sueño de una cama, y yo, sola, dormida, y mi amante que irrumpe, todo cabello dorado y faldas brillantes. Eso es lo que ha hecho que todo este maldito relajo valiera la pena. Venir a esta ciudad, justo a esta, con un marido que resulta ser un loco, o un loco que resulta ser tu marido. Ni siquiera me puedo sentar a comer sin haber caminado diez millas pasando por enfrente de cada menú pegado a una ventana, nunca la ventana adecuada, hasta que mi estómago se siente peor que una serpiente hecha nudos.

Quizás haya notado que ya no estoy; debe saber que algo está pasando, aunque no se le ocurra buscarme. Quizás salió corriendo, pasando la caseta de los boletos, hasta la oficina de correos por la que pasamos cuando veníamos. Pensará que estoy haciendo cola para comprar timbres, mandando a casa algunas fotos borrosas de góndolas, de sombreros de paja enmohecidos. Y justo cuando llego al mostrador, justo cuando estoy buscando algunas monedas entre los boletos

usados y los tubos de labios en mi bolsa, él surgirá de la nada y le dará un dinero raro a la chica de atrás del mostrador. Así me volverá a poner en mi lugar, que es el de pobre y siempre lo ha sido.

Lo primero que haré cuando llegue a casa es ahorrar. Cada centavito que caiga en mis manos, escondiéndolos hasta que pueda ir con un delantal lleno a la carpintería de Angelo y decirle, Hágame una cama, en una plataforma, con un dosel y pequeños festones con borlas, una cama con espacio para nadie más que para mí y lo que esté soñando. Y cuando esté terminada, simplemente me acostaré y nunca me volveré a levantar. Claro, dejaré abierta la puerta para que ese extraño entre. Dulce y elegante y calladamente, para que ese perrito que duerme junto a mis pantuflas no mueva ni siquiera la oreja.

II.

Egregio Signor, Gentile Signora

Quisiera una habitación para las noches del 12 al 16 de mayo, para mi esposa y para mí. Estuvimos en el Albergo Marinara en nuestra luna de miel, hace cuarenta y cinco años, y sería un gran placer para nosotros poder regresar. Quisiera saber si podríamos ocupar la misma habitación donde estuvimos antes: la número 12, que da a la callecita con un jardín al otro lado. Entiendo que ésta puede ser una solicitud imposible y que muchas cosas deben haber cambiado con el paso de los años —¡casi medio siglo!— pero su amable cooperación en este asunto será muy apreciada.

III.

La Tempesta: Giorgione. Venecia, Galleria dell'Accademia

No importa cuánto tiempo lo mires, no hay manera de averiguarlo. Quiénes son, qué relación tienen, si siquiera se conocen. O advertir la tormenta que estalla sobre sus cabezas: un cielo con moretones de nubes y desgarrado por los rayos; un cielo verde como el pasto y profundo como ahogarse.

La manera como ella tiene que retorcerse para sostener ese bulto de bebé en su regazo; para vigilar al soldado que está parado en la punta izquierda del rayo, espiando su desnudez. Todo su cuerpo se ha vuelto abultado y torpe, como sucede cuando sabes que alguien te está mirando y no estás en condiciones de ser vista. Desnuda, excepto por una enagua alrededor de sus hombros: desnuda en la lluvia y el frío y la oscuridad.

El soldado la observa, quienquiera que sea. ¿Por qué no salta hacia donde ella está sentada y la ayuda a levantarse del suelo? ¿Por qué no los lleva a un lugar seguro, a ella y al bebé?

Al cruzar el puente, vimos a un pordiosero, un hombre que parecía un soldado, aunque no llevaba uniforme. Estaba solo; la cartulina que sostenía decía que tenía una esposa y un hijo en ese lugar donde habían caído todas las bombas. No tenía ninguna deformidad: no le faltaba una pierna ni un brazo ni tenía heridas de guerra visibles. Quizá era mudo. Quizá, como yo, es uno de esos hombres que nunca encuentran qué decir cuando es indispensable. Pero el letrero no decía por qué su esposa e hijo estaban todavía en ese terrible lugar ni por qué él estaba aquí; o cómo iba a regresar con ellos, si eso pretendía. No decía si en realidad no era ni esposo ni padre, sino un soldado que había tomado un rifle y matado a la esposa y al hijo de otro. Así que no le di nada, y seguimos caminando, hasta la galería de pintura, justo hasta el centro de esta tormenta de verano.

Parándonos aquí, frente a este soldado y esta mujer amamantando a su bebé; parándonos aquí y mirando juntos. Bajo mis párpados podía sentir la mirada de la mujer; pensé que estaba mirando a través de mis ojos, hasta que ella volteó hacia mí diciendo, "¿En qué piensas?". Una pregunta imposible; una pregunta que no lo es, ahora me doy

cuenta. Y todo lo que tenía que hacer era abrir la boca y decir algo, cualquier cosa, sólo para atravesar la grieta que ella había abierto en el cielo. Pero sólo pude seguir parado y mirando con la boca bien cerrada, como si el lenguaje fuera una habitación sellada y yo hubiera consumido todo el oxígeno.

Ella siempre me daba la espalda cuando dormía. En la luz roja y estrecha de la lámpara para mosquitos, su cuerpo era una nube salpicada de estrellas oscuras. No se le puede rezar a una lámpara para mosquitos: arde de manera distinta a las velas en las iglesias, las velas en pequeños vasos rojos. No importa cuánto dejáramos arder la lámpara, siempre había mosquitos, planetas borrosos que daban vueltas y se paraban; nos despertábamos cada día con una nueva puntada de veneno en nuestra piel.

Nos conocimos tan pronto después de la guerra que todavía llevábamos uniforme: una enfermera, un soldado. Nos conocimos en una de esas lluvias repentinas y tupidas que surgen de la nada y que hacen resbaladizo incluso al mármol más poroso. Corriendo desde dos direcciones diferentes hacia el mismo refugio: un dosel de viñas por encima de una mesa pequeña afuera de un restaurante. Su pelo estaba empapado por la lluvia, pero derramaba un dorado rojizo alrededor de toda su cara, tan brillante que yo no podía verla más que a través de su reflejo. Una lámpara se encendía bajo su piel, haciéndose camino, y ardiendo a través del cristal. No podía decirle nada de esto, no mencioné su belleza, aunque envolvía todo lo que yo pensaba o sentía, entonces y desde entonces. Noche tras noche me he quedado despierto pensando qué podría haber hecho, cómo podría haber evitado que me diera la espalda como lo hizo; que se metiera en la rendija abierta por una tormenta y se esfumara. La busqué por todas partes, en cada calle y plaza, y lo único que encontré fueron mis propias pisadas. No hay un solo callejón o callejuela aquí que no regrese sobre sí mismo para descubrir que también ha cambiado sin remedio. Ya cinco días, caminando desde la mañana hasta pasada la medianoche, y sin tomar nunca la misma ruta dos veces. Sin nunca encontrar la placita con que me topé esa noche, viendo su cara en la ventana, tan clara, un rostro tan hermoso que lo reconocería en cualquier parte.

La placita con una iglesia a un lado y un restaurante con mesas acomodadas bajo un techo de viñas. El lugar donde nos conocimos, donde nos pusimos de acuerdo en venir a esperar al otro si alguna vez la muchedumbre nos separaba. Sentados todas las noches hasta muy tarde, con las velas teñidas de verde por las viñas sobre nuestras cabezas, y luego su piel, su pelo, bajo la lámpara para mosquitos: una nube, un sol, dorado rojizo. Y de pronto el cielo se desgarra por el relámpago; la tierra se abre y te caes, y sigues cayendo más y más lejos de la única persona que llamó la vida que quedaba en ti, que hizo que tu piel bailara sobre tus huesos.

Al regresar del restaurante anoche —el restaurante equivocado, como todos los otros— nos perdimos y acabamos en el mercado de pescado. Láminas de mármol, branquias, escamas, todas lamiendo la luz que arrojaba la luna. Estábamos solos, salvo por un perrito blanco que sabía exactamente adónde iba. No tenía collar ni bozal, como suele tener la mayoría de los perros de aquí, y llevaba, en lugar de un hueso o un barrilito de brandy, una botella de plástico vacía, de ésas que se ven flotar donde atracan los yates y las lanchas a motor.

Quería seguir a ese perro, sabía que me había sido enviado. Llevaba un elíxir en esa botella, algo tan precioso que era invisible. Si tan sólo lo hubiera llamado: si tan sólo me hubiera arrodillado en las piedras donde ella seguramente pasó, aunque fuera una sola vez; si tan sólo le hubiera suplicado. Pero una vez más, no pude hablar; no pude moverme, ni siquiera extender la mano para mostrarle que no le haría daño y que podía confiar en mí. De haberlo hecho, ¿me habría dado aun-

que fuera unas cuantas gotas de su botella para que así pudiéramos encontrarnos y volver a casa al fin, juntos?

¿Habría yo regresado al hotel, con flores encontradas en el camino: geranios robados de una maceta, rosas que crecen en las grietas del mármol? Al abrir la puerta de nuestra habitación, ¿la habría encontrado ahí, en nuestra cama, bajo el techo rojo de la lámpara de mosquitos? Dormida, su mano apoyada en la oreja, escuchando atentamente lo que sea que sueña: relámpagos, silencio, el cielo abierto.

IV.

Al final se encuentran: marido, mujer. En algún lugar afuera de la galería de pintura; exactamente dónde, no importa, ya que en esta ciudad cada calle es un escondite y un descubrimiento.

Tienen los pies adoloridos y un aire de desamparo. Ésta es su última noche aquí, mañana regresarán a casa, todo volverá a ser como siempre ha sido. Están hambrientos y también cansados. Esta vez él deja que ella elija el restaurante y ni siquiera hace un gesto con la cabeza ante su elección: una dispersión de mesas al borde de uno de los canales principales, con humos de diesel que destruyen cualquier bouquet que tu vino pueda tener, cualquier frescura que todavía envuelva al pan sobre tu plato. Esperando que llegue la comida, ella avienta los zapatos y se soba los pequeños e hinchados pies. Como siempre, él no dice nada, rompiendo el pan en pedazos, amasándolos entre sus dedos para hacer huevos o piedras, ella no sabe qué y no importa demasiado.

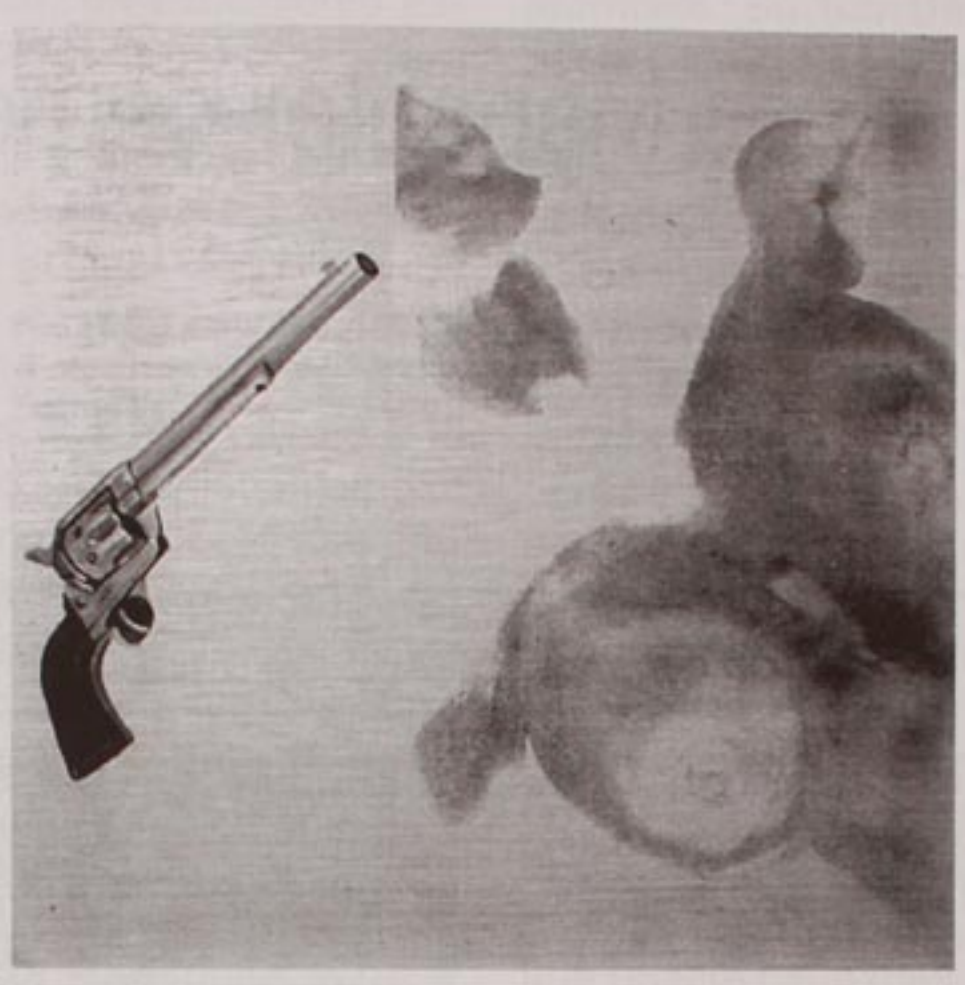
La comida es demasiado cara y los meseros insolentes. Ella mantiene la mirada fija en la camisa y la corbata de su esposo, anticipando cómo, en tan sólo unas horas, tendrá que agacharse como lo ha hecho cada noche durante los últimos cuarenta y cinco años y recogerlas del suelo. Se sienta con los codos en la mesa, viendo a través de él las lanchas de motor que traquetean por el canal, como si esperara que de éstas —una sola sería suficiente— desembarcara un extraño, alguien que le ofreciera los restos de un ramo de flores. Ella respondería a ese llamado hasta el fin del mundo, ¿acaso no ha llegado ya hasta aquí?

Él se queda mirando su plato como si las manchas de salsa de tomate fueran jeroglíficos a medio digerir. Sus lentes parecen un trombón que se desliza en la punta de su nariz y las venas en sus sienes palpitan como en una clave que alguien insiste en marcar. No se ve como un hombre que está de vacaciones, sino como un hombre en duelo: no por lo que está perdido, sino por algo que nunca ha podido encontrar. Alguna vez alguien le habló de una pareja incompatible que había venido a esta ciudad en su luna de miel; de cómo el novio se había apartado del cuerpo que lo esperaba en la angosta y pesada cama. Se había apartado y, en cambio, había abierto las persianas, dejándose caer en una almohada infinita de agua verde.

Han comido su espantoso almuerzo en silencio. Ella sabe tanto como él lo mucho que los han estafado el cocinero, los meseros, la misma ciudad, que sólo los ha mortificado al no darles nada que puedan conservar. Ella nunca encontró una postal de la cama de sus sueños, y ya empieza a olvidar los detalles del dosel, el número de trenzas enlazadas en la cabeza de la soñadora, el color de las faldas de su amante. Lo único que recuerda con cierta claridad es el perrito blanco vigilando la cama... y perros así los ves en cualquier parte.

El está pensando que merecía que ella le diera la espalda y se esfumara. Cuatro noches y cinco días de Raquel: cuarenta y cinco años de Leah, metida en su cama como un cojín más. Leah la rechoncha, la chaparra, con el pelo rubio producto de un elíxir falso. Aun así, hasta ella ha intentado un truco de desaparición, a pesar de no haber tenido la habilidad para lograrlo.

¿Cómo pudo dejar que se alejara de su vista, incluso por un momento? ¿Cómo ha-



bía dejado que sucediera, que Raquel se convirtiera en Leah? ¿Todo porque no pudo extender la mano, pronunciar una palabra, cualquier palabra, cuando más importaba?

Congoja, desesperación, división... cuando de pronto se desata una tormenta. Dos parejas, gente de aquí, pasean a sus perros de raza, y los perros, uno de ellos ridículamente pequeño y el otro del tamaño de un pony, corren el uno hacia el otro y empiezan a copular frenéticamente. Sus dueños se apresuran a separarlos antes de que ocurra lo peor. Pero cuanto más fuerte jalan de sus correas, más rápidamente se pegan los animales, con las patas torcidas, tensas, rígidas como el mármol. Lágrimas y groserías de la señora unida a la correa del perro pequeño; silencio del dueño del pony mientras trata de escuchar, aterrorizado, sonidos de algo que se rompe. Hasta que uno de los meseros soberbiamente descorteses corre hacia los perros, los levanta en medio de su agonizante *pas de deux*, y los tira al canal. Con lo cual ocurre un milagro, tan milagroso como si las aguas espesas y sucias se hubieran vuelto transparentes como el cristal. Pues los perros se separan y saltan al pavimento, sacudiéndose el agua del cuerpo. Sus dueños los agarran y se alejan en direcciones contrarias, arrastrando tras ellos a sus perros y a su ultraje.

Han estado observando esta escena de teatro callejero, el marido y la mujer: están paralizados. Lo repentino de esta tormenta, lo abrupto de su resolución, las posibilidades abiertas y canceladas ante sus propios ojos los han penetrado como electricidad, chamuscando cada vena de su sangre. Sin decir una palabra, estiran las manos por encima de la mesa, agarrando las del otro, apretándolas fuerte. Tan fuerte que no pueden soltarse, no importa cuántas calles laberínticas tengan que recorrer para llegar a su hotel, no importa cuántas insinuaciones le haga el uno al otro para que desaparezca.

El mesero, acercándose con la cuenta, no hace ningún intento por separarlos.

Versión: Marina Fe

Dios no es inspector de pesca

W. V. Valdgarson*

Aunque Emma no hizo ruido al bajar, Fusi Bergman supo que su hija lo estaba observando desde el pie de la escalera.

—Dios te castigará —le prometió, con voz baja e intensa.

—Dad al César lo que es del César —replicó él, con violencia. —Dios no es inspector de pesca. No es empleado del gobierno.

Había estado bebiendo una taza de café mezclado a la mitad con whisky, a la luz del quemador delantero de la estufa. Se acomodó en su silla de capitán para poder ver en parte las escaleras. Aunque sólo alcanzaba a ver el camisón de Emma como una mancha blanca, después de haber vivido con ella durante 48 años, sabía exactamente cómo se vería si encendiera la luz.

Era alta y de huesos grandes con una cara cuadrada y belicosa como de bulldog. Cada pulgada de su cabeza estaría atestada de rizadores de metal y su cuerpo angular oculto por un camisón blanco de algodón colgando de sus anchos hombros como una tienda de campaña. Cuando estaba enojada con él siempre se mantenía rígida y con los labios blancos y las manos empuñadas a los costados.

—Mientes —respondió ella. —No podrás mentir a las puertas del cielo.

El apuró su taza, suspiró y se puso su chaqueta. Mientras abría la puerta, dijo: —Él hizo los peces para pescarlos. En ningún lugar de la Biblia dice que no puedes pescar cuando tienes setenta años.

—Nos vas a arruinar —silbó, mientras él le cerraba la puerta.

Era agresiva y despótica, pero la conocía bien, demasiado bien como para dejarse impresionar. Tras su fuerte personalidad se ocultaba un residuo de autocompasión, ese residuo que crece en las mujeres sin atractivo, que no se casan sino hasta que piensan que ya se quedaron. Aun si con el tiempo encuentran esposo, la autocompasión siempre regresa para convertir su determinación en un sollozo; sin embargo, se alegró de que la puerta estuviera entre ellos.

Esta mañana, como todas las mañanas, se había despertado a las tres. Muchos años antes, se había entrenado para levantarse a esa hora, y aún hoy, a pesar de su edad, nunca despertaba más de cinco minutos después. Se sentía orgulloso de levantarse temprano, porque pensaba que eso demostraba que, al contrario, de muchos de sus contemporáneos, no se estaba deslizando inexorablemente en la mancha sin fin de la senilidad. Cada mañana, puesto que ya se había re-

* Nace en Winnipeg, Manitoba, y se cría en Gimli, una comunidad islandesa. Ha publicado cuatro colecciones de cuentos, dos libros de poesía y dos novelas: *Gentle Sinners* (1980) y *The Girl with the Botticelli Face* (1992).

conciliado con la idea de morir, le venía al momento de despertar, un sentimiento espontáneo de asombro por estar vivo. El pensamiento nunca duraba más que el breve instante entre el sueño y la conciencia, pero el bienestar le duraba todo el día.

Cuando Fusi salió, el aire estaba húmedo y frío, la luna baja en el oeste se veía pálida y frágil y muy pequeña. A cincuenta pies de la casa, el rompeolas que se extendía a lo largo de su propiedad se asomaba como el espinazo violeta de una gran bestia que protegiera la tierra contra un lago que, en la oscuridad, parecía no tener fin.

Sin inhalar, para acallar el ruido de su propia respiración, Fusi escuchó, tratando de oír el ruido de una tos o el roce de la grava, lo que significaría que alguien cercano estaría vigilando y esperando, pero sólo oyó el ruido ensordecido que hacía su esquife al rozar contra el pilote al cual estaba atado. Media milla más adelante, donde la tierra era más baja, hileras de botes de motor atados de cinco en fondo revestían los muelles. Los botes anchos y cortos con sus cabinas altas, la superficie gris de los muelles y el agua oscura, todo estaba teñido de un violeta rojizo que arrojaban las lámparas de mercurio. En la boca de la bahía, alta sobre una delgada aguja, brillaba una luz roja como una estrella distante.

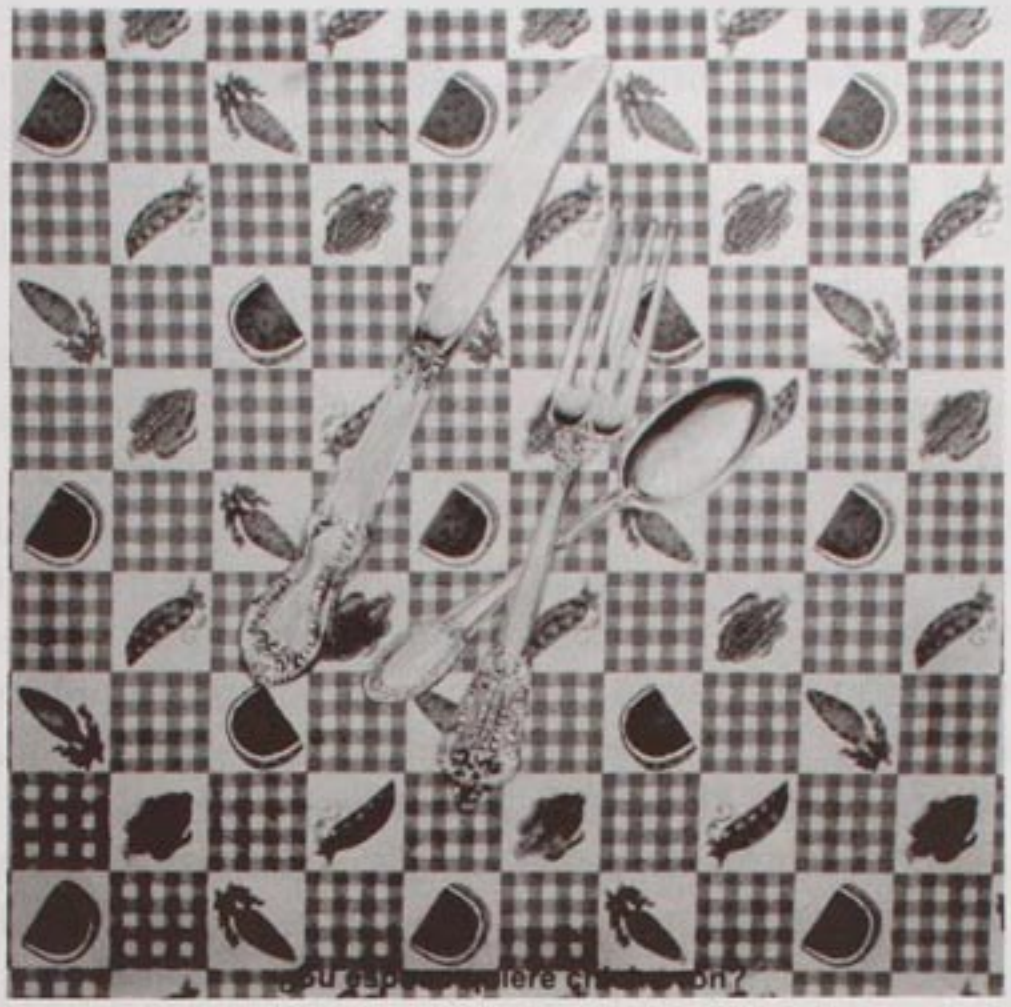
Oyó que la puerta se abría tras él, y por un momento, temió que Emma empezara a gritar, o peor aún, que encendiera la luz de la puerta trasera y así alertara a sus enemigos, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Por encima de todo, Emma temía al escándalo y haría cualquier cosa para evitar un rumor que pudiera relacionarse con su nombre o con el de su esposo y causarle un disgusto.

Su esposo, John Smith, no tenía carácter y era tan intrascendente como su nombre; bigotito recortado y cara de luna; era una cabeza más bajo que ella y le faltaban, al menos, cincuenta libras para alcanzar su peso. Hacía seis años que lo habían transferido a la sucursal de Eddyville del banco de Montreal. Su transferencia desde Calgari hasta un pueblecito de Manitoba era la manera en que el banco le decía que no habría más ascensos; permanecería en Eddyville hasta que se retirara.

Emma se había casado con él un año después de su llegada, y en vez de que ella se mudara a otro lado, él se había mudado a la casa de Fusi. Durante los últimos dos años, azuzado por Emma, John había estado tomando un curso de teología por correspondencia, para que cuando ya no trabajara en el banco pudiera convertirse en predicador de tiempo completo.

En las tardes, cuando no se ocupaba de los libros de contabilidad del banco, se afanaba en contestar las preguntas de opción múltiple del Famoso Curso de Predicadores que recibía cada mes, enviado por la Iglesia de la Única Verdadera y Sola Palabra de Dios, de Mobile, Alabama. Una tarde, mientras Emma jugueteaba con el radio, algún capricho atmosférico había hecho posible que captara un programa evangélico que anunciaba el curso, y aunque ni ella ni John habían estado nunca al sur de Minneápolis y nunca habían oído de la Iglesia de la Única Verdadera y Sola Palabra de Dios, ella lo tomó como una señal e inmediatamente inscribió a su esposo. Le costó quinientos dólares.

Las notas que recibía John lo urgían a que no esperara para contestar a Su Llamado, sino que inmediatamente comenzara a servir a quienes lo necesitaban, porque el Día del Juicio siempre está cercano. Anticipándose al fin del mundo y a su necesidad de tener una congregación una vez que se retirara, él y Emma se habían vuelto celosos misioneros y amontonaban en su Volkswagen un proyector de cine, un tocadiscos, películas, charolas de diapositivas, discos religiosos para cada ocasión, carteles y panfletos, todos comprados o rentados a la Iglesia de la Única Verdadera y Sola Palabra de Dios. Y como la gente de la ciudad era obsti-



nadamente luterana, y puesto que John no quería ofender a ninguno de los clientes de su banco, él y Emma cazaban conversos siguiendo los grises caminos sin pavimento que pasaban por granjas con casas destartaladas cuyos habitantes nunca entrarían en un banco.

Fusi no se volvió para enfrentar a su hija, se apresuró a alejarse porque sabía que no le quedaba más de hora y media antes del amanecer. Sus piernas le respondieron bien mientras cruzaba el patio, pero para cuando subió los escalones que llevaban sobre el rompeolas, y descendió quince pies hasta la playa, la rodilla izquierda ya había empezado a palpitar.

Manteniendo la pierna rígida para aliviar el dolor, vadeó hacia afuera, aflojo las amarras y se impulsó alejándose de la playa; en cuanto el bote entró en aguas profundas tomó asiento y puso los dos remos en las escalameras que había envuelto cuidadosamente con tiras de una camisa vieja.

Por un momento descansó sus manos en las rodillas, alzando los remos como si fueran las alas demasiado pequeñas de un cuerpo estorboso, en seguida enderezó sus brazos, sumergió limpiamente los remos en el agua y con un fluido movimiento, jaló las manos hacia su pecho. Los primeros movimientos salieron parejos y con gracia, pero después, cuando se empezó a formar un punto de dolor como un grano de arena en su hombro, el movimiento de su remo izquierdo se volvió más corto que el del derecho. Cada vez que se recargaba en los remos, el dolor crecía hasta hacer que se lo imaginara como un torcido clavo de tejamanil que se revolvía y daba vueltas en la articulación de su hombro.

Con el esfuerzo, en su estómago se formó una bola de gas que lo hacía sentirse incómodo. La bola se expandió como si fuera un globo inflándose, haciendo que sus pulmones y su corazón se contrajeran, y él ya no podía completar las inhalaciones. Aunque el aire sobre el lago estaba fresco, del borde de su pelo escurría sudor.

Después de doscientos golpes de remo, embarcó su remo izquierdo y de bajo el asiento sacó un rollo de cuerda con un gancho grande; se aseguró que estaba atado a lo largo de la borda, lo dejó caer al agua y empezó a remar otra vez. Normalmente, para marcar su red hubiera usado una boya hecha de una delgada pértiga de alerce, un bloque de madera y algunas pesas de plomo,

pero ya no tenía licencia de pescar, así es que su red tenía que estar hundida bajo la superficie, donde los inspectores de pesca no la pudieran ver.

Dio cinco golpes de remo más y la cuerda empezó a tensarse; alzó ambos remos y los puso dentro del esquife y, de pie en la proa, empezó a tirar de la cuerda. El bote respondió con lentitud, pero gradualmente giró, y la línea con flotadores de corcho que estaba oculta bajo dos pies de agua, salió a la superficie. Agarró la red, zafó el gancho y empezó a recuperarla, hasta que apareció la línea con los pesos de plomo. Había tenido suerte esta vez y el gancho se había enredado cerca del final de la red, así es que no tuvo necesidad de regresar.

Tiró poco a poco, juntando las manos, con cuidado para que los corchos y los plomos no golpearan la proa, porque en el agua abierta el sonido llega a muchas millas. En las primeras dos brazas había un sollo recién atrapado; al atraerlo, golpeó el agua con su cola, haciendo sonidos pequeños, como de aplauso. Fusi tenía los dedos acalambrados, pero se las arregló para atrapar al pez por su blanda parte media, y con su otra mano liberar las agallas de la red.

En ese momento, el dolor en su rodilla hizo que se sentara. Trabajar sentado era incómodo y le costaba un tiempo precioso, pero no podía escoger, porque el dolor subía lentamente por el hueso hacia su ingle.

Se limpió la frente con la mano y maldijo su debilidad. Cuando tenía veinte años, no le importaba en absoluto remar cinco millas desde la costa y levantar cinco o seis grupos de redes y después, con los peces casi hasta las rodillas, volver a remar hasta la playa. Ahora, pensó con amargura, un cuarto de milla y una sola red eran casi más de lo que podía hacer. En su exterior, había cambiado muy poco con los años, aún era alto y delgado, sus piernas y sus brazos estaban llenos de músculos, tenía el estómago duro; la cara larga, con la quijada puntiaguda, era lo que más dejaba ver su edad; eso y sus manos; tenía la cara llena de arrugas hasta que parecía que no había ningún lugar con la piel lisa. Tenía las manos llenas de cicatrices y con grandes venas. El pelo era gris pero aún abundante.

Mientras que otros se asombraban de su estado, él tenía miedo de los cambios que habían ido sucediendo en su interior; ese deterioro invisible era lo que gradualmente estaba reduciendo los límites de su resistencia.

Aun en la oscuridad, podía ver el distante campanario de la iglesia luterana y el bulto cuadrado del asilo de ancianos que estaba enfrente de su propia casa. Emma, pensó con pesimismo, no iba a estar satisfecha hasta que estuviera bien atrapado en uno o lo sacaran cargando de la otra.

Odiaba el asilo; odiaba sus tres pisos de ladrillo amarillo pálido, con sus pequeñas ventanas apretujadas. Odiaba el porche de concreto con sus cinco pilares redondos y los grandes cubos blancos con geranios rojos. Cuando veía a los hombres escarbando las flores, como si fuesen un montón de viejas, cerraba sus persianas.

La gente del pueblo que trabajaba en el asilo se portaba bien con los asilados; los residentes, les decían, pero no había ninguna manera para que un hombre, estando ahí, pudiera seguir siéndolo. Nada de whisky; a las diez a la cama; arriba a las ocho; campanas para desayunar, para el café y para la comida; campanas para todo. Lo sorprendía que no tuvieran campanas para ir al baño; alguien vigilándote cada minuto de cada día. Era como si, después de haber ganado el derecho de ser un adulto, repentinamente, de manera inexplicable, lo hubieras perdido.

El porche era la peor parte del edificio. Largo y estrecho y con mecedoras rojas y amarillas a lo largo, se elevaba diez pies sobre el suelo y los escalones eran tan empinados que aun los que podían moverse por sí mismos tenían miedo de acercarse a ellos. Fusi había vivido frente al asilo durante cuarenta años y había visto a los viejos, todos

intercambiables cuando el tiempo borraba sus identidades, arrastrando los pies y riñendo a lo largo del camino que los conducía a su muerte. Ahora, muchos de los que salían a dormitar en el sol y a ver el mundo con ojillos brillantes y celosos, eran personas que había conocido.

Él no caería en eso, no tenía miedo de morir, pero estaba decidido a que sucediera en su propia casa. Le habían retirado la licencia debido a su edad, pero eso no lo detuvo. Una red no eran treinta, sino una, y un cuarto de milla desde la playa no era cinco millas, sino un cuarto de milla.

No arrastraba los pies, no tenían que alimentarlo, ni tenían que ponerle un pañal de hule bien prendido todos los días. En realidad, se había vuelto más astuto porque vez tras vez los inspectores habían llegado y destruido las redes ilegales de otros pescadores, hasta los habían atrapado y los habían mandado al tribunal para que los multaran, pero a él no habían podido atraparlo en cuatro años. Cada día, durante la temporada de pesca, enfrentaba su ingenio al de ellos y les ganaba. A veces, habían estado cerca, pero sus búsquedas nunca habían logrado nada. Una vez, para su deleite, cuando casi lo encontraron con peces recién atrapados, los escondió bajo un hoyo en el rompeolas y se sentó en la borda del bote, hablando acerca de los viejos tiempos y compartió el café con los inspectores. El recuerdo aún le causaba un sentimiento de placer y excitación.

Mientras su mente divagaba sobre el pasado, dirigió el bote a lo largo de la red a estirones y jalones, pues su hombro no resistía el esfuerzo de tirar continuamente. Otro pez de buen tamaño colgaba sin moverse mientras lo atraía hacia él, pero después, al liberar su cabeza de la red, el pez se estremeció violentamente y voló de sus manos; demasiado rígido y lento para lanzarse tras él, no pudo hacer nada, sino ver cómo el relámpago blanco de su panza tocaba el agua y desaparecía.

Se detuvo para sobar el dorso de sus manos, después volvió a empezar. Antes de terminar, su aliento rugía en sus oídos como ruge el lago en la tormenta, pero había cuatro sollos más. Con un suspiro que casi era un grito de dolor, dejó caer la red. Desapareció inmediatamente arrastrada por las pesadas y oxidadas anclas que tenía a cada lado. Así era la gente, pensó, en un momento estaban aquí, después se iban y era como si nunca hubieran existido.

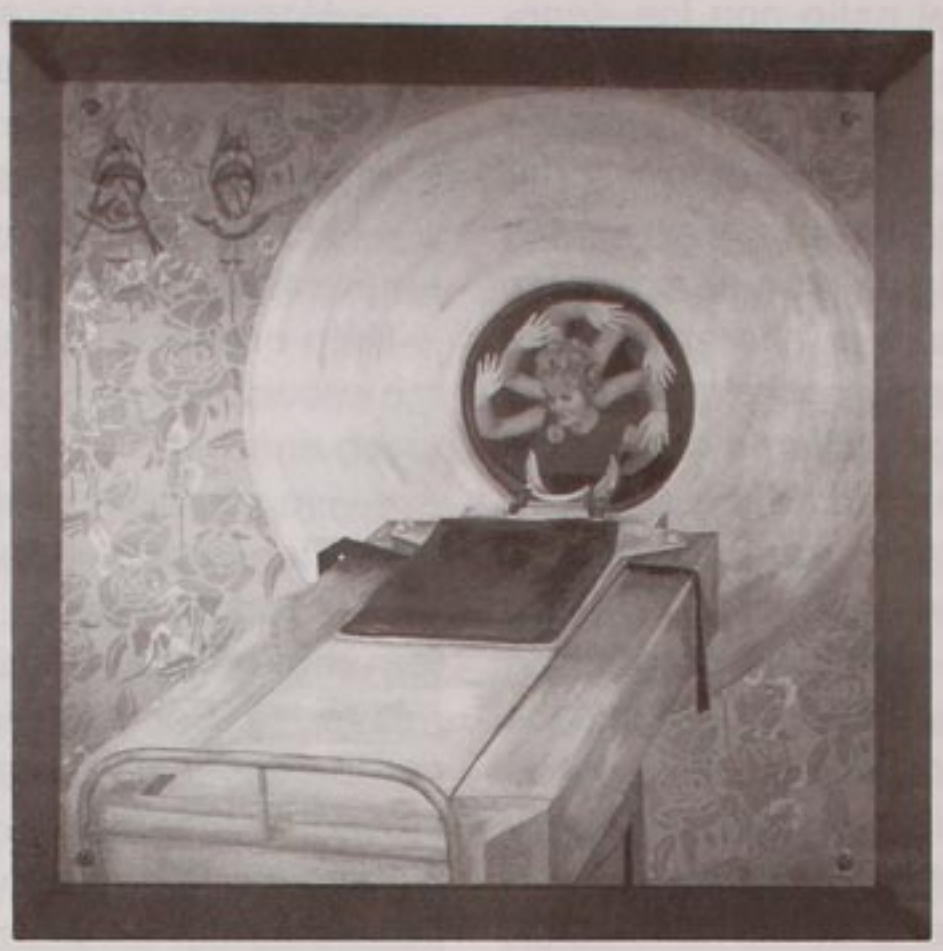
Trás del pueblo, el horizonte era de un color gris pálido y duro; parecía como si la silueta de los tejados y los árboles hubiera sido recortada de un papel violeta de los que vienen en los juegos de construcción de los niños.

La urgente necesidad de llegar a la playa antes de que el cielo aclarara, lo fustigaba, Fusi sabía que si los inspectores lo veían en el agua, lo atraparían tan fácilmente como a un niño. Tomarían su pesca y su red, lo cual realmente no le importaba, había más peces en el lago y más redes en su cobertizo, pero no podía arriesgarse a perder su bote, sus ahorros no le alcanzarían para comprar otro.

Sacó los remos pero no pudo cerrar los dedos de su mano izquierda; cuando trató de doblar los dedos alrededor de la empuñadura, todo su brazo empezó a temblar. Incapaz de hacer ninguna otra cosa, se inclinó y, presionando sus dedos sobre el asiento, empezó a sobarlos sin piedad. Rezaba y maldecía alternadamente, tratando de detener al sol con las palabras.

—Unos minutos —murmuró a través de sus dientes apretados— sólo unos cuantos minutos. —Pero mientras miraba, el horizonte se volvió rojo, después amarillo y una tajada de la orilla del sol se alzó sobre las casas.

No podía esperar más, tomó su mano izquierda con la derecha y forzó sus dedos alrededor del remo. Después se obligó y empezó a remar. En lugar de cortar el agua con limpieza, el remo izquierdo se deslizó sobre la superficie, torciendo la empuñadura en su mano. Volvió a tratar de hacerlo sin



sumergir los remos profundamente, esta vez el esquife se movió con lentitud hacia adelante.

De nuevo, el globo que tenía en su pecho se infló y empezó su amena de ahogarlo, forzándolo a extender el cuello, pero no se atrevió a detenerse. Una y otra vez, el remo izquierdo se deslizó sobre la superficie, haciendo que la proa se meciera de atrás hacia adelante como un animal herido y en agonía que estuviera tratando de deshacerse de sus dolores. Tras él, un sol color naranja, se alzaba lentamente sobre los ángulos agudos de los tejados.

Cuando la proa se deslizó sobre la arena, dejó caer los remos que se arrastraron sobre el agua. Agarró la borda, pero al tratar de salir, su pierna izquierda dejó de sostenerlo y se deslizó sobre sus rodillas. Sus botas se llenaron de agua fría que empapó las perneras de sus pantalones. Jadeó ruidosamente por la boca, dejando que su cabeza descansara en el bote. Permaneció así hasta que, poco a poco, se calmó su respiración y el dolor de su pecho se cerró como una flor nocturna tocada por la luz del día. Cuando pudo pararse, ató el bote a uno de los pilotes negros que eran lo que quedaba de un rompeolas que, hacía mucho, el agua había destrozado y arrastrado.

Mientras recogía sus pescados, notó que el camión verde del Departamento de Pesca estaba en el muelle; había tenido razón, ahí estaban. Agachándose tras su bote, esperó para ver si alguien lo vigilaba; parecía un milagro que no lo hubieran visto, pero sabía que no, porque si lo hubieran visto, su lancha rápida hubiera salido de la bahía y hubiera caído sobre él.

Doblándose casi hasta la arena, cojeó, internándose en la oscura sombra al pie del rompeolas. Sabía que podrían estar esperándolo donde terminaba la escalera, pero si estuvieran, no había nada que pudiera hacer. Subió la escalera y cuando no oyó ni vio nada, se puso a descansar cerca del tope, para que cuando saliera a la vista, no tuviera necesidad de sentarse.

No había nadie en el patio; la cuadra estaba vacía. Con un suspiro de alivio, cruzó al cobertizo donde guardaba su equipo y levantó el pescado hasta el estante clavado a una de las paredes. Fileteó su presa con cuidado, sin dejar nada de la piel traslúcida en el espinazo o en la piel. Después, puesto que eran sollos, sacó las mejillas y las apartó junto con la hueva, para su desayuno.

Mientras cruzaba el patio con los desechos en una cubeta, las gaviotas que se alineaban cada mañana en el rompeolas emprendieron el vuelo y comenzaron a dar vueltas sobre él. Meció el cubo y arrojó las tripas, las cabezas y las pieles al aire y las gaviotas se lanzaron para arrebatar las rojas entrañas y las iridiscentes cabezas; las que no atraparon nada descendieron a la arena en un discordante torbellino de alas blancas y grises, para disputarse lo que quedaba.

Aliviado por haberse deshecho de la evidencia de su pesca —si alguien preguntara dónde había obtenido los filetes, diría que los había comprado, y los otros pescadores mentirían por él— Fusi se puso de cuclillas y limpió sus manos en la hierba húmeda.

No había ninguna señal de movimiento en la casa. Las persianas aún estaban echadas y la alta y estrecha casa con su inclinado tejado y sus tejamaniles de borroso color rojo ladrillo se veía desierta. El patio aplanado estaba desierto, excepto por un muerto tronco de olmo, descortezado, que el viento había pulido dejándolo color de hueso.

Regresó al cobertizo y envolvió los filetes en una hoja de papel encerado color marrón y puso la hueva y las mejillas en la cubeta. Ni Emma ni John se habían levantado aún cuando entró y lavó la cubeta y su comida, pero cuando empezó a cocinar, apareció Emma en una bata de casa acolchada, llena de grandes tulipanes morados; su cabeza era un laberinto de metal.

—¿Estás satisfecho? —preguntó, con voz temblorosa. —No he podido dormir desde que te fuiste.

Sin dejar de ver la estufa, le contestó: —Vete. Nadie te obliga a quedarte.

Indignada, respondió, —¿Y quién te va a cuidar?

Fusi hizo un gesto y dio vuelta a las huevas para que se doraran por todos lados; durante dos semanas, alrededor de Navidad, había estado enfermo de gripe y ella nunca había permitido que se olvidara de eso.

—Honra a tu padre y a tu madre para que tus días se alarguen en esta tierra.

El bufó con fuerza. Lo que ella realmente quería era asegurarse de obtener la casa.

—No tienes que portarte así —dijo Emma, empezando a hablarle como si fuera un niño. —Sólo quiero que dejes de hacerlo porque me preocupo por ti. Todas esas gentes que viven enfrente, no...

—No soy uno de ellos —le ladró él.

—Tienes setenta años...

—Y todavía pesco. —replicó enojado, interrumpiéndola. —Y todavía remo y levanto mis redes. Eso es más de lo que puede hacer tu esposo y apenas tiene cincuenta. Retiró violentamente su desayuno de la estufa, y como sabía que eso la iba a molestar, empezó a comer en el sartén.

—Tengo setenta —continuó diciendo mientras masticaba—, y me burlo de todo el departamento de pesca. Atrapan a algunos que tienen la mitad de mi edad, pero no me han atrapado a mí, no durante cuatro años, y pesco bajo sus narices. Rió con satisfacción y puso un dedo de whisky en su café.

Emma, con los labios rígidos y los puños cerrados por la furia, volvió a subir por la escalera. Media hora después, los dos, ella y John, bajaron para desayunar. Obligado por la feroz mirada de Emma, John tosió y dijo:

—Emma, es decir, nosotros, pensamos... —se detuvo y jugueteó con el nudo de su corbata; siempre usaba corbatas gris claro y un traje gris claro. —Si no dejas de infringir la ley, tendremos que hacer algo. Se detuvo y miró implorante a su esposa, pero ella entrecerró los ojos hasta que bajo ellos se formaron pequeñas bolsas de piel.

—Quizá algo así como ponerte en custodia, de tal manera que te salvemos de ti mismo.

Fusi se sorprendió tanto que por esta vez no se le ocurrió nada que decir. Envalentonado por su silencio, John dijo, —Será por tu propio bien—.

Antes de que alguno de ellos se diera cuenta de lo que estaba haciendo, Fusi se

inclinó a un lado y vació su taza en el regazo de su yerno.

El café estaba caliente. John se echó hacia atrás con un chillido pero la pata trasera de su silla se atoró en una grieta del linóleo y se fue hacia atrás con un golpe. En la confusión, Fusi trepó la escalera.

Un momento después, arrojó un cargamento de ropas hacia abajo. Cuando su hija corrió al pie de la escalera, Fusi le arrojó otro montón de ropa. —Esta es mi casa —gritó. —Todavía no mandas en ella.

Emma empezó a recoger las ropas y a extenderlas para que no se arrugaran. John, con ambas manos cerradas entre sus piernas, se asomó rengueando.

Fusi bajó las escaleras y ellos se hicieron a un lado para dejarlo pasar. En la barra, recogió el paquete de pescado y volviéndose hacia ellos dijo: —Quiero que se vayan antes de que yo regrese, o saldré al lago y dejaré que me atrapen y le diré a todo el mundo que ustedes me mandaron.

Estaba tan furioso que cuando salió tuvo que recargarse contra la casa mientras un espasmo de temblor lo recorría de arriba abajo. Cuando se le pasó, dio vuelta a la esquina; a un costado del asilo había una escalera de incendios enrejada que se retorcía hasta el suelo como un trozo de intestino, se dirigió a la puerta de la cocina bajo la escalera.

Se había dejado sus botas de hule, pantalones oscuros y suéter de cuello de tortuga rojo, y como sabía que tras las cortinas había ojos que vigilaban cada uno de sus movimientos, trató de ocultar la rigidez de su pierna izquierda.

Aunque aún era temprano, Rosie Melysyn ya estaba trabajando; siempre era la primera, nunca faltaba. Era una viuda corpulenta y de buen carácter, con el pelo gris.

—¿Cómo está hoy señor Bergman? —preguntó.

—Muy bien —contestó él. —Me siento muy, muy bien. Le alargó el paquete de papel marrón. —Pensé que algunos de los viejos podrían querer algo de pescado. Aunque había traído pescado durante los últimos cuatro años, siempre decía lo mismo.

Rosie se limpió las manos, tomó el paquete y lo puso en el mostrador.

—Me encargaré de que se lo den a alguien —le aseguró. —Sírvase un café.

Mientras él tomaba la cafetera de la estufa, le preguntó, —¿Algún problema con los inspectores?

Siempre esperaba que le preguntara eso. Sonrió encantado, todo el dolor de la mañana ya se le estaba convirtiendo en recuerdo. —Ningún problema. Nunca me atraparán. Me levanto muy temprano. Los vi por ahí, pero no les sirvió de nada.

—Jimmy Henderson murió anoche —dijo Rosie.

—Jimmy Henderson. —repitió Fusi. Habían sido amigos, pero no sintió una pérdida particular. Jimmy había estado en el asilo por tres años.

—No me sorprende. No tenía más de sesenta y ocho, pero se había rendido. Te rindes y te mueres. Crees en ti y sigues adelante.

Rosie empezó a mezclar avena con agua.

—Sabe —dijo dirigiéndose a su ancha espalda—, yo estuve con Jimmy la primera vez que le pagaron algo. Cortó cuatro cargas de leña por sesenta centavos y los gastó todos en alcohol. Anduvo corriendo de arriba a abajo por la calle y aleteando con sus brazos, tratando de volar. Cuando se desmayó, lo ocultamos en el tapanco del establo para que su viejo no lo pudiera encontrar.

Rosie intentó imaginarse a Jimmy Henderson tratando de volar y no pudo. Para ella, era un hombre encorvado, con una cara triste, que tenía que usar un andador para ir al comedor. Lo que recordaba de él era que lo había sorprendido inesperadamente, llorando en silencio. Él no la había visto y ella se había retirado sin hacer ruido.

Fusi estaba haciendo tiempo porque después de irse todavía le quedaba un largo día por delante. Estaría solo en la casa y revisa-

ría el cuarto vacío para cerciorarse de que no hubieran tomado nada suyo, después ataría bien el bote, dormiría tres horas, comería y, en la tarde iría a los muelles para ver qué andaban haciendo los inspectores y recabar información sobre sus movimientos.

La puerta trasera se abrió con un crujido y Fusi sintió un soplo frío. Los dos, él y Rosie, se volvieron para ver, él se sorprendió al ver que no era uno de los trabajadores de la cocina, sino Emma, quien cerró la puerta, los miró y luego miró el paquete de pescado.

—¿Qué quieres? —preguntó él.

—Llamé a los inspectores. —replicó. —Para decirles que no eres responsable de ti mismo. Les conté lo de la red.

Fusi se estremeció, pero se relajó cuando recordó que tenían que atraparlo en el acto de pescar para que le pudieran quitar su bote.

—¿Y qué? —preguntó, confiado otra vez.

Sin alzar la voz, ella le replicó —No tienes que preocuparte de que te atrapen, todo el tiempo han sabido que has estado pescando—.

Repentinamente asustado por su calmada certeza, su voz se elevó al decir: —Eso no es cierto.

—No les importa. —repitió ella. —Hablé con el inspector McKenzie. Dijo que no podías hacer daño con una sola red. Te han estado vigilando todas las mañanas por si te metes en algún problema y necesitas ayuda.

Emma permaneció ahí, sin moverse. La cabeza echada hacia atrás, con ojos benevolentes.

Él se volvió a Rosie. —Está mintiendo ¿Verdad? Es falso. Ellos no harían eso.

—Por supuesto, está mintiendo —le aseguró Rosie.

Hubiera salido corriendo pero Emma bloqueaba su camino. Puesto que no podía rodearla, huyó por las puertas giratorias que comunicaban con el comedor.

Cuando las puertas se cerraron, Rosie se volvió hacia Emma y le dijo: —No debiste haber hecho eso —recogió el paquete de pescado cuidadosamente empacado; bajo la luz artificial, brillaba como un trozo de ámbar. Lo tenía en el hueco de sus manos.

—No tenías derecho.

Emma pareció agrandarse y sus ojos brillaron.

—Hágase la obra del Señor —dijo, con la mano derecha medio alzada como si se estuviera preparando para dar una bendición.

Versión: José Juan Dávila Sota

Ajenjo

Seán Virgo*

Las voces del Hombre caen sobre el bosque.

Son como el gañido de los cuervos, pero rebotan y se desvanecen sin rumbo entre los árboles.

El bosque conspira en su contra. Parece seguir, pero contiene la respiración en espera de que pasen. El lugar se encierra en sí mismo; se convierte en un sitio enorme, decadente, filmado en un molde húmedo, enmohecido, asfixiándose en sus inertes olores.

Los abadejos y los paros americanos que chillan y forrajean en lo alto cual fantasmas en un escenario vacío, bordan el paisaje. Al oído del Hombre se oyen cual campanas y arpas desde las altas ramas de los abetos y de los pinos.

Los ojos del Hombre los ven volar, como veloces mariposas oscuras entre los abanicos hechos del ramaje de cedros y abetos que opacan el cielo.

Las voces del Hombre suenan inusualmente fuertes, no hacen eco, se apagan apenas se emiten.

Sobre la cara de la roca agrietada hay raíces entrelazadas, al aire libre.

El chico bajó corriendo por los peldaños hechos de las raíces, tomó a zancadas los últimos dos metros y cayó riéndose, agotado, cerca del riachuelo.

El islote era arenoso, asoleado a través de un hueco en las ramas, rodeado de agua que giraba en remolinos espumosos, como de cerveza.

El chico se tiró sobre el islote y se liberó de su mochila. Se zafó los mocasines y escudriñó entre sus cosas hasta encontrar una botella. La corcholata saltó por la maleza y fue a dar tras la cepa de un viejo cedro; el chico bebió un buen sorbo, metió los pies en la arena y se recostó bajo el sol.

Su chica se encontraba a la mitad del camino en el enjambre de raíces que hacían de escalera sobre la cara de la roca, bajando de espaldas, cada pisada ciega y tímida, tratando de no caerse. "¿Me podrías ayudar?" le gritó.

El joven sonrió, se enderezó apoyándose sobre su codo, "Hasta ahora lo has logrado" dijo, mientras daba otro trago. "Vas muy bien-¡no deberías pedir ayuda!"

"¡Mis piernas no son tan largas como las tuyas!"

Con la mirada le midió las piernas, desde los enlodados mocasines hasta el dobladillo de los shorts.

"Tienes un maravilloso trasero", dijo, y se levantó para ir a ayudarla. Pero ella dio un salto, volteó y se recargó jadeante contra la cara de la roca. Estaba sonrojada, con sudor

* Nace en el seno de una familia angloirlandesa y llega a Canadá de adulto. Ha publicado varios libros de poesía, algunas colecciones de cuento corto y una novela.

en las cejas y en la raíz del pelo. Traía todavía los lentes de sol sobre la cabeza. "¡Maldito!" le dijo.

Le acercó la botella. "¿Quieres un trago?"

"En un momento. Primero quiero probar el agua".

"Te va a saber rancia", dijo él, "sale de las raíces y toda esa pudredumbre".

"No," dijo ella, "estás equivocado. Mira qué clara se ve, como ámbar al rayo del sol. Será como beber el bosque".

Él se rió. "Pues sírvete. Por lo menos no estará contaminada".

Pero la chica se detuvo, contuvo la respiración y la olió.

"¡Dios mío! Qué primitivo es esto" dijo. "¿A qué huele, qué es este olor como almizclado?"

"Creo que parece zorrillo".

"A mí me huele a oso".

"¿Alguna vez has olido a un oso?"

"No. ¡Es la primera vez!"

"¡Vaya! No te preocupes, es hierba fétida".

"No me preocupo me encantaría ver un oso. Pero qué primitivo es este lugar".

"Supongo que sí.... No, más bien yo diría que es salvaje".

"Primitivo. Mira, es como... escucha," y, para callarlo, le puso un dedo en la boca. "Puedo oírlo... es un corazón que late en el bosque. No, oye, ¿puedes oír?"

Se quedaron quietos por un momento; la chica cerró los ojos.

"Sí. Me doy cuenta. ¿Qué raro, verdad?" Bebió otro trago. "Pero lo que se oye es tu propio corazón, ¿no? Seguro te esforzaste demasiado, te agobiaste antes de llegar hasta aquí".

La joven abrió los ojos y sonriendo le dijo "Creo que tienes razón, pero... ¡oye!"... —y pasó a su lado rozándole el muslo con su mano— "quizá eso es lo que quise decir. Oír el latido de tu corazón entre los árboles... Eso es primitivo: cuando todo está tan quieto".

La chica se arrodilló, bajando la cara hasta la superficie del riachuelo y bebió de sus manos al tiempo que se echaba agua en la

cara y en lo que asomaba del cuello de su camisa.

"No te muevas. ¡Quédate así!" El joven dejó su cerveza y sacó una cámara de su mochila, salpicando agua al pasarse al otro lado del islote.

"¿Qué quieres?"

"Fantástico", dijo él "sólo espérate así. Pareces la Mujer Mosca, con esas sombras sobre la cabeza".

"Se me olvidó que las tenía" dijo ella, instintivamente pasándose la mano por el pelo "y mil gracias eh.... primero quieres un anuncio de cerveza y ahora una película de horror..".

"No, no," el muchacho ajustó su medidor de luz y el lente de la cámara. "Espérate, también los senos se te ven geniales".

"Ay... siempre te tardas tanto," dijo ella, "además no voy a salir natural y, mira no me puedo quedar así, me urge ir al baño".

El chico tomó una foto, giró levemente a la derecha y tomó otra.

"Como que no hay muchos baños por aquí..., pero ándale, orina río abajo, ¿de acuerdo?"

"Lo que necesito no es hacer pipí". La chica se levantó y se agarró el estómago. "Siempre me pasa esto cuando voy al bosque... algo adentro se afloja".

El joven vadeó de vuelta por el arroyo. "Qué chistoso" dijo tomándola del brazo, "a mí me pasa lo mismo cuando entro a una biblioteca". Se arrodilló junto a su mochila mientras ella siguió caminando, pasando por una brecha cerca del viejo tronco.

El joven cambió el lente y enfocó diferentes cosas a su alrededor: las raíces sobre la cara de la roca, el rocío centellante del ramaje de las matas tendidas, la arena expuesta bajo el rayo del sol. Se arrodilló junto al agua y miró la cama del arroyo por el lente de la cámara.

La joven atravesó hasta el final de los matorrales. Había una vereda apenas visible; una señal hecha con un hacha en la cepa de un aliso seco y más adelante pudo ver una marca de cinta azul colgada de una rama. Pero ella dio vuelta por donde la cara de la roca se abría en una hendidura no muy ancha, con una especie de bóveda hecha de *salal*[1] y árboles caídos, por donde se oía que goteaba agua. Entró y se recargó contra la piedra, como pudo se acuclilló y se bajó los shorts y calzones; en un segundo vació sus intestinos.

La humedad y el frío de la piedra le atravesaron la ropa. Racimos de helechos se asomaban por cada grieta, el lugar entero estaba cubierto de musgo. Sintió que se sumergía en el moho.

Arrancó con las manos bastante musgo de las paredes pensando en cuánto tiempo tardaría en volver a crecer; se sentía frío y aterciopelado sobre sus dedos, pero luego, al limpiarse, más bien la rascó. Hizo un montón de musgo para tapar lo que había dejado ahí y se preguntó entonces cuánto tiempo pasaría para que el bosque absorbiera su huella.

El chico enfocaba la cámara a la cepa del cedro coronada de un musgo color esmeralda, de manera que no se podía saber si el árbol había sido cortado por la mano del hombre, o si simplemente se habría secado y solamente eso quedaba. Al hacer un acercamiento con la lente apreció una selva de musgo en miniatura que su ojo no habría alcanzado a ver: gorros de duendes carmesíes y anaranjados se asomaban frente a él, sobre un interminable laberinto de esteras y enroscaduras. La escala de las cosas estuvo a punto de marearlo.

La chica regresó por la maleza. "Hay una vereda" dijo, "no muy buena pero se ve claramente. Me pregunto quién la habrá hecho".

"A lo mejor fue un trampero" dijo él. "Detente, quédate quieta, quiero hacer un acercamiento de tu cara".

La chica se quitó los lentes de sol y los puso sobre el musgo de la cepa. "Está prohibido poner trampas en un bosque ¿no

[1] *Gaultheria Shallon*. Arbusto que crece en las costas occidentales de Norteamérica. Tiene florcillas blancas o rosadas y un fruto de color morado muy oscuro.

crees?" Los lentes resbalaron y cayeron sobre el *salal*. "Espérate" dijo él, y accionó el disparador un par de veces. "Entonces sería el guardabosques. Hay que seguir el sendero, quizá nos lleve a la playa". Se le acercó y enfocó la cámara nuevamente. "Tienes musgo y ramitas en el pelo," le dijo. "Las tengo por todos lados," contestó ella riéndose y se adelantó hasta la orilla del arroyo. Se quitó los mocasines, los shorts y los calzones y luego se sentó sobre el borde de grava. "Ah..". suspiró, "me gusta este lugar".

"Va a empezar a hacer frío" dijo él, "el sol ya casi se mete. ¿Nos vamos por la vereda?"

"Claro," contestó la chica, "pero dame un ratito, ¿si?"

Con los pies dentro del agua el chico la acechó con su cámara. Hizo acercamientos de su perfil, de su mano sobre la rodilla, de sus pies sobre la cama del riachuelo. Subió la lente por sus muslos hasta llegar a la entrepierna de la joven. Bajo una luz refractaria de color ámbar, generada por la palidez de sus muslos, era como una anémona de mar cuyas tijeretas eran levantadas por la corriente del arroyo; apenas sugerido el pálido capuchón de carne. Ella giró hacia atrás para alcanzar una cerveza al lado de la mochila. "No te muevas" susurró él. "Voltea".

Él dejó la cámara y fijó la vista, fascinado con lo que sus ojos conocían aunque no pudieran ver. La chica contuvo la respiración y se acercó la botella a los labios.

El crudo mensaje se disparó en las entrañas del joven; contuvo la respiración y tomó una foto; alzó la cara y los ojos de la joven se avivaron con los suyos. En su mirada parecía haber miedo y ganas a la vez. Dejó a un lado la cerveza mientras él, en el agua, se liberaba de sus shorts con una mano y con la otra la asediaba por la cintura.

Las voces del Hombre se mezclan y chocan. El ladrido y el gemido del dolor y del apetito, la respiración que aumenta. El agua se agita y se revuelve como cuando los peces llegan para desovar, bajo las estrellas del invierno. Son gritos de muerte, es el sonido estridente de algo que llega a su fin.

Detrás de la cepa del cedro, en lo más profundo de las sombras que aquello que la detenía le permitía adentrarse, Ella, acostada, resiste y aguanta. Tiene una respiración aquietada contra el dolor y las voces del Hombre, pero Ella no puede calmar su corazón como lo hacía el bosque. El miedo y los mensajes antagónicos lograron separarla. El dolor la enseñó a quedarse quieta, como también lo hicieron los aromas, los latidos, los deslices, los tropiezos y los olores que emanaban del Hombre, al igual que la alteración de las cosas que todo aquello conllevaba.

Eso que la detenía agarrándole una pierna, era en sí una cosa alterada, de mordida inerte e implacable. Su corazón le ordenaba que luchara en contra y escapara. En contrapuesta sentía leves espasmos que surgían en el vientre, en tanto que sus senos se llenaban y, muy a su pesar chorreaban, llamándola a abandonarse a sí misma. La paciencia, que era su esencia, se había convertido en tortura.

Los enormes ojos vacíos que cayeron en su escondite, la miraban fijamente reflejando su sufrimiento.

Cuando, luego de un buen rato, las piernas blancas pisotearon cerca suyo, sobre el *salal* y las voces del Hombre se alejaron engañosamente, como gaviotas burlonas, y el arroyo gritó y clamó como antes, Ella salió nuevamente al claro. Al instante, la cosa le desgarró la pierna haciendo que el dolor la obligara a tirarse sobre la tierra.

No la masticó ni la jaloneó. Después de aquella primera mordedura, la cosa se había quedado quieta, una cosa muerta que la detenía sin exigir más. Su cola estaba clavada en la tierra: Ella daba vueltas alrededor jalando esa cola, pero los tirones le infringían una fuerte presión tras los oídos y un dolor paralizante en los tendones mientras chispas blancas tronaban en su cerebro.

La piel se había abierto arriba de los dientes muertos. Ella podía ver su propia carne, con tiras pálidas de tendón cubriendo el hueso.

La cosa no tenía aliento, pero olía como los grasientos y rancios pozos de basura que yacen a lo largo del duro sendero del Hombre. No se la podía morder —su quijada y su cola eran más duras que un hueso.

Ahora, acurrucada contra el tallo del *salal,* se mordió a sí misma por primera vez. Así es como la cosa peleaba —veía en su mente quijadas desnudas y chasqueantes, pero en realidad eran sus propias mordidas reflejadas. Cada mordida le producía parálisis y debía combatir cada uno de sus impulsos para volver a la herida.

Su hocico descansaba sobre los dientes oxidados que se atrevían a dar mordidas triturantes. Percibía un olor inseparable al sabor que sentía en la lengua. Tras el sudor de miedo y de dolor que le consumía la piel, sentía el sabor de cosas alteradas atravesándole el pellejo.

En cuanto los huesos se separaron uno del otro y el último tendón se soltó y cual resorte brincó hacia ella, Ella se alejó de inmediato. Pero Ella no sabía qué hacer; bebió el aire para siempre alterado. Se puso a dar vueltas alrededor del lugar, moviendo la cabeza de un lado a otro, buscando algo que ya no estaba ahí. Bajó por la orilla del arroyo, adaptándose rápidamente a su muñón que actuaba sin dirección alguna; husmeaba el rastro del Hombre. Rastro confuso y borroso en el que estaban Él y Ella. Un velo de alteraciones colgaba entre ella, ellos y el bosque. Siguió su búsqueda en torpes círculos.

Retrocedió guiada por su propio aroma, que ya no era solo suyo, y regresó a la cepa y al círculo que sus vueltas habían trazado en la tierra. Olió las quijadas oxidadas y logró safar de ellas la antepierna mutilada. Tendida sobre el lomo la desgarró con la boca y su otro pie; cayó en la cuenta de que ahora podía morderla sin que le doliera.

Esculcó entre las hojas y ramas secas buscando el trozo de carne de pescado que la había atraído ahí la noche anterior; lo arrastró hasta el arroyo, le lavó la arena y se lo comió. Estaba voraz y sedienta. Parecía que el agua fluía en su sed —en una sed que no lograba satisfacer.

Se recostó al borde, en el agua no profunda, y con ademanes se acicaló el pecho. Orines, moho, grasas y otras cosas alteradas le quemaban la lengua. Lamió la gota de leche de uno de sus pezones y recordó.

Se fue rápido, sin parar, corriendo como si quisiera esconderse de sí misma. Cerró sus oídos y nariz a cualquier mensaje del sendero, cerrando también cualquier impulso de detenerse a rodear cualquier cosa alterada que se le presentara en el camino. Iba por el sendero del Hombre, por el túnel enmohecido y tuvo que echarse pecho a tierra cuando una enorme cosa retumbó en lo alto. Esquivó entonces las zanjas, aplastándose las orejas en un esfuerzo por ignorar los mensajes que recibía y corrió hacia una caverna cercana a una pila de troncos que el mar arrojó a tierra.

Los pequeños estaban débiles y con mucho frío. Dos de ellos lograron lloriquear, pero sólo uno se arrastró para salir a su encuentro y con su nariz la embistió en el pecho.

Ella le lamió la cara, lo empujó hacia adentro de la cueva y comenzó a limpiarlo, acicalando su suave pelambre entre los tendones de su cuello. El se dejó acariciar aunque con el hocico trataba de empujarle las patas hacia el vientre.

Lamió una y otra vez el pequeño cráneo, y luego, giró la cabeza y lo mordió. El cachorro, retorcido debajo de ella, chilló mientras ésta apretaba más fuerte. Por un momento, un fino chorro de sangre se le pegó en el paladar, luego de que el pequeño se quedó muy quieto.

Ella comió y, gruñendo, se acercó a los demás, para seguir alimentándose en la caverna cerrada, hasta que quedó solamente

uno más, ya muerto. Lo jaló hacia sus endurecidas y chorreantes ubres y se recostó.

De pronto oyó a su macho en la entrada. El macho se asomó y sin entrar del todo, asintió con el hocico, probando antes el aura y el aire de las cosas alteradas dentro de la cueva. La hembra se incorporó de costado y él se acercó a olerla, emitiendo pequeños silbidos a manera de saludo mientras le husmeaba el muñón y acicalaba el aplastado pelambre de su hombro. Se detenía a menudo por los rincones de la caverna en una especie de búsqueda con el hocico.

Ella suspiró mientras sus hocicos se juntaban y el macho soplaba con su aliento en las fosas nasales de su hembra. Le lamió la cara, se agachó y gruñó. Ella lo husmeó con su nariz pero él se agachó más aún, con miedo y confusión en la mirada, tratando de ahogar el gruñido que tenía en la garganta. Ella le ofreció al cachorro muerto y él retrocedió hacia la pared de la cueva. Ella se lo acercó todavía más, mordiéndolo en el cuello y arrancándole un trozo de carne.

En la cueva resonaron sus gruñidos pero ella, mirándolo fijamente a los ojos, insistió en acercarle el pequeño cadáver. Refunfuñando todavía, la barbilla casi tocando el piso en señal de miedo, la miró y lo mordió, mientras ella se lo quedaba viendo. Sin dejar de gruñir, con la boca todavía en la carne, se apartó de pronto, con los dientes desnudos y la respiración desafiante y se escabulló.

Ella suspiró de nuevo y volteó hacia el cadáver. Lamió la cara expuesta, dio una vuelta, lo jaló hacia sus pechos. Volteó otra vez; estaba incómoda. Necesitaba beber.

Trepó por las piedras arriba de la cueva. Ya no había sol. Las sombras montaban por las rocas y los arbustos; la marea estaba aún baja; la costa y el mar murmuraban sin fuerzas.

En alguna parte, allá en la punta, alguna vez Ella había bebido el agua de una fuente de piedra. Era de brisa marina y lluvia estancada y de hecho, aunque la había escupido, ahora se le antojaba. Era precisamente el agua que debía beber.

Se movía torpemente sobre las piedras disparejas y en un momento perdió el control y cayó en un hueco en donde crecían retoños de pastos rasposos, rodeados de pedacería de conchas marinas, y donde por una grieta del suelo brotaba una cepa de abeto. Había algo que salía de la base de la cepa y emitía un sonido entrecortado. Se miraron fijamente. El ave se sostenía en unas alas que semejaban harapos. Boquiabierto, la puntiaguda lengua seca y manchada, con una especie de risita temblorosa, boqueaba.

Apenas tenía suficiente fuerza para bloquear el paso por donde ella se movía. Olía a carroña. Sus amarillentos ojos rabiaban sin brillo.

Había en él algo alterado que ella percibía. El pájaro llevaba varios días ahí, mudando sus plumas alrededor de la base del árbol.

Se había olvidado que era Él; apenas sabía que era Águila.

Cojeando, ella trató de alejarse pero él dio un salto de lado y casi le cae encima. Ella gruñó e intentó morderle el pecho para luego escapar pero fue embestida por el pico abierto. Una de las alas la derribó.

Así se dio el enfrentamiento de dos locuras. De pronto se encontraron en una danza que no era ni de apareamiento ni mortal, y cada uno se vio reflejado en los ojos del otro. Silbaban extraños chiflidos mientras giraban, tambaleándose; era un sonido que nunca jamás habían emitido. La cañada se llenó de su venenoso aliento.

No podían separarse. Se vinieron juntos sin proponérselo, al morderle Ella el vientre cuando Él, con todo su peso, la clavó en la tierra con el pulgar de su garra.

Él sabía a gaviota muerta, a pescado podrido. Ella lo soltó pero él no lo hacía. Ya no tenía fuerza para pincharla o golpearla con sus alas; su aliento era un tembloroso zumbido. Lo único que le quedaba era el deseo de mantenerla clavada allí.

Ella se quedó inmóvil, esperando sentir que ese deseo se desvaneciera; entonces se safó arrastrándose, tirando y forcejeando aún cuando lo sintió revivir y presionar nuevamente con su garra. Le desgarró la piel y Ella rodó liberada. Él fue a dar cerca del árbol y se la quedó mirando desamparadamente.

Huyó de las rocas a tropiezos sobre la arena mojada. Había en la bahía un pequeño islote expuesto por la marea al que se dirigió en fuga de su propio ser, que el destellar de las jóvenes estrellas y las luces del Hombre, reflejaron hasta que llegó a la punta. Ahí, sobre la rama de un árbol seco, parecía sentarse la estrella más brillante, cintilando en verdes y plateados con la brisa del mar.

El sonido más fuerte del mundo en ese momento era el de su propia respiración, pero soplaba el aire de la costa y con él caería la lluvia oblicua por el árbol, hacia ella, opacando las estrellas.

Se cayó repetidamente, se levantó a rastras, a veces haciendo surcos hacia delante con las patas traseras. Para cuando llegó a la isla ya sólo se veía una estrella. Cayó la lluvia, la marea avanzaba y las olas rompían en las rocas de la playa.

Subió por la maleza, pasando el árbol seco, hasta llegar a una terraza de piedra, plana y vacía; no había ninguna guarida o refugio.

El frío comenzó a calarla. Se lamió el pecho y se recostó a medias sobre el lomo, como si fuera a lactar o a amamantar.

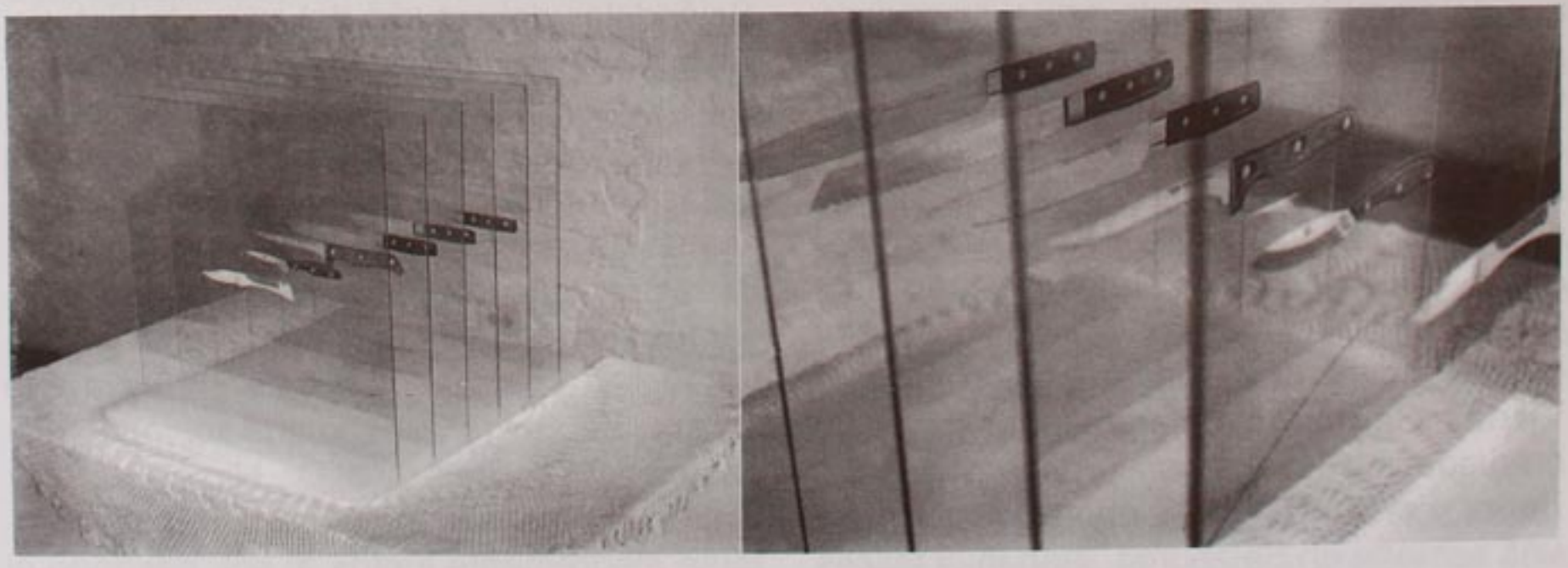
La piel de su lacerada panza estaba abierta. Miró sus adentros. La lluvia cayó sobre ella, enlodada por el agrio calor de sus entrañas y por la leche que brotaba de su seno desgarrado.

Se lamió y se convulsionó. Tirada, miró la última estrella casi perdida entre la lluvia y el correr de las nubes.

De ella sale un agudo y sostenido grito.

Se pierde en la oscuridad.

Versión: Patricia Jacobs



Tenemos que sentarnos del otro lado*

Ethel Wilson**

A pesar de la confusión de la entrada al compartimento en Salzburgo, la Sra. Montrose y su prima, la Sra. Forrester, notaron al hombre del diente azul. Ocupaba un rincón junto a la ventanilla. Su mujer estaba sentada a su lado. Junto a ella iba su hija, de unos diecisiete años. Un río de gente entraba al tren. La Sra. Montrose y la Sra. Forrester intercambiaron una mirada. Esa mirada decía: "Parece que esta gente ya tiene casi lleno el compartimento, pero mejor tomemos estos asientos mientras podamos, el tren va tan lleno. Por lo menos podemos sentarnos juntas." El maletero, en esa forma tiránica que tienen los maleteros, amontonó sus maletas en el portaequipajes vacío sobre las cabezas del hombre del diente azul y su mujer y su hija, y se fue. El portaequipajes de enfrente estaba lleno de cestos, bolsas y toda clase de paquetes. El tren arrancó. Ahí estaban. La Sra. Montrose y la Sra. Forrester se sonrieron y se instalaron debajo del portaequipajes cargado de objetos de todo tipo. Dependientes como eran, se sentían aventureras y triunfantes. Habían viajado solas de Viena a Salzburgo, dejando a sus maridos, médicos, en los cursos prácticos del Dr. Bauer y el Dr. Hirsch. Y ahora, después de una semana en Salzburgo, iban muy felices a reunirse con sus maridos, que habían tomado el avión para Munich.

Ambas eran altas, esbeltas y rubias. Iban elegantemente vestidas de oscuro. Sabían que sus sombreritos eran coquetos, adecuados, y que les sentaban bien, y les gustaba la sencillez y distinción de sus trajes nuevos. La elección de esos trajes y otros más, y de esos sombreros y otros más, en Viena, había robado mucho tiempo valioso, muy a su pesar, al estudio del arte, la música y la historia. La Sra. Montrose y la Sra. Forrester eran sinceras amantes del arte, la música y la historia, y deseaban casi con pasión pasar los días en la Galería Albertina y el Kunsthistorische Museum. Pero las modestas tiendas y los escaparates de los artesanos vieneses habían distraído bastante a las dos jóvenes, alejándolas del estudio del arte y la historia, y era fácil echarle la culpa de eso a los museos y galerías que verdaderamente cerraban sus puertas a horas muy raras. Después de las encantadoras búsquedas y decepciones de cada día, la Sra. Montrose y la Sra. Forrester, cansadas, se apresuraban para llegar al café donde habían quedado en encontrarse con sus maridos, quienes para esa hora ya habían terminado sus sesiones diarias con el Dr. Bauer y el Dr. Hirsch.

Esa era quizá la mejor parte del día, sentarse alegremente juntos al sol, pasando el tiempo con un buen café vienés o una copa de vino, mirando y siendo miradas, y entre-

*Tomado de Ethel Wilson, *Mrs. Golightly and Other Stories*, Toronto, MacMillan Co. of Canada, 1961.

** (1888-1980). Nació en Sudáfrica y a los diez años se fue a vivir a Canadá con sus abuelos. Escribió numerosos cuentos cortos y cuatro novelas, entre las que destaca *The Swamp Angel* (1954).

gando sus sentidos a la música que fluía bajo los castaños. (Ay, pensaban, Viena, Viena.)

No, tal vez lo mejor del día eran las veladas, cuando después de la frugal cena de su pensión salían corriendo a escuchar una ópera o una sinfonía o música gitana, salvaje y atávica. Todo eso ya había pasado. Habían sido muy felices. Eran afortunadas. ¿Tal vez eran demasiado afortunadas?

La Sra. Montrose y la Sra. Forrester se sentían animosas y benévolas mientras examinaban el compartimento y se disponían a ocupar sus asientos e instalarse para viajar a Munich a encontrarse con sus maridos. En su rincón junto a la ventanilla, frente al hombre del diente azul, había una gran cesta.

—¿Me permite? —preguntó la Sra. Montrose con una dulce sonrisa al hombre, su mujer y su hija. Se dispuso a levantar la cesta, en la que obviamente se desperdiciaba la preciosa vista desde la ventanilla, para ponerla más lejos en el asiento, y ocupar su lugar. El hombre, su mujer y su hija no habían quitado los ojos de la Sra. Montrose y la Sra. Forrester desde su entrada al compartimento.

—*Hágame* el favor —dijo el hombre lentamente y alzando la voz, en un inglés alemán— *hágame* el favor, ese lugar pertenece a mi esposa o a mi hija. Por el momento están sentadas a mi lado, pero guardo ese lugar para mi esposa o para mi hija. Ese asiento está, por lo tanto, reservado. Es nuestro asiento. Ustedes pueden, claro, usar los dos asientos restantes.

—Lo siento —dijo la Sra. Montrose, sintiéndose desairada, y ella y la Sra. Forrester se sentaron lado a lado en los dos asientos vacíos frente a la familia alemana. A su lado, la cesta miraba la preciosa vista a través de la ventanilla. Su alegría y su confianza en sí mismas se evaporaron. El tren se bamboleaba.

Los tres seguían mirando fijamente a las dos jóvenes. De pronto la madre se inclinó hacia su hija. Se tapó la boca con la mano y se puso a cuchichear, con los ojos fijos en la Sra. Montrose. La hija asintió con la cabeza. Ella también miró a la Sra. Montrose. La Sra. Montrose se ruborizó. La madre se volvió a enderezar, sin quitar los ojos de la Sra. Montrose, que se sentía muy incómoda y muy molesta por haberse ruborizado.

El hombre dejó de escudriñar a las dos jóvenes. Alzó la vista hacia el portaequipajes arriba de su cabeza, que contenía las maletas de ellas.

—Esas son sus maletas —preguntó, o más bien anunció.

—Sí —dijeron la Sra. Montrose y la Sra. Forrester, sin sonreír.

—Son grandes —dijo didácticamente el hombre—, son demasiado grandes. Son demasiado grandes para ponerlas en el portaequipajes. Un pequeño movimiento, un movimiento muy pequeño, y se podrían caer. Si se caen, me lastimarán a mí, a mi esposa o a mi hija. Es mejor —siguió diciendo en tono didáctico— que si se caen caigan sobre las cabezas de ustedes, no sobre las nuestras. Es lógico. No son mis maletas. Son las de ustedes. Ustedes lo admiten. Hagan el favor de pasar sus maletas al portaequipajes de enfrente, donde, si se caen, caerán sobre las cabezas de ustedes.

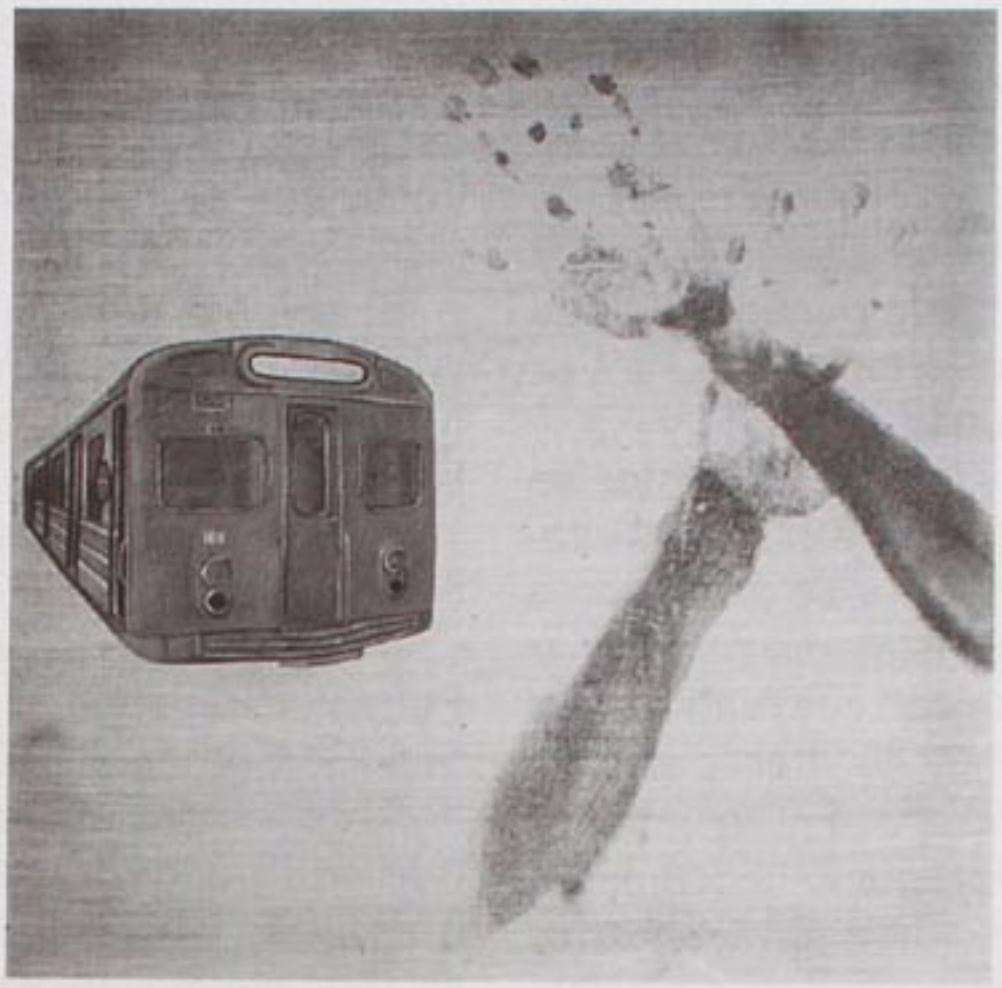
Y siguió sentado ahí, inmóvil. Su mujer también. Su hija también.

La Sra. Montrose y la Sra. Forrester miraron las maletas, y se les vino el alma a los pies.

—Ay, —dijo la Sra. Forrester— son tan pesadas. Si esa es su opinión, por favor pasen a este lado del compartimento y nosotras pasaremos del otro lado, debajo de nuestras propias maletas, aunque puedo asegurarle que no se van a caer. ¿O tal vez quisieran ayudarnos?

—Nosotros preferimos este lado del compartimento —dijo el hombre del diente azul. —Nos sentamos aquí porque preferimos este lado del compartimento. Lo lógico es que ustedes muevan sus maletas. No es lógico que yo, mi esposa y mi hija les dejemos nuestros asientos, ni que quitemos sus maletas.

Blanco Móvil 91



La Sra. Montrose y la Sra. Forrester se miraron con rabia en el corazón. Todo su bienestar se había esfumado. Se levantaron y jalaron una y otra vez, mientras el tren seguía bamboleándose. Se estiraban, resentidas, por encima del hombre sentado, erguido, y de su mujer y de su hija. Se dieron cuenta con exasperación de que no les quedaba más que poner a mal tiempo buena cara. Sabían que el tren estaba lleno. Tenían que quedarse en ese compartimento con esa familia tan desagradable. Con muchos jalones y grandes esfuerzos lograron bajar las pesadas maletas. Quitaron violentamente los paquetes de la familia alemana y subieron sus propias maletas al portaequipajes encima de sus cabezas, donde las acomodaron con dificultad. Jadeando un poco (les molestaba jadear), se volvieron a instalar una junto a la otra, con los colores subidos y el cabello desarreglado, con mechones sueltos. Controlaron su expresión para verse serenas, como si no hubiera nadie más en el compartimento, pero sus corazones estaban llenos de odio reconcentrado.

La familia intercambió observaciones entre cuchicheos, y luego reanudaron su escrutinio de las dos jóvenes, cuya elegancia para entonces tenía un aspecto medio estropeado. La chica se inclinó hacia su madre. Le susurró algo detrás de la mano, y la madre asintió con la cabeza. Las dos miraron fijamente a la Sra. Forrester, y luego se rieron.

"¡Cielos!" pensó, ofendida, la Sra. Forrester "¡esto es indignante! ¡Por qué no podemos Alice y yo cuchichear detrás de nuestras manos sobre esta gente y hacer que se sientan horrible! Pero no se sentirían horrible. Pues no podemos, porque nos educaron bien, y sería demasiado infantil. Y tal vez ni siquiera sepan que son groseros. Sólo son naturales." Respiró hondo, frustrada, y luego se volvió a controlar.

De repente el hombre del diente azul habló:

—¿Son ustedes inglesas? —dijo con voz fuerte.

—Sí... bueno... no —dijo la Sra. Forrester.

—No... bueno... sí —dijo al mismo tiempo la Sra. Montrose.

En el rostro del hombre apareció una mirada burlona.

—Deben saber qué son —dijo—, o bien son inglesas, o bien no son inglesas. ¿Lo son, o no lo son?

—No —dijeron muy formales la Sra. Montrose y la Sra. Forrester. Tenían la cabeza erguida, sus ojos echaban chispas, y estaban listas para una discreta batalla.

—¿Entonces son americanas? —dijo el hombre en el mismo tono de intimidación.

—No —dijeron la Sra. Montrose y la Sra. Forrester.

—No pueden engañarme, saben —dijo el hombre del diente azul. —Bien conozco la lengua inglesa. Ustedes *dicen* que no son inglesas. *Dicen* que no son americanas. ¿Qué son entonces, si es que puedo preguntar? Algo deben ser.

—Somos canadienses —dijo la Sra. Forrester, furiosa con ese catecismo.

—*Canadienses* —dijo el hombre.

—Sí, canadienses —dijo la Sra. Montrose.

—¡Esto —le murmuró la Sra. Forrester a la Sra. Montrose— ya es monstruoso!

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó el hombre, inclinándose rápidamente hacia adelante, con las manos sobre las rodillas.

—Hablaba con mi amiga —dijo fríamente la Sra. Forrester. —Le hablaba de mi oso.

—Sí —dijo la Sra. Montrose— hablaba de su oso.

—¿Su oso? ¿Tiene usted un oso? ¡Pero no puede tener un oso! —dijo el hombre con cierta sorpresa.

—En Canadá tengo un oso. Tengo dos osos —dijo la Sra. Forrester con tono de presunción.

—Es verdad —asintió la Sra. Montrose— tiene dos osos. Yo tengo cinco osos. Mi padre tiene siete osos. Eso no es nada. Es la costumbre.

—¿Qué hacen con sus osos? —preguntó el hombre.

—Los comemos —dijo la Sra. Forrester.

—Sí —dijo la Sra. Montrose— los comemos. Es la costumbre.

El hombre se volteó y habló bruscamente con su mujer y su hija, cuyos ojos se abrieron más que nunca.

La Sra. Montrose y la Sra. Forrester se sentían satisfechas. Así estaba mejor.

El hombre del diente azul estaba verdaderamente interesado.

—¿Es usted casada? —le preguntó a la Sra. Forrester.

—Sí —contestó ella. (Veamos qué dice luego, y entonces veremos qué podemos hacer.)

—¿Y usted? —le preguntó a la Sra. Montrose. La Sra. Montrose parecía insegura.

—Bueno, sí, supongo que sí, en cierto modo —dijo.

El hombre del diente azul examinó durante un momento a la Sra. Montrose.

—*Entonces* —dijo, como si por fin la hubiera atrapado—, si es casada, ¿dónde está su marido?

La Sra. Montrose sacó su pañuelo. Hundió la cara entre las manos, cubriéndose los ojos con el pañuelo. Se estremeció. Era evidente que sollozaba.

—¡Mire lo que ha hecho! —dijo la Sra. Forrester. —No debería hacer preguntas así. Mire nada más lo que ha hecho.

Los tres contemplaban fascinados a la Sra. Montrose.

—¿Está muerto o qué? —le preguntó el hombre a la Sra. Forrester, formando las palabras casi silenciosamente con la boca.

—¡Shh! —dijo la Sra. Forrester, muy alto. Los tres dieron un pequeño respingo. También la Sra. Montrose.

Hubo un silencio mientras la Sra. Montrose se secaba los ojos. Miró las cabezas frente a ella. La mujer se inclinó hacia su marido y le habló tímidamente detrás de la mano. Él asintió con la cabeza, y se dirigió a la Sra. Forrester.

—Bueno —dijo— por lo menos usted *sí* admite que tiene un marido. Si tiene un marido, ¿dónde está?

—Ay, no sé —contestó despreocupada la Sra. Forrester.

—No, no sabe —dijo la Sra. Montrose.

Los tres del asiento de enfrente empezaron a conferenciar entre sí. La Sra. Montrose y la Sra. Forrester no osaban mirarse. Se divertían. Su respeto por sí mismas había vuelto. Habían causado impresión. Cierto que no era favorable: pero de todos modos habían causado impresión.

El hombre del diente azul recobró la compostura. Volvió a pisar firme. Una leontina colgaba en el frente de su chaleco. Se sacó el reloj del bolsillo y miró la hora. Acto seguido, para sorpresa de la Sra. Montrose y la Sra. Forrester, se sacó otro reloj del bolsillo que estaba en el otro extremo de la leontina.

—Como ven —dijo orgulloso— tengo dos relojes.

La Sra. Montrose y la Sra. Forrester estaban sorprendidas, pero de ningún modo perdieron la compostura.

La Sra. Montrose miró despectivamente los relojes.

—Mi marido tiene seis relojes —dijo.

—Sí, es verdad —asintió la Sra. Forrester— su marido *realmente* tiene seis relojes, pero mi marido, por desgracia, como usted, sólo tiene dos.

El hombre se guardó sus relojes. Decididamente la batalla se inclinaba a favor de las dos jóvenes. Qué horribles somos, él que estaba tan contento con sus relojes, pensó la Sra. Montrose. Es verdad que lo horrible sólo da lugar a más de lo mismo. Nos estamos volviendo más horribles con cada minuto que pasa. Observó al hombre, a su mujer y a su hija con antipatía, pero con lástima.

—Ustedes *dicen* —profirió el hombre, que siempre hablaba como si lo que ellas decían estuviera sujeto a duda, y claro que lo estaba— que vienen de Canadá. ¿Vienen de Winnipeg? He oído hablar de Winnipeg.

—No —dijo la Sra. Montrose, y ahora sí decía la verdad— yo vengo de Vancouver.

La Sra. Forrester se quedó callada.

—Y usted, ¿de dónde viene? —persistió el hombre, dirigiéndose con tono autoritario a la Sra. Forrester. La Sra. Forrester se quedó callada, casi había decidido no contestar ya a ninguna pregunta.

—Ay, no lo digas, por favor no lo digas —rogó la Sra. Montrose con voz angustiada.

—No —dijo la Sra. Forrester, engolando la voz— no lo diré. Quédate tranquila. No lo diré.

—¿Por qué no lo dirá? —preguntó el hombre. La curiosidad lo torturaba. También a su mujer. También a su hija.

—¡¡Sh!! —dijo la Sra. Montrose, muy alto

El hombre parecía incómodo. Para entonces ya nada existía para él, ni para su mujer, ni para su hija, aparte de esas dos mujeres canadienses que comían osos.

—¿Cómo es —preguntó el hombre— que ya no compran mis pantalones?

—¿Perdón? — balbuceó la Sra. Montrose. Por un momento, perdió la ventaja.

—Dije —contestó el hombre— por qué ya no compran mis pantalones.

Las señoras no contestaron. No se les ocurría una buena respuesta a esa pregunta.

—Yo —dijo el hombre— soy fabricante de pantalones. Hago los pantalones más hermosos de Alemania. Del mundo todo. (Eso no es cierto, pensó la Sra. Forrester, recordando los hermosos pantalones londinenses de su marido.) Tres años recibo de Winnipeg pedido por mis pantalones. Y ahora, desde dos años, sí, desde 1929, ya no recibo pedido por mis pantalones. ¿Por qué pasa eso? —preguntó belicoso.

—¿Se lo decimos? —preguntó la Sra. Forrester, mirando a la Sra. Montrose. Ninguna de las dos sabía por qué no había recibido más pedidos para sus pantalones, pero no lo querían decir.

—¿Se lo decimos? —preguntó la Sra. Forrester.

—Díselo tú —dijo la Sra. Montrose.

—No, *tú* díselo —dijo la Sra. Forrester.

—No quiero decírselo —dijo la Sra. Montrose— prefiero que lo hagas tú.

El hombre del diente azul miraba de una a la otra.

—Muy bien. Se lo diré —dijo la Sra. Forrester. —Lo que pasa —continuó, mirando al piso— es que en Canadá los hombres ya no llevan pantalones.

—¿Qué dice? ¡Eso no es cierto, nunca puede ser eso cierto! —dijo el hombre, bastante confundido.

—Sí —dijo la Sra. Montrose, corroborando en tono sombrío. —Sí, efectivamente es cierto. Cuando van al extranjero llevan pantalones, pero en Canadá no. Es una costumbre nueva.

—Es el clima —dijo la Sra. Forrester.

—Sí, esa es la razón, es el clima —asintió la Sra. Montrose.

—Pero en Canadá —dijo el hombre del diente azul— su clima es frío. El mundo todo sabe que su clima es frío.

—Sí, en las regiones árticas, realmente hace un frío intenso, todos opinamos eso. Pero no en Winnipeg. Winnipeg es muy salubre. (Esa sí que es buena, pensó la Sra. Montrose.)

El hombre se volteó y habló muy rápido con su mujer. Ella también se volteó y miró de reojo a su hija. Las expresiones del hombre, su mujer y su hija eran una mezcla de placer y azoro. Las dos mentirosas estaban encantadas.

Por fin el hombre no pudo dejar de preguntar:

—¡Pero *deben* llevar algo! ¡No es lógico!

—¡Claro que sí, es bien lógico! —dijo la Sra. Forrester.

—¿Pero *qué* llevan? —persistió el hombre.

—Nunca me asomé a ver —dijo la Sra. Montrose.

—*Yo* sí, yo miré —dijo la Sra. Forrester.

—¿Y bien? —preguntó el hombre.

—Sólo llevan kilts —dijo la Sra. Forrester.

—¿Kilts? ¿Qué son kilts? No conozco los kilts —dijo el hombre.

—Preferiría no decirle —dijo pudorosamente la Sra. Forrester.

—Oh —dijo el hombre.

La Sra. Montrose sacó su polvera y se examinó, con la borla en la mano.

—Yo no permito que mi esposa y mi hija se pinten la cara así —dijo el hombre del diente azul.

—¿No? —dijo la Sra. Montrose.

—No es bueno que las mujeres pinten sus caras así. Las mujeres buenas no hacen eso. Es una lástima.

(¡Ay, Alice, pensó enfurecida la Sra. Forrester, que ni se atreva!)

—¡Es una lástima —dijo con voz sibilante— que en su país no haya buenos dentistas!

—Cuidado, cuidado —murmuró la Sra. Montrose.

—¿Qué usted quiere decir? —preguntó el hombre del diente azul.

(Va a llegar demasiado lejos, lo sé, pensó la Sra. Montrose, alarmada, extendiendo la mano.)

—En nuestro país —dijo, atrevida, la Sra. Forrester, cualquiera que necesite ser atendido es llevado de inmediato al Dentista Estatal por la Policía. Se hace por razones estéticas. Es lógico.

—Yo me voy a dormir —dijo muy alto la Sra. Montrose, y cerró los ojos con fuerza.

—Yo también —dijo la Sra. Forrester, muy de prisa, y ella también cerró los ojos. Había sido un duro trabajo, pero una gran diversión para la Sra. Montrose y la Sra. Forrester. Sin embargo, sentían que habían llegado demasiado lejos. Quizás sería mejor que durmieran, o que fingieran dormir, hasta llegar a Munich. Sentían que por fuera de sus ojos cerrados había algo que daba miedo. La voz del hombre del diente azul decía:

—Yo deseo decirles, yo deseo decirles...

Pero la Sra. Montrose dormía profundamente, y la Sra. Forrester también. Estaban sentadas con los ojos bien cerrados, junto a

la cesta que seguía ocupando el asiento con vista frente a la ventana que se oscurecía. La Sra. Montrose tenía el último asiento, así que, como se arrebujó en el rincón, y como era de temperamento tranquilo y sensato, al final se quedó verdadera y auténticamente dormida.

No así la Sra. Forrester. Tenía los ojos completamente cerrados, pero su mente estaba muy alterada. ¿Por qué se habían dejado provocar? Reflexionó acerca de la mentalidad colectiva que ocupaba el asiento cerca de ellas (con las rodillas que casi se tocaban), y sus resultados, que ahora llenaban tan desagradablemente la atmósfera del compartimento. Se había encontrado antes con esa mentalidad, pero nunca tan encerrada con ella, como ahora. ¿Cómo sería un mundo en que esa mentalidad pudiese llegar a dominar? Entonces una se encontraría encerrada con ella sin apelación posible, sin respiro. La idea era escandalosa. Se sentía irracionalmente agitada. También se sentía bastante tonta, así, con los ojos tan cerrados. Pero si los abriera tendría que mirar hacia algún lado, probablemente hacia esa familia, así que parecía más seguro mantenerlos cerrados. El tren seguía en su carrera. Después de lo que le pareció un rato largo, echó un vistazo. La esposa y la hija estaban ocupadas. El marido estaba apoyado en el respaldo, con las manos en las rodillas, la barbilla alzada, esperando, con los ojos cerrados. Su mujer le desató respetuosamente la corbata, le desabrochó el cuello y el primer botón de la camisa. Para entonces la hija había abierto la cesta y había sacado una botella y una servilleta limpia. Se las pasó a su madre. La esposa humedeció la servilleta con el contenido de la botella y procedió a lavar a su marido, la cara, las orejas, la parte de atrás del cuello y dentro del cuello de la camisa, con mucho cuidado. "Como un gato", pensó la Sra. Forrester, que se había olvidado de cerrar los ojos.

El hombre del diente azul bajó el mentón y la pescó mirando.

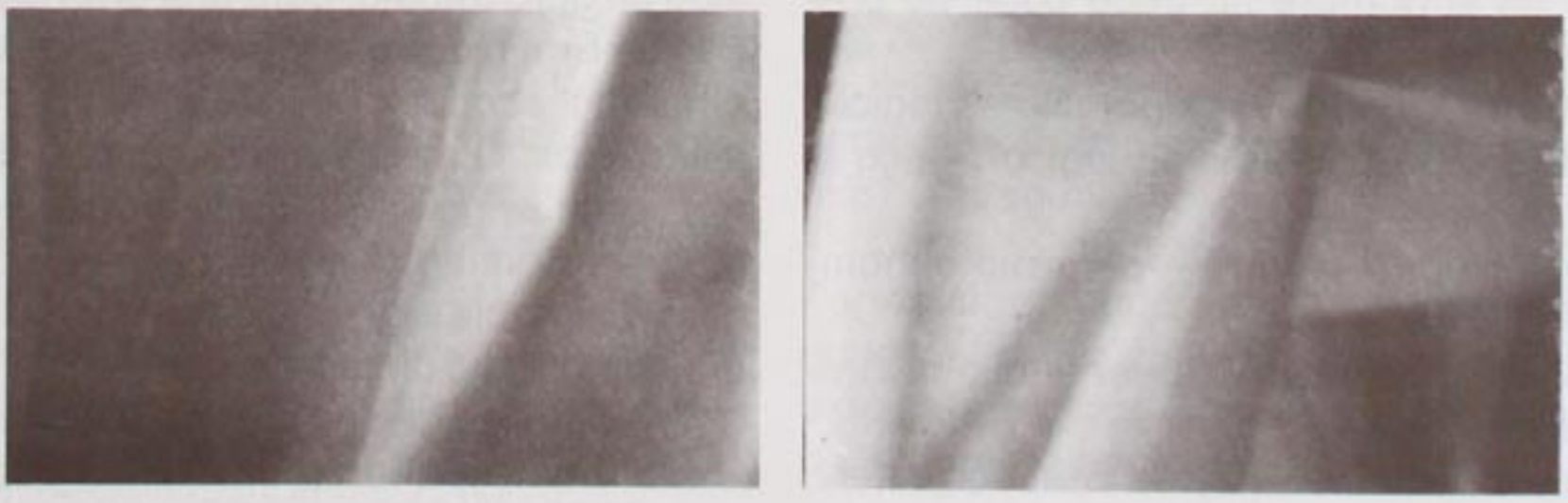
—Ya ve —dijo, muy alto— ya ve, las esposas deberían cuidar adecuadamente a sus esposos, en vez de viajar solas y...

Pero la Sra. Forrester estaba de nuevo profundamente dormida. Todo el absurdo encuentro había empezado a tener un elemento de terror. Se habían dejado tentar y habían hecho una locura. Sabía (y apretó todavía más los ojos cerrados) que estaban implicadas en el miedo y la locura.

Las dos jóvenes tuvieron buen cuidado de dormir hasta que el tren llegó a Munich. Entonces ambas despertaron.

Muchas personas durmieron hasta que llegaron a Munich. Entonces todos empezaron a despertar.

Versión: Flora Botton-Burlá



A propósito de *HUESOS EN EL DESIERTO*, El miedo y la denuncia

Francesca Gargallo

Huesos en el desierto de Sergio González Rodríguez (Anagrama, Barcelona, 2002) es el primer libro de un periodista hombre que en el caso de los asesinatos, secuestros, desapariciones y torturas ejercidos en Ciudad Juárez contra las niñas y mujeres va más allá de la educada denuncia de una situación de violencia intimidante y asume la responsabilidad civil de ponerse del lado de las víctimas, reconocerles su humanidad violada, investigar las causas de su holocausto y asumir que en una situación de impunidad, fabricación de culpables, desprecio por la justicia y concurrencia de narcotráfico y corrupción cualquier persona está en peligro. Hacia el final de su libro, cuando ya ha dado cuenta de las situaciones de violencia que él mismo ha sufrido por su labor periodística, González Rodríguez asume su función de memoria colectiva, de guardián del recuerdo, de acopiador y relacionador de hechos y dice de sí mismo: "Ya eres parte de los muertos y las muertas. Te inclinas ante ellos y ellas".

En efecto, recordar es una actividad contracorriente en el dominio del dinero fácil, las hermandades criminales y la policía al servicio de los poderosos. Recordar es poco elegante, es fastidioso como la conciencia, es fundamental como ir sembrando. Pero vivimos en el momento del odio extremo a los orígenes, no sólo en Ciudad Juárez sino en el mundo globalizado, y la humanidad entera fue campesina en el pasado.

Para mí es difícil comentar este libro sin sentirme, como lectora, involucrada en la historia que narra. Vivo en México y Ciudad Juárez es presentada en él como la capital mundial de los desaparecidos y, a la vez, como la punta de lanza del sistema mexicano de corrupción, falta de castigo a los asesinos, los narcotraficantes, los agentes corruptos y los empresarios que los compran; un sistema que involucra a todo el país. La frontera chihuahuense sería de tal forma el espejo magnificado de lo que acontece en cualquier estado donde existe un contubernio entre el narco, las autoridades judiciales, el poder legislativo y la iglesia, amparados por la ineficacia policíaca.

Soy además una militante feminista y la descripción acuciosa de la normalización de la barbarie, de la práctica común de las autoridades de fabricación de culpables, misma que delata la existencia de intocables, me hace evidente que las mujeres estamos expuestas sea a la indefensión que nuestro ser mujeres genera en la sociedad patriarcal, sea a la indefensión de la sociedad frente al poder que se desliza fuera de sus límites. Todas y todos, nos dice Sergio González, estamos expuestos porque conforme más se ataca a alguien inocente, más se protege a otro, al culpable.

Asimismo soy una narradora y para mí es violenta la expresión literaria de *Huesos en el desierto*, perfecta como el corte de un bisturí e incidente como una metáfora, cuando relata el horror de unos asesinatos que se encadenan a cientos de otros delitos para volverse impunes. La escritura de Sergio González Rodríguez se alabaría en un ensayo, rama literaria de la que es maestro, aun en una novela, pero en este libro desconcierta: parece otra perla tirada a los puercos.

Ahora bien, *Huesos en el desierto* es un libro necesario. Al principio creí lo contrario, que era un reportaje que sólo provocaba miedo y por lo tanto paralizaba frente a la imposibilidad de enfrentar la pesadilla de una ciudad desgarrada en la que la mitad de los habitantes, sus 400 mil mujeres, sólo están expuestas a la sobreexplotación laboral y la inseguridad. Luego, cuando superé las descripciones de la fabricación de culpables, el terror de la permanente amenaza del encarcelamiento de inocentes y del incremento de las desapariciones, el miedo a la burla, las humillaciones y la falta de respeto a las víctimas y sus familiares, cuando dominé el desaliento que provoca una policía que destruye evidencias y obstruye el derecho a la defensa de un ciudadano egipcio, Abdel Latif Sharif Sharif, acusado con base en ridículos prejuicios culturales contra los islámicos y mentiras sobre sus crímenes anteriores; en fin, cuando rebasé también la narración de cómo son ninguneados estos crímenes sexistas, racistas y clasistas (se trata siempre de asesinatos de mujeres morenas y pobres) porque "de acuerdo con fuentes de seguridad federal, los mandantes son seis prominentes empresarios de El Paso, Texas, Ciudad Juárez y Tijuana, quienes patrocinan y atestiguan los actos que comenten los sicarios, dedicados a secuestrar, violar, mutilar y asesinar mujeres"; sólo entonces me di cuenta de que este libro despertaba la valentía de los honestos, la solidaridad de la gente de la calle, la conciencia de las mayorías. Superar el miedo es necesario, no conocer por qué tenerlo es vivir hundida en la superficialidad y la inconciencia.

Sergio González Rodríguez ha aprendido de la valentía de muchos colegas, de las madres y hermanas de las víctimas que se han organizado en asociaciones como Voces sin Eco; de militantes por los derechos de las mujeres como Esther Chávez Cano; de las defensoras de presos que vivenciaron la utilización, manipulación y desprecio por las mujeres en la política del PAN como Irene Blanco de los criminólogos honestos y maniatados como Óscar Máynez. Y con tanto coraje decide llevar a cabo una investigación sistemática sobre la muerte por tortura, estrangulamiento y violencia sexual de más de doscientas mujeres encontradas en el desierto, cerca de grandes ranchos de poderosos y narcotraficantes, con rasgos de homicidio serial, y que son levantadas por fiscales especiales que, como Suly Ponce Prieto, se ríen a carcajadas. Decide atar nombres, cargos, dineros, denuncias, confrontarlos con documentos, testimonios e indicios, insertarles todas las anomalías que registra. Y con todo ello decide narrar, es decir dar a conocer cómo ciertos secretos compartidos crean beneficios para los asesinos, los gobernantes, los policías, los jueces y, sobre todo, para los criminales implicados en rituales de feminicidio, que usan los métodos de los sicarios del narcotráfico y que obtienen beneficios de las filmaciones de la violencia sexual extrema. Decide narrar por qué las versiones oficiales sobre los crímenes ponen bajo sospecha el cumplimiento de la ley, pero se volvieron tan intocables como los criminales. Y al hacerlo denuncia la inacción que se convierte en ventaja para los asesinos, las contradicciones flagrantes de policías que falseaban los hechos, las redes de hermandades políticas, familiares y de culto a la santa muerte, así como el furor misógino, auspiciado por la iglesia, que la ineptitud policíaca y judicial permitió convertirse en un horror de los poderosos que muchos podían reproducir.

Además, como diría Edward Said, la denuncia está inscrita en la redacción misma de este reportaje-ensayo, porque mueve a toda lectora a una pregunta: ¿si un periodista pudo reconstruir la historia, por qué no logra hacerlo la policía?

Los 20 y los 10 del EZLN*

Subcomandante Marcos

Estamos aquí para iniciar la celebración de una historia. Aunque pudiera pensarse lo contrario, la historia a celebrar y a contar no es sobre los 20 y 10 años del EZLN. Quiero decir, no sólo. Muchas personas se sentirán partícipes de esos 20 y esos 10. Y no me refiero sólo a los miles de pueblos indígenas rebeldes, también a miles de hombres, mujeres, niños y ancianos de México y del mundo. La historia que empezamos a celebrar hoy es también la historia de todos ellos y ellas.

Las palabras que ahora escribo y digo van dirigidas a todas esas personas que, sin formar filas en el EZLN, comparten, viven y luchan con nosotros una idea: la construcción de un mundo en el que quepan todos los mundos. Esto pudiera también enunciarse diciendo que queremos un cumpleaños en el que quepan todos los cumpleaños.

Así que empecemos la fiesta como de por sí se empezaban las fiestas de cumpleaños en las montañas del sureste mexicano hace 20 años, es decir, contando una historia.

Según nuestro calendario, la historia del EZLN previa al inicio de la guerra tuvo 7 etapas.

La primera de ellas es cuando se seleccionó a quienes formarían parte del EZLN. Esto fue alrededor de 1982. Se organizaban prácticas de uno o dos meses en la selva, y en ellas se evaluaba el desempeño de los asistentes para ver quién podía «dar el ancho». La segunda etapa es la que llamamos de «implantación», es decir, la fundación propiamente dicha del EZLN.

Hoy es 10 de noviembre de 2003.

Pido que se nos permita imaginar que un día como hoy, pero hace 20 años, en 1983, un grupo de personas preparaba en alguna casa de seguridad los implementos que habría de llevar a las montañas del sureste mexicano. Tal vez, hace 20 años, el día transcurría checando la impedimenta, recabando informes sobre los caminos, las rutas alternativas, los tiempos; detallando itinerarios, órdenes, dispositivos. Hace 20 años, tal vez a esta hora, estarían abordando un vehículo e iniciarían el viaje hacia Chiapas. Si pudiéramos estar ahí, tal vez les preguntaríamos a esas personas qué es lo que iban a hacer. Y seguro nos hubieran respondido: «fundar el Ejército Zapatista de Liberación Nacional». Habían esperado 15 años para decir esas palabras.

Supongamos entonces que inician su viaje el 10 de noviembre de 1983. Unos días después llegan al final de un camino de terracería, bajan sus cosas, despiden al chofer con un «hasta luego» y, después de acomodar sus mochilas, inician el ascenso de una las sierras que atraviesan, inclinadas al occidente, la selva Lacandona. Muchas horas después de caminar, con unos 25 ki-

* Versión ligeramente editada del original.

los de peso en su espalda, montan su primer campamento, ya sierra dentro. Sí, es posible que ese día hiciera frío y hasta lloviera.

Hoy, hace 20 años, la noche se ha adelantado debajo de los grandes árboles y, ayudados por lámparas de mano, estos hombres y mujeres ponen un techo de plástico con un cordón como travesaño, amarran sus hamacas, buscan leña seca y, prendiéndole fuego a una bolsita de plástico, encienden la hoguera. A su luz, el mando escribe en su diario de campaña algo así como: «17 de noviembre de 1983. Tantos metros sobre el nivel del mar. Lluvioso. Montamos campamento. Sin novedad». En la parte superior izquierda de la hoja en la que se escribe, aparece el nombre que le han puesto a esa primera estación de un viaje que todos saben muy largo. No ha habido ninguna ceremonia especial, pero ese día y a esa hora se ha fundado el Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Seguramente alguien propuso entonces un nombre para ese campamento, no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que ese grupo estaba formado por 6 personas. Los primeros 6 insurgentes, cinco hombres y una mujer. De esos 6, tres eran mestizos y tres indígenas. La proporción de 50 por ciento mestizos y 50 por ciento indígenas no ha vuelto a repetirse en los 20 años del EZLN, tampoco la proporción de mujeres (menos de 20 por ciento en esos primeros días). Actualmente, 20 años después de aquel 17 de noviembre, el porcentaje debe andar por un 98.9 por ciento de indígenas y 1 por ciento de mestizos. La proporción de mujeres anda ya cerca de 45 por ciento.

¿Cómo se llamó ese primer campamento del EZLN? Al respecto no se ponen de acuerdo aquellos primeros 6 insurgentes. Según aprendí después, los nombres de los campamentos se elegían sin ninguna lógica, y, de manera natural y sin afectaciones, se evitaban los nombres apocalípticos o proféticos. Ninguno de ellos se llamó, por ejemplo, *Primero de Enero de 1994*.

Según cuentan aquellos primeros 6, un día mandaron a un insurgente a explorar un sitio para ver si tenía condiciones para acampar. El insurgente regresó diciendo que el lugar «era un sueño». Los compañeros marcharon hacia ese rumbo y al llegar se encontraron con un pantano. Le dijeron entonces al compañero: «esto no es un sueño, es una pesadilla». *Ergo*, el campamento se llamó entonces *La Pesadilla*. Debe haber sido en los primeros meses de 1984. El nombre de ese insurgente era *Pedro*. Después sería *subteniente, teniente, capitán segundo, capitán primero* y *subcomandante*. Con ese grado y siendo *jefe del estado mayor zapatista*, 10 años después, cayó en combate el primero de enero de 1994, en la toma de Las Margaritas, Chiapas, México.

La tercera etapa, siempre previa al alzamiento, es cuando nos dedicamos a las tareas de supervivencia, es decir, a cazar, a pescar y a recolectar frutos y plantas silvestres. En este tiempo nos aplicamos al conocimiento del terreno, es decir, orientación, caminata, topografía. Y en esta época estudiamos estrategia y táctica militar en los manuales del ejército estadunidense y del federal mexicano, y el uso y cuidado de diversas armas de fuego, además de las llamadas «artes marciales». También estudiábamos historia de México y, por cierto, llevábamos una vida cultural muy intensa.

Yo llego a la selva Lacandona en esta tercera etapa, en 1984. Por ahí de agosto-septiembre de ese año, unos 9 meses después de que llegara el primer grupo. Mi llegada fue con dos compañeros más: una compañera indígena chol y un compañero indígena tzotzil. Si mal no recuerdo, a mi llegada el EZLN tenía 7 elementos de base y dos más que «subían» y «bajaban» a la ciudad con correos y por abastecimiento. El cruce por los pueblos se hacía de noche o disfrazados de ingenieros.

Los campamentos de aquella época eran relativamente sencillos: tenían un área de intendencia o la cocina, los dormitorios, el

área de ejercicio, la posta, el área de 25 y 50, y los campos de fuego para la defensa. Tal vez alguno de los que me escuchan se pregunte qué rayos es el «área de 25 y 50». Bueno, resulta que para hacer las necesidades que llaman «primarias», había que alejarse a una cierta distancia del campamento. Para ir a orinar había que retirarse 25 metros; y para defecar eran 50 metros, además de hacer un hoyo con el machete y luego tapar el «producto». Claro que esas disposiciones eran cuando nosotros éramos, como quien dice, un puñado de hombres y mujeres, es decir, no pasábamos de 10. Tiempo después, construíamos letrinas en zonas más alejadas, pero los términos «25» y «50» se quedaron.

Había un campamento que se llamaba *El Fogón,* porque ahí fue la primera vez que construimos uno. Antes de eso, el fuego se hacía a ras del suelo y las ollas (dos: una para el frijol y otra para el animal que cazáramos o pescáramos) colgaban de un travesaño amarrado con bejucos. Pero luego ya éramos más y entonces entramos a «la era del fogón». En ese entonces la plantilla del EZLN era de 12 combatientes.

Tiempo después, en un campamento llamado *Reclutas* (porque ahí es donde se entrenaban los nuevos combatientes), entramos a «la era de la rueda». Y es que labramos con machete una rueda de madera e hicimos una carretilla para cargar piedra para las trincheras. Deben haber sido los tiempos, porque la rueda era bastante cuadrada y terminamos cargando la piedra en el lomo.

Otro campamento se llamó *Baby Doc*, en honor de quien azoló, con el beneplácito y apoyo de Estados Unidos, las tierras haitianas. Resulta que, con una columna de reclutas, nos estábamos moviendo para acampar cerca de un pueblo. En el camino topamos una piara de jabalíes, o sea un chingo de puercos salvajes. La columna guerrillera se desplegó con disciplina y habilidad, es decir, que el que iba de vanguardia gritó «¡puercos!» y, con el pánico como motor y combustible, se subió a un árbol con una habilidad que no le volvimos a ver. Otros corrieron con valentía... pero hacia el lado contrario de donde estaba el enemigo, o sea los jabalíes. Algunos tomaron puntería y dieron cuenta de dos cerdos salvajes. En la retirada enemiga, o sea, cuando los puercos se fueron, quedó abandonado un cerdito, de apenas el tamaño de un gato casero. Lo adoptamos y le pusimos por nombre *Baby Doc,* porque en esas fechas *Papá Doc* Duvalier moría y le heredaba la carnicería a su vástago. Acampamos ahí para aliñar las piezas y comer. El puerquito se encariñó con nosotros, creo que por el olor.

Otro campamento de aquellos años se llamó *De la juventud,* porque ahí se formó el primer grupo de jóvenes insurgentes, que se llamó *Jóvenes rebeldes del sur*. Una vez por semana los jóvenes insurgentes se reunían para cantar, bailar, leer, hacer deportes y concursos.

El 17 de noviembre de 1984, hace 19 años, fue la primera vez que celebramos el aniversario del EZLN. Eramos 9. Creo que fue en un campamento que se llamó *Margaret Thatcher,* porque habíamos agarrado una changuita que, se los juro, era el clon de la *Dama de Hierro*.

Un año después, en 1985, lo celebramos en un campamento llamado *Watapil*, porque así se llama una planta con cuyas hojas hicimos un cobertizo para los alimentos.

Yo era capitán segundo, estábamos en la llamada «Sierra del Almendro» y la columna madre había quedado en otra serranía. Tenía bajo mi mando 3 insurgentes. Si las matemáticas no me fallan, éramos 4 en ese campamento. Celebramos con tostadas, café, pinole con azúcar y una cójola que matamos en la mañana. Hubo canciones y poesías. Uno cantaba o declamaba y los otros tres aplaudían con un aburrimiento digno de mejor causa. En mi turno, con un discurso solemne les dije, sin más argumentos que los mosquitos y la soledad que nos envolvía, que un día seríamos miles y que nues-

tra palabra le daría la vuelta al mundo. Los otros tres estuvieron de acuerdo con que probablemente la tostada estaba hongueada, que seguramente me había hecho daño y que por eso deliraba. Recuerdo que llovió esa noche.

En la que llamamos la cuarta etapa, se hicieron los primeros contactos con los pueblos de la zona. Primero se hablaba con uno y ése uno hablaba con su familia. De la familia se pasaba al poblado. Del poblado a la región. Así, poco a poco, nuestra presencia se convirtió en un secreto a voces y en una conspiración masiva. En esta etapa, que corre paralela en tiempo a la tercera, el EZLN ya no era lo que habíamos pensado cuando llegamos. Para entonces ya habíamos sido derrotados por las comunidades indígenas, y producto de esa derrota, el EZLN empezó a crecer geométricamente y hacerse «muy otro», o sea que la rueda siguió abollándose hasta que, al fin, fue redonda y pudo hacer lo que debe hacer una rueda, es decir, rodar.

La quinta es la del crecimiento explosivo del EZLN. Debido a las condiciones políticas y sociales, crecimos más allá de la selva Lacandona y llegamos a Los Altos y al norte de Chiapas. La sexta etapa es la de la votación de la guerra y los preparativos, incluida la llamada «Batalla de la Corralchén», en mayo de 1993, cuando tuvimos los primeros combates con el ejército federal.

Hace dos años, en la Marcha por la Dignidad Indígena, en alguno de los lugares que cruzamos, vi una especie de botella gorda, como una olla de boca angosta. Era de barro, creo, y estaba forrada con pedacitos de espejo. Al reflejar la luz, cada espejito de la olla-botella devolvía una imagen particular. Todo a su alrededor tenía en ella su reflejo singular y, al mismo tiempo, el conjunto semejaba un arco iris de imágenes. Era como si muchas pequeñas historias se unieran para, sin perder su ser distintas, formar una historia más grande. Pensé que, a lo mejor, la historia del EZLN podría ser contada, mirada y analizada como esa botella-olla.

Hoy, 10 de noviembre de 2003, 20 años después de aquel viaje que iniciaron los fundadores de nuestra organización, arranca una campaña, a iniciativa de la revista *Rebeldía*, para celebrar el vigésimo cumpleaños del EZLN y el décimo aniversario del inicio de la guerra contra el olvido, y se presenta este libro llamado *EZLN: 20 y 10, el fuego y la palabra*, de Gloria Muñoz Ramírez. Si pudiera sintetizar este libro en una imagen, nada me vendría mejor que la de la olla-botella forrada de pedacitos de espejo.

En una de las partes del libro, Gloria recoge los testimonios de algunos compañeros bases de apoyo, responsables, comités e insurgentes que hablan de su pedacito de espejo en las 5 últimas etapas previas al alzamiento, o sea las etapas 3, 4, 5, 6 y 7. Es la primera vez que compañeros que llevan más de 19 años en la lucha zapatista abren su corazón y su memoria sobre aquellos años de silencio. Así, Gloria consigue convertir esos pedacitos de espejo en pedacitos de cristal que permiten asomarse un poco a los primeros 10 años del EZLN.

Se puede adivinar así otra historia, una muy diferente a la que construyeron los gobiernos de Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo, con mentiras, con informes policiacos alterados a conveniencia, y con la complicidad anexa de intelectuales que disfrazaron, bajo la cubierta de supuestas investigaciones «serias», el cheque y la caricia que recibieron del poder para solventar su «objetividad científica».

Con los pedacitos de espejo y cristal que Gloria ha conseguido, el lector se dará cuenta de que se está asomando apenas a unas cuantas partes de un rompecabezas gigantesco. Un rompecabezas cuya pieza clave está en el primer día del año de 1994, cuando México ingresaba, vía el Tratado de Libre Comercio, al primer mundo.

Antes de ese primero de enero, la víspera, fue la séptima etapa del EZLN.

Recuerdo que la noche del 30 de diciembre de 1993 me encontró en la carretera

Ocosingo-San Cristóbal de las Casas. Ese día había estado en las posiciones que manteníamos en los alrededores de Ocosingo. Por radio había checado la situación de nuestras tropas que se estaban concentrando en varios puntos a borde de carretera, a lo largo de las cañadas de Patiwitz, de Monte Líbano y de Las Tazas. Estas tropas correspondían al tercer regimiento de infantería. Eran unos mil 500 combatientes. La misión del tercer regimiento era la toma de Ocosingo. Pero antes de eso debían, «al paso», tomar las fincas de la zona y hacerse del armamento de las guardias blancas de los finqueros. Según me reportaron, sobre el poblado de San Miguel había estado rondando un helicóptero del Ejército federal, seguramente alertado por la multitud de vehículos que se estaban concentrando en esa población. Desde la madrugada del día 29, todo vehículo que entraba a las cañadas no salía, todos fueron «prestados» para movilizar a las tropas del tercer regimiento. En su totalidad, el tercer regimiento estaba formado por indígenas tzeltales.

Al paso, había yo checado las posiciones del batallón número ocho (que formaba parte del quinto regimiento), que se encargaría de tomar la cabecera municipal de Altamirano en un primer movimiento. Después, sobre la marcha, tomaría Chanal, Oxchuc y Huixtán, para luego participar en el ataque al cuartel de Rancho Nuevo, en las afueras de San Cristóbal. El octavo era un batallón reforzado. Para lo toma de Altamirano contaría con unos 600 combatientes, de los que una parte quedaría en la plaza tomada. En su avance incorporaría a más compañeros, para llegar a Rancho Nuevo con unos 500 de tropa. El octavo batallón estaba formado en su gran mayoría por tzeltales.

Todavía en la carretera hice un alto en una de las zonas más elevadas y tomé contacto radial con el batallón 24 (también parte del quinto regimiento), cuya misión era la toma de la cabecera municipal de San Cristóbal de Las Casas y el ataque conjunto (en concordancia con el batallón ocho) al cuartel militar de Rancho Nuevo. El vigésimo cuarto era también un batallón reforzado. En números, su tropa llegaba a casi mil combatientes, todos de la zona de Los Altos e indígenas tzotziles.

Al llegar a San Cristóbal, bordeé la ciudad y me dirigí a la posición en la que estaría el cuartel general de la comandancia del EZLN. De ahí me comuniqué por radio con el mando del primer regimiento, *subcomandante insurgente Pedro, jefe del estado mayor zapatista* y segundo al mando del EZLN. Su misión era la toma de la cabecera de Las Margaritas y el avance para atacar el cuartel militar en Comitán. Fuerte en mil 200 combatientes, el primer regimiento estaba conformado en su mayoría por tojolabales.

Además, en la llamada «segunda reserva estratégica» quedaba un batallón, formado por indígenas choles, y en las profundidades de nuestras bases de despegue, con 3 batallones dispuestos en las zonas tzeltal, tojolabal, tzotzil y chol, se encontraba la llamada «primera reserva estratégica».

Sí, el EZLN sale a la luz pública con más de 4 mil 500 combatientes en la primera línea de fuego, la así llamada vigésima primera división de infantería zapatista, y unos 2 mil combatientes permanecían en la reserva.

La madrugada del 31 de diciembre de 1993 confirmé la orden de ataque, la fecha y la hora. En resumen: el EZLN atacaría simultáneamente 4 cabeceras municipales y otras 3 más «al paso», reduciría a las tropas policiacas y militares en esas plazas y marcharía después de atacar dos grandes cuarteles del Ejército federal. La fecha: 31 de diciembre de 1993. La hora: las 2400.

La mañana del día 31 de diciembre de 1993 se pasó en el desalojo de las posiciones urbanas que se mantenían en algunos lugares. Alrededor de las 1400 los diferentes regimientos confirmaron por radio a la comandancia general que estaban listos. A las 1700 se inició la cuenta regresiva: «menos 7» se

nombró esa hora. A partir de ahí, se cortó toda comunicación con los regimientos. El siguiente contacto radial estaba programado para los «más 7», las 0700 del día primero de enero de 1994... con los que quedaran vivos.

Lo que siguió después, si no lo saben, lo pueden encontrar en este libro, y si ya lo saben, lo pueden recordar. En él, la olla-botella se convierte en un gigantesco tapiz, y por fortuna dibujado ya en sus líneas generales por Gloria, y lleno de esos pedacitos de espejo y cristal de los que están compuestos los distintos momentos del EZLN en los 10 últimos años, es decir, del periodo que va del primero de enero de 1994 al 10 de agosto de 2002. Estoy seguro de que muchos encontrarán el espejo y el cristal que les corresponde. Precisamente, pensando en eso, he escrito en la introducción lo siguiente:

«(...) una mujer de profesión periodista acabó, no sin dificultades, por brincar el complicado y espeso muro del escepticismo zapatista y se quedó a vivir en las comunidades indígenas rebeldes. Desde entonces compartió con los compañeros el sueño y el desvelo, las alegrías y las tristezas, los alimentos y sus ausencias, las percusiones y los reposos, las muertes y las vidas. Poco a poco los compañeros y compañeras la fueron aceptando y haciéndola parte de su cotidianeidad. No voy a contar su historia. Entre otras cosas, porque ella prefirió contar la historia de un movimiento, el zapatista, y no la propia.

En el prólogo del libro he escrito lo que sigue:

«Hace 10 años, la madrugada del primero de enero de 1994, nos alzamos en armas por democracia, libertad y justicia para todos los mexicanos. En una acción simultánea, tomamos 7 cabeceras municipales del suroriental estado mexicano de Chiapas y le declaramos la guerra al gobierno federal, a su Ejército y policías. Desde entonces el mundo nos conoce por «Ejército Zapatista de Liberación Nacional».

Pero nosotros ya nos llamábamos así desde antes. El 17 de noviembre del año 1983, hace 20 años, se fundó el EZLN, y como EZLN empezamos a caminar las montañas del sureste mexicano, cargando una pequeña bandera de fondo negro con una estrella roja de cinco puntas y las letras «EZLN», también en rojo, al pie de la estrella. Aún cargo esa bandera. Está llena de remiendos y maltratada, pero todavía ondea airosa en la comandancia general del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

También nosotros llevamos remiendos en el alma, heridas que suponemos cicatrizadas, pero que se abren cuando menos lo esperamos.

Durante 10 años nos preparamos para esos primeros minutos del año 1994. Allá se mira enero de 2004. Pronto serán 10 años de guerra, 10 años de preparación y 10 años de guerra, 20 años.

Pero no voy a hablar ni de los primeros 10 años, ni de los de después, ni de los 20 sumados. Es más, no voy a hablar de años, de fechas, de calendarios. Voy a hablar de un hombre, un soldado insurgente, un zapatista. No voy a hablar mucho. No puedo. No todavía. Se llamaba *Pedro* y murió combatiendo. Tenía el grado de *subcomandante* y era, en el momento de su caída, *jefe del estado mayor* del EZLN y mi segundo al mando. No voy a decir que no ha muerto. Está muerto de por sí y yo no quisiera que estuviera muerto. Pero, como todos nuestros muertos, *Pedro* camina por acá y cada tanto se aparece y habla y bromea y se pone serio y pide más café y enciende el enésimo cigarrillo. Ahora está aquí. Es 26 de octubre y es su cumpleaños. Le digo «salud al cumpleañero». El levanta su pocillo de café y dice «salud *sub*». Yo no sé por qué me puse *Marcos* si nadie me dice así, todos me dicen *sub* o sus equivalentes. Pero me dice *sub*. Platicamos con *Pedro*. Le cuento y me cuenta. Recordamos. Reímos. Nos ponemos serios. A veces lo regaño. Lo regaño por indisciplinado, porque yo no le ordené que se muriera

y él se murió. No obedeció. Lo regaño pues. El sólo abre más los ojos y me dice «ni modos». Si, ni modos. Entonces le enseño un mapa. De por sí le gusta ver los mapas. Le señalo lo que hemos crecido. Sonríe.

Josué se acerca, saluda y felicita, «felicidades compañero *subcomandante insurgente Pedro*». *Pedro* se ríe y dice «uta madre, cuando acabas de decir todo eso yo ya cumplí años de nuevo». *Pedro* lo mira a *Josué* y me mira. Yo asiento en silencio.

De pronto ya no estamos celebrando al cumpleañero. Estamos los tres subiendo una loma. En un descanso *Josué* dice: «ya va a salir 10 años del inicio de la guerra». *Pedro* no dice nada, sólo enciende el cigarro. *Josué* agrega «y 20 años de que nació el EZLN. Hay que hacer un gran baile».

«20 y 10» repito despacio, y agrego «y los que nos faltan...»

Para esto ya llegamos a la punta de la loma. *Josué* baja su mochila. Yo enciendo la pipa y con la mano señalo allá a los lejos. *Pedro* mira a donde señalo, se levanta y dice, se dice, nos dice: «sí, ya se mira el horizonte...»

Se va *Pedro*. *Josué* levanta de nuevo su mochila y me dice que tenemos que seguir.

Y sí, de por sí así es: tenemos que seguir...

¿Qué les estaba diciendo? ¡Ah, sí! Nosotros nacimos hace 20 años y hace 10 años nos alzamos en armas por democracia, libertad y justicia. Nos conocen con el nombre de «Ejército Zapatista de Liberación Nacional» y nuestra alma, aunque con remiendos y cicatrices, sigue ondeando como esa vieja bandera que se ve allá arriba, esa con la estrella roja de cinco puntas sobre fondo negro y las letras «EZLN».

Nosotros somos los zapatistas, los más pequeños, los que se cubren el rostro para ser mirados, los muertos que mueren para vivir. Y todo esto es porque hace 10 años, un primero de enero, y hace 20 años, un 17 de noviembre, en las montañas del sureste mexicano...»

Ahora sí, es oficial: felicitamos a todos y a todas los que, en estos 20 y 10, han puesto el fuego y la palabra.

Si como quiera siguen aburridos, es que tienen madera para diputados, para senadores, o para precandidatos a la presidencia de México.

Bueno, ya me voy porque ya se escuchan los primeros acordes de *Cartas marcadas* y, seguro, me van a madrugar con el pastel y las bolsitas de dulces.

Vale. Salud y que todos nos encuentren y se encuentren.

Desde las montañas del sureste mexicano e inflando vejigas nomás pa'que no digan que ya no soplo.

Subcomandante insurgente Marcos.

México, noviembre de 2003. 20 y 10.

De natura (fragmento)

Francesc Badia*

Canto V

En esta descripción de la materia
que tan difícilmente ando tejiendo
en esta noche oscura para ti,
que estás velando,¿encontrarás al fin
el sueño mismo de las cosas simples,
el eco de un murmullo inteligente
que busca la razón de estar presente
en ti, tu corazón, tu pensamiento?

Déjate pues llevar por el camino
que aparta los fantasmas de lo incierto
y mírate a ti mismo mientras miras
las brasas que este fuego anda queriendo.

Del miedo a este mirar ¿no nace el monstruo
de la superstición, no se hace eterno
el ser irracional, fiero el infierno?

Al contemplar, con ojos ancestrales,
el faro, el huracán, el cruel incendio
o el frío doloroso de la muerte,
¿no se alza el dios antiguo omnipotente?

Contempla ahora el tronco y su corteza,
el simple insecto que huye, el musgo intenso
y el mundo elemental que en sí contienen,
¿no son acaso el número y el tipo
de células tejidas quien distingue
amebas de las algas o de hormigas?

*Nacido en el Distrito Federal, México, en 1960. Radica desde 1970 en Barcelona, España. Es licenciado en Filología por la Universidad de Barcelona. Miembro fundador del grupo de acción poética *Umbra* en los años setenta. Ha sido editor, profesor universitario e investigador social.Ha publicado los poemarios *Antes que el tiempo muera en nuestros brazos* (Barcelona 1993) y *De Natura* (Barcelona 2003).

Los genes determinan proteínas
que forman las membranas de lo vivo,
enzimas modifican la estructura
del medio circundante hasta dar vida
a piezas que conforman organismos
como tú, como yo, como las hierbas
del monte, las bacterias, los mandriles.

Imperfecta es la química y produce
errores que provocan mutaciones
y el viento o el calor, las humedades,
o el ritmo simplemente de las alas,
habrán de decidir quien sobrevive
y quien a la extinción sucumbe al cabo.

¿No es viva información la almacenada
en ácidos nucleicos conformados
que en su duplicación van construyendo
un código, una lengua, un sentimiento,
la doble helicoidal que nos gobierna?

¡Oh barroca columna de la vida
que eriges tu edificio al firmamento
y pueblas con antílopes y orquídeas
los valles de esta tierra antes desierta!

Dos átomos de hidrógeno dan helio
allá en el sol, y su fusión irradia
calor y luz que llegan a los mares,
que en lluvias torrenciales mezclan sales,
disuelven silicatos, nacen algas,
pulpos, peces, cangrejos y corales.

¿Pueden quizás dos átomos lejanos
allá en el interior de alguna estrella
siquiera imaginar que al fusionarse
provocan tal cascada hacia la vida?

Oh dios del sol, que allá en el centro mueres
y así das vida a todo este imposible,
¿somos por ti filósofos y amantes,
arbustos en el monte, orangutanes?

Y así hemos visto el mundo entretejido
que el gran motor del sol y su energía
han ido construyendo acá en la tierra,
planeta hecho de rocas celestiales.

¿No tiene lucidez, acaso, un precio
difícil de pagar pues que requiere
esfuerzo en comprender lo más complejo
que natura creó, y ello es tú mismo?

Si entiendes de qué signo son las cosas
¿no has de entenderte a ti pues que resumes
en ti lo material que te construye?

Toma, pues, tiempo; que lo superficial
no arrastre totalmente tus sentidos
y mírate a ti mismo mientras miras
el fuego consumir este árbol seco.

Ya cae la niebla espesa y este bosque
se puebla de fantasmas y de fieras,
el viento aviva el fuego, no hay estrellas,
y el río anda creciendo mientras truena.

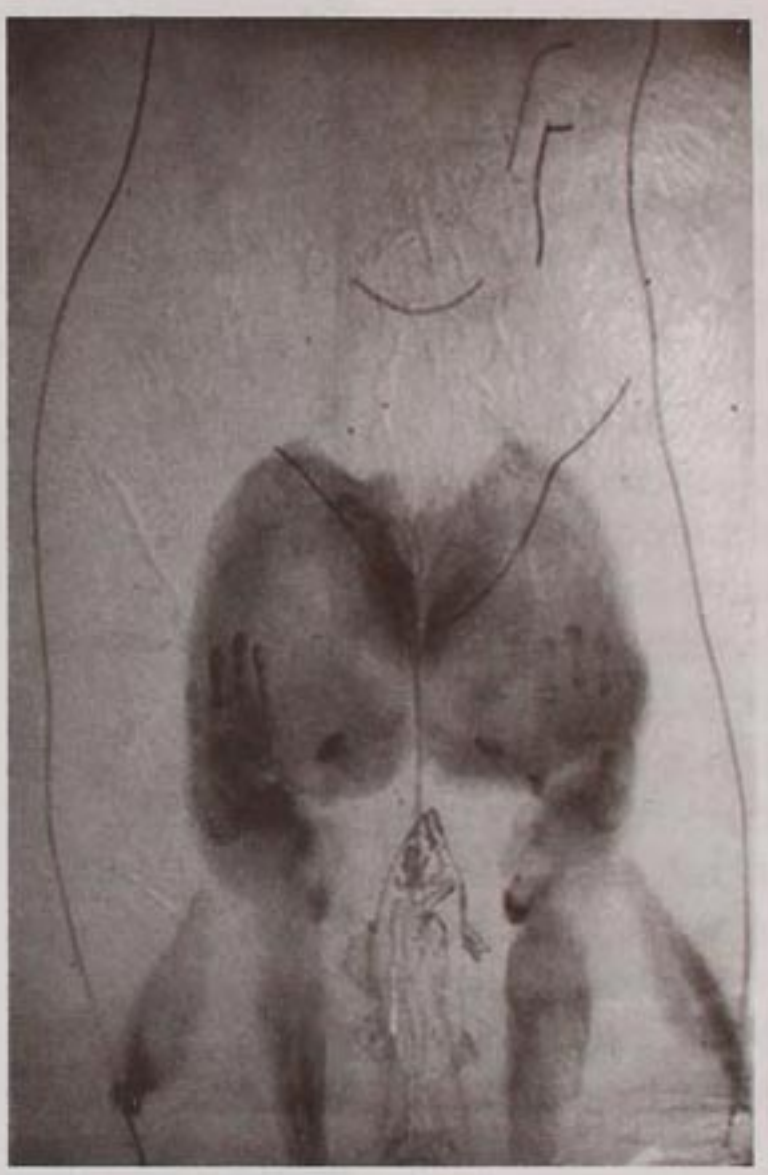
Y así como los niños siempre tiemblan
y de todo se espantan encogidos
cuando llega lo oscuro y la tiniebla,
así también los hombres ignorantes
sus miedos ancestrales resucitan
cuando soplan sus vientos las tormentas.

Temor has de evitar si reconoces
tu antigua identidad en el insecto
que habrá de devorar tu cuerpo muerto
y en vuelo alimentar al ave en celo.

¿No es pues la vida, en fin, muerte continua,
continuo rebrotar en lo distinto?
¿No va el viejo al sepulcro cuando el niño
descubre que está vivo y ya camina?

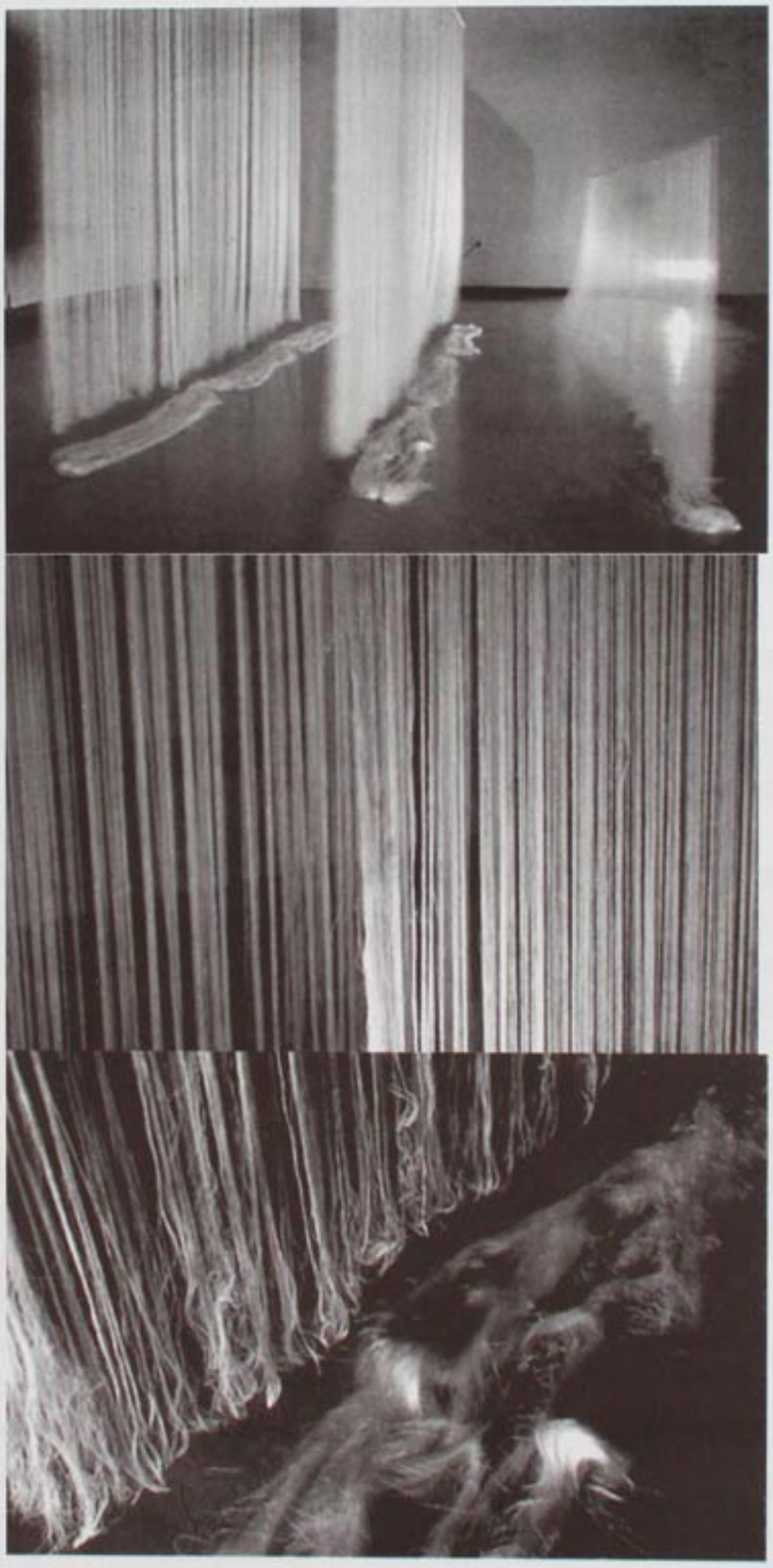
Nace y se reproduce, crece y muere
el níspero y el hombre, el cruel arácnido
y el árbol, los insectos con sus larvas,
el liquen y el altísimo avestruz.

La flecha evolutiva de la vida
impulsa la eclosión de lo complejo,
la célula eucariota es ya medusa,
el viejo amonites, nautiloides,
los peces son anfibios, luego saurios,
mamíferos en fin, y en fin humanos



que toman la palabra y se construyen
un mundo a su medida, una memoria.

Oh innúmeras bacterias pobladoras,
si estuvisteis aquí desde el principio,
¿no habréis de pervivir cuando este mundo
su ciclo existencial vaya agotando,
cuando, extinguido todo vertebrado,
la tierra vuelva a ser desierto amargo
y sólo sobreviva el mar hirviendo
el magma desatado, el sol gigante?



A ninguna parte

Sergio Rosas

Un caballo desfalleció ayer. De pronto cayó y fue imposible siquiera intentar reanimarlo. Lo único que pudimos hacer fue rescatar los cántaros, por suerte intactos, y las pocas provisiones que nos quedan. Yo salvé mi casco, colgado hasta ese momento en el lomo de la bestia. Preferí cargarlo al principio: con el calor no lo soportaría en la cabeza. Me lo puse una vez que declinó el sol y pudimos tomar un poco de sombra en las estribaciones de estos montes.

Al anochecer buscamos una gruta en las faldas para pasar la noche. Prendimos una fogata con matorrales que recogimos a los alrededores y la avivamos con unos libros en latín que cargaban los frailes.

Por más que protestaron, los convencimos de que había sido una buena idea: les mostramos la pólvora, que a pesar del clima se ha conservado. Trocados a fieras, nos gritaron un sermón que oímos sin chistar, acostumbrados como estamos. Empezaron como siempre: sólo faltaba esto para que conquistáramos el infierno.

Después hablaron del agua. Pronto la encontraríamos, faltaba tener fe. Cuando repitieron que moriríamos entre las llamas, los atajamos pronto: ¿acaso esto no es ya el infierno? No respondieron: siguieron hablando como si no hubieran escuchado. Nos acusaron de la situación, como si ellos no hubieran sido los causantes de esto. Fue su hambre de indios lo que nos trajo aquí. Si no hubiera sido por ellos, nosotros seguiríamos en nuestras casas, en Zacatecas. O en el cuartel general, como esa maldita mañana en que llegaron a pedir ayuda.

Estábamos limpiando las armas, y nos sorprendió que entraran este par de franciscanos. Les preguntamos en qué podíamos ayudar, y nos pidieron que los presentáramos con el capitán general. Lo hicimos, y después de una larga entrevista a solas, uno de ellos, con el capitán, se acercó a nosotros, para anunciarnos que partiríamos con los frailes y una veintena de indios hacia el desierto. Nos adentraríamos al norte, en plena tierra de chichimecos, para buscar un lugar donde hacer una puebla y desde ahí dirigir la campaña evangelizadora con la que tanto sueñan estos mendicantes.

El capitán no les dio más que tres soldados: Diego, Martín y yo. Antes de irse, nos hablaron para engañarnos: era una misión pacífica para ayudar a los indios, además de que acrecentaba las tierras de la Corona y el poder de Dios. La sonrisa de los frailes fue como el cierre del trato. Nos bendijeron y anunciaron la salida, dentro de una semana. El capitán dijo que iríamos bajo sus órdenes.

En esos días no pude dormir: imaginaba ir más allá de Zacatecas, ya de por sí perdida en el desierto. Acrecentaban mi miedo las crónicas de los pocos que regresaban: hor-

das de indios bárbaros, desnudos, fornidos y pintados que recorrían las dunas de arena. Cualquier extraño era presa de sus flechas y arcos. Imaginé, en mi lecho, horas perdido entre el horizonte cobrizo y celeste, interrumpido apenas por algún cactus, alguna flor roja entre las espinas; o por alimañas que atravesarían el lugar, sin más origen ni destino que esa inmensidad.

La mañana señalada nos presentamos en el cuartel después de un par de días que nos habían otorgado para estar con nuestras familias.

Al llegar notamos mucho movimiento. Diego comentó que era la gente traída por los frailes. Había algunos indios pacíficos, tlaxcaltecas conquistados hace años, y los franciscanos, que no llegaban a diez. Después de la misa supimos que no todos irían: sólo los dos que ya habíamos visto y la veintena de indios. Los demás habían venido a desearnos suerte. O a despedirnos.

A solas con los frailes acordamos llevar cuatro caballos: el de Martín, el de Diego y el mío, además de un cuarto para llevar las provisiones. Nos pusimos las armaduras, aún a pesar de las súplicas de los frailes: era una misión de paz y no de guerra. Martín fue claro: "sólo con armaduras iremos. Para eso somos soldados." No dijeron más e iniciaron la marcha. Entonces les inquirí nuestra inclusión, y ellos dijeron que, en caso de ser necesario, seríamos un instrumento de defensa. Preferí guardar silencio, aunque hubiera sido preferible decirles que siendo así, nada tenía que hacer gente armada, y era mejor que nos quedásemos.

Salimos con rumbo incierto, mirando únicamente la brújula, que señalaba al norte. Teníamos provisiones para doce días, aunque en menos de diez –según los frailes– hallaríamos el lugar con agua dulce ideal para hacer la puebla. Entonces nosotros regresaríamos por más frailes e indios, una vez establecidos.

Los primeros siete días transcurrieron en calma, comiendo lo suficiente y sin más problemas que algún altercado entre los indios, que los franciscos calmaban pronto. Todo ese

tiempo nosotros nos mantuvimos alejados: sólo platicábamos con ellos cuando comíamos y cuando el terreno era tan callado que era terrible permanecer en silencio.

En el octavo día divisamos los montes que hoy nos refugian. Pensamos encontrar agua en sus estribaciones, aunque el panorama demostraba lo contrario. Esa noche dormimos al calor de una fogata, con el arrullo de las letanías de los frailes y los sonidos del desierto.

Al amanecer del día siguiente no soportábamos el calor: seguramente el empezar a limitar el agua y el doblar nuestras jornadas de camino fue la causa. Por más que Diego y yo quisimos explicarles a los frailes y deshacer lo andado, ellos se obstinaron y lanzaron un sermón —que se repetiría a diario- de la fe y las almas. Martín se levantó: "No soporto más", se montó en su caballo, quebró un cántaro y se fue. Invito a los indios a seguirlo: estaban a tiempo de regresar a Zacatecas. La mayoría aceptó. Yo me arrepiento de no haberlo hecho.

Los frailes, llenos de ira, tomaron a los pocos indios que quedaban, diciendo que debían obedecer los mandatos de Dios. Ahí, parados, viendo como se alejaban cada vez más, corriendo, le gritaron que algún día lo tendría que pagar. Diego y yo quisimos alcanzarlo. Le suplicamos que pensara, pero el galope de su caballo impidió que nos oyera. Entonces el "sigámoslo" de Diego hizo que los frailes soltaran a los indios para subirse a nuestras bestias. "Por obediencia, permanezcan aquí", dijo uno, empuñando un crucifijo.

Los indios corrieron tras Martín. "Al diablo con su obediencia", dijo Diego, al tiempo que bajaba al fraile de su caballo, tirándolo del sayal. Yo le pedí que se calmara, que hiciéramos caso: era por la obediencia al capitán. Y por el crucifijo. Anocheció. Sin mediar palabra, por supervivencia, prendimos una fogata. Observábamos los montes, a los que nos acercábamos.

El décimo día caminamos los cuatro bajo el sol abrasador: un paso era lastimar más, con el metal de las armaduras, la carne lacerada. El día fue de una calma que era como el ojo de una tormenta: presagiaba que los males aumentarían.

Cuando el sol declinaba vimos unas huellas que aún no había borrado la arena. Sabíamos que eran de chichimecos, pero intentamos minimizar su peligro: un fraile comentó que seguramente era un indio perdido que quiso recoger un cactus para comer. Dormimos bajo el escudo del fuego, después de haber oído a los monjes rezar por agua, y por nosotros.

Iniciamos la jornada siguiente al alba. El calor era fortísimo y la comida sólo alcanzaba para nosotros desde hacía un par de días, así que a medio camino mi caballo se dejó caer sobre él, agotado. Los frailes maldijeron y nos miraron como acusándonos.

Diego y yo quisimos comérnoslo, pero los frailes dijeron que no veníamos a convertirnos a bárbaros, sino a convertir a los bárbaros. "¿Y por lo que dices me voy a morir de hambre?", pregunté. "Sería inhumano comer la carne de un animal muerto así, dijo un fraile. Prohíbo que lo intenten." "No matarás", dije. Él se volvió y empezó a sepultar al caballo con puñados de arena. "Maldito", grité, y el continuó como si no me hubiera escuchado. Cuando solté el primer golpe Diego me detuvo: "Calma, es inútil".

Descargamos el caballo de provisiones para que descansara: temimos que él también cayera. Los frailes tomaron sus libros. Por indispensables, dijeron. Se molestaron cuando puse un crucifijo en el suelo. Yo saqué la pólvora y le disparé a mi caballo, para cerciorarme de su muerte. El sonido retumbó en todo el desierto. Estuvimos ahí unas horas. Recargamos a la bestia y empezamos a caminar, sin volver la cabeza. "¿Qué, no quieren ser de sal?", molesté. Sin responderme, un fraile nos pidió que miráramos hacia donde señalaba: había huellas de pies descalzos tras unas rocas. Se hizo el silencio y hablé, para que alguien respondiera mi co-

mentario: "Recuerden que polvo son..." "Cállate", dijo uno, ahora sí respondiéndome.

Ayer, caminando sólo por caminar, hacia la mitad de la tarde, nos encontramos con un grupito de chichimecos que al vernos salieron disparados hacia el lado contrario, perdiéndose en el infinito. Reté a los frailes: por fin habían encontrado a sus indios, haber si ellos les quitaban la sed y las llagas. Nos dirigieron el sermón del día: no sólo de pan vive el hombre. Nosotros sonreímos, y Diego me comentó que el sólo deseaba pan en su vida. En la noche empezamos a usar el último cántaro de agua.

Al despertar caminamos hacia los montes, porqué sabíamos que era imposible retroceder lo andado. No cruzamos una palabra en todo el día, hasta que el caballo de carga desfalleció. Nosotros recuperamos las armas y la pólvora. De las pocas provisiones que había, cada quien tomó pan y carne seca. Yo mi casco, que me puse hasta la tarde. Los frailes recuperaron sus libros y sus crucifijos. Al fin llegamos a las estribaciones de estos montes. Buscamos una gruta para pasar la noche, y al caer ésta prendimos una fogata que avivamos con unos libros en latín de los frailes. Lanzaron un sermón que hablaba de la fe y del agua. Al condenarnos los atajamos pronto: ¿acaso esto no es ya el infierno?

Todos guardamos silencio después de un rato, nos introducimos en la gruta e intentamos dormir. Diego, me dijo, pensaba en su familia. Los frailes musitaban oraciones. Yo no pensaba en nada específico.

De pronto oímos el golpeteo lejano de algunos pasos y voces de chichimecos. Cuando pudimos prender una antorcha salimos a ver qué pasaba, pero no distinguimos algún indio. "¿Quién vive?", grité a toda voz, y nada respondió, sólo el ruido de los animales. Prendimos una fogata y esperamos que amaneciera, cada uno dándole la espalda al fuego en dirección contraria.

Cuando vimos el alba un fraile inició una oración. Diego estalló:

—¿Aún rezas?

—¿Queda algo más por hacer? –le respondió el fraile.

—Por fin viste indios y no fuiste capaz de ir por ellos.

—Por Dios, sabes que me habrían matado.

—¿Y qué buscas?

—Cállate, condenado. Deberías rezar tú también.

—Prefiero largarme.

Entonces tomó su caballo y, tras escupir al piso, se dirigió hacia el sur, retrocediendo lo andado. "¿A dónde crees que vas?", le gritó el otro francisco. "A cualquier lugar", respondió. "Es imposible", grité, y el desierto se tragó mi voz. Diego era ahora sólo un punto cada vez más lejano. Permanecí un rato en silencio. Los frailes apagaron la fogata: había ya suficiente luz.

—Vamos –me dijeron.

—¿Para qué, para que cuando vean o escuchen indios les dé miedo?

—¿Qué?

—¿Para qué siguen? –pregunté.

—Estamos seguros que pronto habrá agua.

—No van a llegar a ninguna parte.

—¿Vas o no?

—Adiós.

Tomaron sus libros y crucifijos y empezaron a caminar, hacia donde la brújula señalaba el norte. Yo me senté en una roca y tomé agua. Cargué mi fusil y empecé a andar sobre las huellas que había dejado el caballo.

Cada paso lacera más mi piel al contacto con la armadura. Me asfixia el calor. Veo el horizonte, que nunca deja de ser cielo y arena. Camino. "No sólo de pan vive el hombre", me digo, en voz baja, y empiezo, casi gritando, una oración que se pierde.

Enero, 2003

Las imágenes de este número son de

Dianne Pearce

Nace en St. Thomas, Ontario, en 1965. Obtuvo la Licenciatura en Artes Visuales del Nova Scotia College of Art and Design (1988), y una Maestría en Artes Plásticas (mención honorífica en pintura y técnica mixta) de la Universidad Nacional Autónoma de México (1993). Ganó una residencia de un año en el Banff Centre for the Arts en 1989, y posteriormente, una de dos meses en 2002 por parte del FONCA. Ha sido seleccionada en dos ocasiones como artista en residencia en el Vermont Studio Center. Ha recibido becas de la Secretaría de Relaciones Exteriores para sus estudios de maestría, de Foreign Affairs Canada para un proyecto curatorial, y del Canada Council for the Arts, el Ontario Arts Council y el Conseil des arts et des lettres du Québec para exposiciones y obra de arte personales. Fue curadora de la exposición *Permutaciones anatómicas: Diez artistas canadienses* para el Festival Internacional Cervantino en 1998, la cual fue expuesta el año siguiente en la Galería Central del Centro Nacional de las Artes. Actualmente trabaja en un proyecto curatorial con la Gallery Art Factory en Praga, República Checa. Ha expuesto extensivamente en su nativo Canadá, e internacionalmente en México, Madrid, Marbella y Milán. Ha enseñado varios cursos desde 1996 en Toronto y Montréal, y es profesora de tiempo completo en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado "La Esmeralda" desde 1999.

Blanco Móvil 91

BLANCO MÓVIL
Director: Eduardo Mosches

CONSEJO EDITORIAL

Gerardo Amancio
Oscar de la Borbolla
Juan Carlos Colombo
Christopher Domínguez
Beatriz Escalante
José María Espinasa
Francesca Gargallo
Ángeles Godínez
Samuel Gordon
Aralia López
Gabriel Macotela
Eduardo Milán
Cynthia Pech
Una Pérez Ruiz
Raúl Renán
Bernardo Ruiz
Mayra Inzunza
Guillermo Samperio
Esther Seligson
Daniel Sada
Juan José Reyes
Juan Antonio Rosado
Felipe Vázquez

CORRESPONSALES

Arturo Carrera (Argentina)
Floriano Martins (Brasil)
Carles Duarte (Cataluña)
Jesús Cobo (España)
José Kozer (Estados Unidos)
Enrique Noriega (Guatemala)
Rafael Rivera (Honduras)
Marcela London (Israel)
Edwin Silva (Nicaragua)
Eduardo Chirinos (Perú)
Eduardo Espina (Uruguay)

Relaciones Públicas: Patricia Jacobs
Impresión: Impakra (56-70-39-40), México, D.F.
Fotografía: Dianne Pearce
Diseño de la portada: Pablo Rulfo
Diseño de interiores: Marco A. Salazar

BLANCO MÓVIL

Apartado Postal 21-063
C.P. 04000, México, D.F.
Teléfono y fax: (55) 56-10-92-99
e-mail: eduardomos[illegible]s@yahoo.com
www.blancomovil.com

Índice

Los primeros pasos
Eduardo Mosches

El cuento anglocanadiense

Un breve panorama del cuento canadiense en lengua inglesa
Claudia Lucotti
Desarraigando las montañas
Neil Bisoondath
Siempre de noche
Claire Dé
La vereda a casa de Malcolm
Bill Gaston
Sueños: tormentas: perros
Janice Kulyk Keefer
Dios no es inspector de pesca
W. V. Valdgarson
Ajenjo
Sean Virgo
Tenemos que sentarnos del otro lado
Ethel Wilson

Miradas al trasluz

A propósito de huesos en el desierto. El miedo y la denuncia
Francesca Gargallo

Literatura de Los Altos

Los 20 y los 10 del EZLN
Subcomandante Marcos

Poetas del otro charco

De natura
Francesc Badia

Ventana literaria de Puebla

A ninguna parte
Sergio Rosas

Dossier: Poetas anglocanadienses

Prólogo a ciertas poetas anglocanadienses
Claudia Lucotti

Llamada desde México
P. K. Page
"Muchacha" de la cuadrilla
Árbol viejo al anochecer
Kate Braid
Para Fiodor
Phyllis Webb
El niño que camina hacia atrás
Lorna Crozier
Rayuela
Sandy Shreve
El alamanaque de la señorita sueños de oro
Marilyn Bowering
Muchos han escrito poemas sobre zarzamoras
Stephanie Bolster

*Esta revista se realiza gracias al apoyo otorgado por la Convocatoria "Edmundo Valadés" de Apoyo a la Edición de Revistas Independientes 2002 del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes".

el
parnaso
de coyoacan

libros discos arte café

El Libro que Busca
lo Tenemos o
se lo Conseguimos

Carrillo Puerto #2
en el Zócalo de Coyoacán,
en la Ciudad de México
Tel. 5658 3195, Fax 5659 5696
parnaso@mail.internet.com.mx

PUBLICACIONES DE NUESTROS AMIGOS

La Cartelera FONCA

CONACULTA · FONCA

www.conaculta.gob

EL MATAGATOS Y OTROS CUENTOS
De Carolina Luna(2)
Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, 2002

TEQUILA AZUL Y BATUTA(1)
Betsy Pecanins
Orquesta de Baja California
Director: Eduardo Diazmuñoz
Mosca fly/FONCA 2003
De venta en tiendas de discos y libre

NIERIKA. UNA VENTANA AL MUNDO DE LOS ANTEPASADOS(1)
De Mariana Fresán Jiménez
México, 2002

ECOS DEL MUNDO
Violoncello solo barroco y moderno
Jimena Giménez Cacho(3).
Obras de Gabrielli, Bloch,
Casals, entre otros.
Quindecim Recordings
México, 2002

AGENDA LITERARIA 2004
De Berta Hinart(4),
María Hope, Edmée Pardo
Ediciones Brujas, 2003
amaticp@yahoo.com
Informes: tels. 5580-2517, 5580-2403

SUEÑO(1)
Canciones de Mabarak
Interpretes: Zulyamir Lopezrios,
soprano, Alberto Cruzprieto, pianista
Quindecim, México, 2002

FLOR(1)
Fotografías de Flor Garduño
Lunwerg Editores, México, 2002

DE JAQUE, SAL, GALA Y LUNA(1)
Música Mexicana Contemporánea
Ensamble de las Rosas
Obras de Rodrigo Sigal(2),
Juan Felipe Waller,
Alejandro Romero, Luis Trejo,
Leonardo Coral(4) y
Mariana Villanueva(2)
Quindecim, México 2001

EL MEXTERMINATOR(5)
Antropología Inversa de un
Performancero Postmexicano
De Guillermo Gómez Peña
Editorial Océano, 2002

TRES COMPOSITORES, TRES GENERACIONES
Ignacio Mariscal(3), violoncello,
Teresa Frenk, piano
Obras de Leonardo Coral(4),
Federico Ibarra(4),
Manuel M. Ponce.
Quindecim, México 2002

d = Descuento a maestros, estudiantes e INSEN con credencial
1. Fomento y Coinversiones Culturales · 2. Jóvenes Creadores · 3. Interpretes
4. Sistema Nacional de Creadores de Arte · 5. Fideicomiso para la Cultura México-Estados Unidos